

Material para el Programa
“Apoyo al último año de la secundaria
para la articulación con el Nivel Superior”
MECyT - SE - SPU

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Secretaría de Educación

Secretaría de Políticas Universitarias

PRESIDENCIA DE LA NACIÓN

Dr. Néstor Kirchner

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Lic. Daniel Filmus

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN

Lic. Juan Carlos Tedesco

SECRETARÍA DE POLÍTICAS UNIVERSITARIAS

Dr. Alberto Dibbern

SUBSECRETARÍA DE EQUIDAD Y CALIDAD

Lic. Alejandra Birgin

SUBSECRETARÍA DE PLANEAMIENTO EDUCATIVO

Lic. Osvaldo Devries

SUBSECRETARÍA DE POLÍTICAS UNIVERSITARIAS

Lic. Hiracio Fazio

DIRECCIÓN NACIONAL DE GESTIÓN CURRICULAR
Y FORMACIÓN DOCENTE

Lic. Laura Pitman

DIRECCIÓN NACIONAL DE INFORMACIÓN
Y EVALUACIÓN DE LA CALIDAD EDUCATIVA

Lic. Marta Kisilevsky

COORDINACIÓN DE ÁREAS CURRICULARES

Lic. Cecilia Cresta

COORDINACIÓN DEL PROGRAMA DE
“APOYO AL ÚLTIMO AÑO DEL NIVEL SECUNDARIO
PARA LA ARTICULACIÓN CON EL NIVEL SUPERIOR”

Lic. Vanesa Cristaldi

COORDINACIÓN DEL PLAN NACIONAL DE LECTURA

Dr. Gustavo Bombini

Plan Nacional de Lectura



leer X leer

Textos para leer de todo, mucho y ya

Primera edición: abril de 2007

Realización editorial:

Editorial Universitaria de Buenos Aires

Sociedad de Economía Mixta

Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires

Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202

www.eudeba.com.ar

Foto de tapa: *Silvina Piaggio*

Diseño de tapa: *Estudio mtres*

Diseño de interior: *Eudeba*

Impreso en la Argentina

Hecho el depósito que establece la ley 11.723.



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopias u otros métodos, sin el permiso previo del Editor.

PRESENTACIÓN

LEER X LEER

Si frente a una oferta de comida un comensal afirma que desea «de todo, mucho y ya», el autor de la respuesta será catalogado como una persona ansiosa, incontinente, con dificultades para discriminar, para soportar la espera y las frustraciones; valores todos considerados socialmente como negativos. Imaginemos, en cambio, otra escena donde la oferta no sea de alimentos sino de lecturas; entonces la valoración del autor cambiará de signo, sobre todo si los comensales son jóvenes que están construyendo su historia como lectores.

En el caso de la lectura, que alguien espere o exija «de todo, mucho y ya» nos remite a un lector ávido, curioso, sacudido por la urgencia de zambullirse en la cultura escrita, de acceder de inmediato a realidades posibles, de satisfacer sus ganas incontenibles de conocer, de elevarse, de disfrutar de menús de palabras, de historias, de conflictos, de imágenes. Y eso es necesario si pensamos en un mundo donde se pueda dar respuesta a tantos problemas que hoy parecieran no encontrarla.

El Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, a través del Plan Nacional de Lectura, presenta este texto que se caracteriza por la variedad y cantidad de su oferta, una modalidad valorada positivamente a la hora de formar lectores interesados.

La Fundación Mempo Giardinelli –que desde hace una década viene trabajando en el fomento del libro y la lectura– fue la responsable de seleccionar los textos para este volumen. El equipo de trabajo estuvo integrado por los escritores Graciela Bialet, Graciela Cabal, Graciela Falbo, Angélica Gorodisher y Mempo Giardinelli, y seguramente su calidad de

fervientes lectores favoreció un recorrido minucioso con un objetivo puntual: encontrar los textos adecuados según los intereses propios de cada edad para formar lectores entusiastas entre nuestros jóvenes estudiantes.

Esta selección de textos pensada para alumnos que egresan de la escuela secundaria y aspiran a ingresar al nivel superior, a la universidad o a los institutos terciarios da respuesta a la demanda de nuestros lectores de querer leer «de todo», ávidos de cuentos, poemas, artículos periodísticos, discursos, canciones, cartas, relatos de viajes, descripciones de cuadros, novelas, obras de teatro, ensayos.

La idea de que estos alumnos accedan a la lectura de libros en el ámbito de la escuela garantiza la disponibilidad; es decir que este libro brinda, a nuestro comensal lector, un menú de lecturas «ya». Geneviève Patte, la reconocida defensora de las bibliotecas como una instancia efectiva para formar lectores, afirma que «Las lecturas de los niños, su calidad, su evolución dependen esencialmente de los libros que van a encontrar –sin tener que buscarlos– en su medio más próximo; dependen de lo que les cae en la mano». Este concepto es válido también para los jóvenes, destinatarios de este libro.

Mucho se ha escrito acerca de los riesgos de una selección de textos pensada para un público adolescente, cuando la selección obedece al criterio de un grupo de adultos que analiza y considera qué puede gustarle a un joven. Sin embargo, este riesgo se desgrana cuando los responsables de esta tarea son escritores y docentes con vasta experiencia en la promoción de la lectura y en el trabajo con estudiantes secundarios.

La gran cantidad de textos que presenta este libro constituye un menú suficientemente heterogéneo como para cubrir todos los gustos y preferencias: variedad de épocas, de estilos, de géneros, de autores, etc. Esta gran diversidad supone el acierto de tener confianza en los lectores, para que vayan aprendiendo a elegir su camino lector entre el «de todo» ofrecido a nuestros ávidos comensales.

Otra de las ventajas de la variedad es que abre el universo de posibilidades a los lectores temáticos, aquellos que leen sólo cuentos de amor o

de aventuras, o leen poesías, o textos de autoayuda, o aforismos, o textos periodísticos especialmente referidos a deportes. La heterogeneidad ofrecida permite también la enriquecedora coexistencia de textos canónicos con otros más novedosos.

Ante la opción de ofrecer a los adolescentes textos clásicos o populares, este volumen ha incorporado autores clásicos y populares. La variedad estimula. Patte propone «¡Derribar los tabiques entre la cultura reconocida, la que enseña y la cultura en la cual viven los jóvenes! Admitir caminos que no son los nuestros, aceptar que se tomen atajos: estas actitudes son difíciles de adoptar pero son indispensables si se quiere que los chicos construyan ellos mismos su propia cultura. Lo previo a toda lectura personal y, por lo tanto, lo interesante es el surgimiento de la curiosidad, la interrogación, tanto para la lectura de ficción como para la de información». Así encontramos textos de Jorge Luis Borges y Roberto Arlt, Alejandra Pizarnik y Nicolás Guillén, Julio Cortázar y Gustavo Adolfo Bécquer, Federico García Lorca y Sor Juana Inés de la Cruz, Silvina Ocampo y Chico Buarque y Osvaldo Soriano, Macedonio Fernández y Virginia Woolf.

La propuesta de Leer X Leer es «De todo, mucho y ya» para que nuestros jóvenes estudiantes encuentren, entre un amplio universo de textos y autores, aquellos con quienes iniciar o desarrollar su autobiografía lectora. Todo un desafío en el que el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, a través del Plan Nacional de Lectura, desea afirmar su presencia y su compromiso.

PRÓLOGO

Desde que a mediados de 2003 el Ministerio de Educación de la Nación encargó a la Fundación Mempo Giardinelli la preparación de cinco libros de lecturas para adolescentes, nos dimos a la tarea de seleccionar un conjunto de breves lecturas anotadas que pudieran ser capaces de seducir a jóvenes futuros lectores. De entre miles de textos de la literatura universal, latinoamericana y argentina (de todas las regiones y provincias) escogimos esta serie de algo más de 500 lecturas que —estamos seguros— abrirán nuevas posibilidades críticas a los lectores, estimularán su imaginación para que cada uno ingrese con entera libertad en ese espacio único de inclusión, expansión y placer que es la lectura.

Pero a la vez que intentamos fomentar la suave y consistente pasión amorosa del buen leer, nosotros mismos, como escritores, fuimos en todo momento conscientes de que tenemos más preguntas que certezas, y ahora nos importa compartirlas: ¿Por qué leemos? ¿Se lee un escritor a sí mismo como lo hace un lector? ¿Se lee consciente de su condición de escritor? ¿Dónde lee el autor ese libro que está escribiendo? ¿En qué rincón de su mente quedará? ¿Y a partir de cuáles otros libros y mensajes leídos en diferentes lugares y tiempos se despierta su imaginario? ¿Cómo funciona la memoria de lectura en el escritor; y cómo la memoria de escritura en el lector que también es? ¿Cuándo y cómo el escritor finalmente encuentra su texto y lo ve en su imaginación, para poder escribirlo?

Y del otro lado, el lector, cuando lee un libro, ¿dónde deposita el contenido y los resultados de su lectura? ¿Por qué razón profunda lee, y de qué manera va escribiendo él también su propio libro, ese libro que es todos los libros y que se llama conocimiento, saber, cultura?

¿De qué modo nos transforma la lectura, cada lectura?

Estos y otros interrogantes constituyen parte del fabuloso enigma de la creación. De la escritura y la lectura, círculo virtuoso en el que la una conduce a la otra, la transforma, la consagra. Porque el acto de escribir y el acto de leer no son actos puros, si es que alguna vez lo fueron. Hoy todos sabemos –por lo menos desde Nathanael Hawthorne y de su mejor discípulo, nuestro Jorge Luis Borges– que cada lectura implica una reescritura interior, que toda narración es narrada dos veces, o más, y que cada escritura es derivación de infinitas lecturas.

Esta perspectiva, por un lado, une literatura y escritura en un único, misterioso y de alguna manera indefinible proceso; y por el otro nos lleva a la cruda revelación de que los mecanismos de la lectura y de la escritura no tienen reglas claras y precisas. Por eso, penetrar en ellos es incursionar en el enigma de la creación pero, sobre todo, es sumirse en las infinitas paradojas que la creación produce en cada uno de nosotros y en nuestra identidad colectiva.

Es prácticamente imposible explicar esos procesos. Pero no tanto porque la imposibilidad sea absoluta, sino porque precisamente *ese saber* no es indispensable. La literatura es una indagación infinita, es una búsqueda perenne y no necesariamente dirigida a alcanzar revelaciones. Escribimos para saber por qué escribimos. Leemos para que lo escrito nos transforme. Y también para despertar el conocimiento y la fantasía, la imaginación y la acción que todo texto encierra. Leemos, entonces, para despertar la vida que hay en cada texto, porque todo texto es vida que está dormida, provisoriamente muerta mientras nadie la lee. Y ésa es la función del lector: revivir la palabra, darle sentido y fuerza y trascendencia.

Decía Juan Rulfo: «Escribimos para no morirnos». O sea que se trata de escribir como se vive: huyendo de la muerte hacia adelante. Pero si se escribe para huir de la muerte, se lee para convocar la vida. Porque todo es revivido cuando se lo lee. Por eso el lector siempre da vida, siempre es nutricio a la vez que se nutre. Al lector no lo rige Thanatos; lo rige Eros. Y como una madre sana, el lector sólo sabe alumbrar y dar vida. La lectura por eso es desarrollo, por eso es crecimiento.

Por supuesto que la literatura no está para dar respuestas. Muy bien, pero suele darlas. La literatura, se dice, no sirve para nada. Pero no es tan inútil. La literatura, se afirma también, no hace revoluciones. Pero sí ha contribuido a algunas de ellas y a todas las ha escrito. Y es que cada escritor que se pregunta lo que no comprende, lo que no sabe, lo que duda, cada escritor que cuestiona su propio infierno nos cuestiona a todos, sentenció Quevedo hace cuatro siglos.

Hoy sabemos que el buen lector, el lector competente, también lo cuestiona todo, y es por eso que la lectura ha sido tantas veces desestimada desde el Poder: por la condición intrínsecamente renovadora, casi subversiva, de la lectura, el conocimiento y la imaginación.

No hay peor violencia cultural que el proceso de embrutecimiento que se produce cuando no se lee. Una sociedad que no cuida a sus lectores, que no cuida sus libros y sus medios, que no guarda su memoria impresa y que no alienta el desarrollo del pensamiento es una sociedad culturalmente suicida. No sabrá jamás ejercer el control social que requiere una democracia adulta y seria. Que una persona no lea es una estupidez, un crimen que pagará el resto de su vida. Pero, cuando es un país el que no lee, ese crimen lo pagará con su historia, máxime si lo poco que lee es basura, y si además la basura es la regla en los grandes sistemas de difusión masivos.

La República Argentina ha carecido, por décadas, de una Política Nacional de Lectura, y la tremenda crisis que hemos venido padeciendo no ha hecho sino profundizar las consecuencias nefastas de esa carencia. Los resultados son —como es público y notorio— en algunos casos gravísimos, y, por eso, estos libros fueron organizados con el expreso afán de revisar los cánones y determinar nuevas posibilidades lectoras para una nación que ha vivido décadas en vías de subdesarrollo educacional y ahora necesita con toda urgencia recuperar el tiempo perdido.

Esto implica cuestionarlo todo: qué es leer, qué queremos que lean los argentinos de hoy y de mañana, cómo imaginamos que será un posible futuro canon literario organizado sin la pretensión autoritaria de fijar también la interpretación que debe hacerse de las obras. De ahí que estos libros incluyan muchas y muy variadas posibilidades de lectura. Convencidos de

que el libro es el mejor amigo del hombre, mejor incluso que el perro – porque el libro ni siquiera pide que se lo cuide ni que se le dé de comer–, y sólo quiere ser leído cómoda y placenteramente, los que preparamos este libro trabajamos conscientes de la enorme responsabilidad que significa, para el docente, ser intermediario del saber y el conocimiento. Por eso mismo, y teniendo en cuenta tal intermediación, es que en estos libros proponemos un ejercicio de diálogo enriquecedor entre docentes y alumnos alrededor del fabuloso hecho ético-estético que es la Literatura.

Por eso, y para no agobiar al estudiante/lector ni descargar toda la responsabilidad únicamente en los docentes, los fragmentos escogidos son acompañados por muy breves notas orientativas al pie, que procuran contextualizar el tiempo y el lugar de la producción del texto. Dichas notas y comentarios se incluyen con la única misión de brindar al lector una mínima ubicación de época, lugar e impacto literario. Esto, estamos seguros, podrá ser usado por los lectores para buscar otros textos y/o proponer al profesor y a la clase nuevos rumbos de investigación grupal.

Sabemos que el nuestro es un concepto de lectura no tradicional y que incluso puede ir a contramano de algunas modas pedagógicas. Pero lo que buscamos, en todo momento, no fue una confrontación sino el desarrollo de una nueva Pedagogía de la Lectura; esto es, la formación maciza y sostenida de lectores competentes. O sea, personas libres, entusiastas, capaces de discutir internamente con los textos y de abrir nuevos caminos al pensamiento y a las ideas en su propio espíritu y en silencio. Porque es así como se forma el carácter que luego brinda a la sociedad nuevas y mejores propuestas.

Mempo Giardinelli
Resistencia, marzo de 2007.

Nota: Esta edición comprende sólo textos completos y se presenta en un único volumen.

ÍNDICE

• ¿Sería fantasma?, <i>George Loring Frost</i>	17
• Desayuno, <i>Jacques Prévert</i>	17
• El oso marrón, <i>Mempo Giardinelli</i>	19
• No hables con la boca llena, <i>José Eduardo González</i>	21
• El anillo encantado, <i>María Teresa Andruetto</i>	22
• El Zoo-ilógico, <i>Edgar Alan García</i>	24
• El maestro carnicero, <i>Anónimo inglés</i> , versión de <i>Neil Philip</i>	25
• Gigante de ojos azules, <i>Nazim Hikmet</i>	27
• El candidato, <i>Jorge Londero</i>	29
• Un huevo, <i>Anónimo japonés</i>	31
• Para bajar a un pozo de estrellas, <i>Marcial Souto</i>	32
• Versos sencillos, <i>José Martí</i>	33
• Fantasma sensible, <i>Lieu Yi-king</i>	35
• Sólo dibujos, <i>Virginia del Río</i>	36
• Historia de un rapto entre ogros, <i>J. Desparmet</i>	37
• Vivir para siempre, <i>James George Frazer</i>	40
• Cuadernos de Todo y Nada, <i>Macedonio Fernández</i>	41
• Sensemayá (Canto para matar una culebra), <i>Nicolás Guillén</i>	42
• La Pelota, <i>Felísberto Hernández</i>	44
• Equivocación, <i>Karel Capek</i>	46
• La mala memoria, <i>André Breton</i>	47
• A una nariz, <i>Francisco de Quevedo y Villegas</i>	48
• Miedo, <i>Shel Silverstein</i>	49
• Servicio de Correos, <i>Orlando Van Bredam</i>	50
• El bombardero, <i>Ema Wolf</i>	51
• El anciano sin memoria, <i>Javier Villafañe</i>	53
• La sentencia, <i>Wu Ch'eng-en</i>	54

• A mí no me engañan las hormigas!, <i>Mark Twain</i>	55
• La intrusa, <i>Pedro Orgambide</i>	58
• El animal favorito del señor K, <i>Bertold Bretch</i>	59
• El fin, <i>Frederic Brown</i>	61
• El mal estudiante, <i>Jacques Prévert</i>	62
• Don Chico que vuela, <i>Eraclio Zepeda</i>	63
• Cuento de horror, <i>Marco Denevi</i>	67
• Pájaros Prohibidos, <i>Eduardo Galeano</i>	68
• Volver, <i>Idea Vilarriño</i>	69
• Escalofriante, <i>Thomas Bailey Aldrich</i>	71
• Todas las casas, <i>Miguel Hernández</i>	71
• El primer beso, <i>Clarice Lispector</i>	72
• Armadura, <i>Liu Siang</i>	75
• Gatidad, <i>José Emilio Pacheco</i>	76
• Susannah, <i>Katherine Mansfield</i>	78
• La rana que quería ser una rana auténtica, <i>Augusto Monterroso</i>	81
• La Soga, <i>Silvina Ocampo</i>	82
• Por qué, <i>Elvio Romero</i>	84
• Cansado de escribir sobre pájaros, <i>Juan Carlos Moisés</i>	86
• El elefante, <i>Idries Shah</i>	87
• La chica del kiosco, <i>Elsa Stefánsdóttir</i>	88
• La semilla milagrosa, <i>León Tolstoi</i>	90
• Episodio del enemigo, <i>Jorge Luis Borges</i>	93
• La casa encantada, <i>Virginia Woolf</i>	95
• Sobre las conductas indecorosas en la mesa de mi señor, <i>Leonardo da Vinci</i>	97
• Redondilla (Sátira filosófica), <i>Sor Juana Inés de la Cruz</i>	99
• Traspaso de los sueños, <i>Ramón Gómez de la Serna</i>	102
• El venerable Veneranda, <i>Carlo Manzoni</i>	103
• Llanto por Ignacio Sánchez Mejía, <i>Federico García Lorca</i>	105
• Rimas XVII, XXI y XXIII, <i>Gustavo A. Bécquer</i>	108
• El Señor de la Peña, <i>Eliseo Diego</i>	109
• Pida la palabra, pero tenga cuidado, <i>Julio Cortázar</i>	112
• En la carpeta, <i>Juan Gelman</i>	113

• Ciencia, <i>Héctor G. Oesterheld</i>	114
• Cenizas, <i>Alejandra Pizarnik</i>	115
• Explicar y comentar, <i>Jean Tardieu</i>	116
• Los Estatutos del Hombre, <i>Thiago de Mello</i>	117
• El patriota Ingenioso, <i>Ambrose Bierce</i>	121
• Entre la espada y la pared, <i>Cristina Peri Rossi</i>	123
• Epigramas, <i>Ernesto Cardenal</i>	124
• Espantapájaros 18, <i>Oliverio Gironde</i>	125
• Los nuevos hermanos siameses, <i>Oscar Wilde</i>	126
• Inventario, <i>Juan José Arreola</i>	127
• Breve selección de textos breves, <i>Elias Canetti</i>	128
• El silencio de las sirenas, <i>Franz Kafka</i>	130
• ¡Y si después de tantas palabras...!, <i>César Vallejo</i>	132
• La señorita Wilson, <i>Pedro Orgambide</i>	133
• El magnánimo emperador Chang Hung, <i>Adolfo Pérez Zelaschi</i>	138
• Acerca de la observación de los roedores, <i>Celso Román</i>	140
• Corso, <i>Rodolfo J. Walsb</i>	141
• Un día de éstos, <i>Gabriel García Márquez</i>	143
• El alfarero, <i>Héctor Tizón</i>	147
• Inmiscusión Terrupta, <i>Julio Cortázar</i>	150
• La visita, <i>Jorge Enrique Adoum</i>	152
• Exilio, <i>Héctor G. Oesterheld</i>	153
• La verdad es la única realidad, <i>Francisco Urondo</i>	154
• Construcción, <i>Chico Buarque de Hollanda</i>	156
• Evasión, <i>Tsui Mintong</i>	158
• El bambú de la ventana, <i>Li Hochu</i>	158
• La resurrección de la carne, <i>Angélica Gorodischer</i>	159
• La seducción, <i>Antonio di Benedetto</i>	161
• La casada infiel, <i>Federico García Lorca</i>	162
• Sueño de Federico García Lorca, poeta y antifascista, <i>Antonio Tabucchi</i>	164
• Espantapájaros 21, <i>Oliverio Gironde</i>	166
• ¡Ése soy yo!, <i>Ramón Gómez de la Serna</i>	167
• Sexa, <i>Luiz Fernando Verissimo</i>	168

• Elegía, <i>Miguel Hernández</i>	170
• Una tarde en familia, <i>Carlos Gardini</i>	172
• La langa, <i>Cesare Pavese</i>	175
• Los heraldos negros, <i>César Vallejo</i>	178
• El silencio, <i>Felisberto Hernández</i>	179
• El crimen, <i>Edmundo Valadés</i>	180
• El enfermo profesional, <i>Roberto Arlt</i>	181
• Obdulio Varela o el reposo del centrojás, <i>Osvaldo Soriano</i>	184
• Soneto CXVI, <i>William Shakespeare</i>	186
• Doble, <i>Luisa Peluffo</i>	187
• La muerte de un héroe, <i>Pär Lagerkvist</i>	189
• Donald, <i>Daniel Salzano</i>	191

¿SERÍA FANTASMA?

George Loring Frost

Al caer de la tarde, dos desconocidos se encuentran en los oscuros corredores de una galería de cuadros. Con un ligero escalofrío, uno de ellos dijo:

–Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas?

–Yo no –respondió el otro–. ¿Y usted?

–Yo sí –dijo el primero y desapareció.

☛ **Frost** es un autor de principios del siglo XX del que se poseen escasos datos, o al menos se lo tradujo muy poco al castellano. Escribió sobre fantasmas y vampiros, y fue apreciado por Borges y Bioy Casares. Fue autor de un libro de cuentos titulado *Memorabilia* (1923). Este texto se tomó de *El libro de la imaginación*, de Edmundo Valadés. Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

DESAYUNO

Jacques Prévert

Echó café
En la taza

Echó leche

En la taza de café

Echó azúcar

En el café con leche
Con la cucharilla
Lo revolví
Bebió el café con leche
Dejó la taza
Sin hablarme
Encendió un cigarrillo
Hizo anillos
De humo
Volcó la ceniza
En el cenicero
Sin hablarme
Sin mirarme
Se puso de pie
Se puso
El sombrero
Se puso el impermeable
Porque llovía
Y se marchó
Bajo la lluvia
Sin decir palabra
Sin mirarme
Y me cubrí
La cara con las manos
Y lloré.

☛ **Jacques Prévert** nació y murió en Francia (1900-1977). Amigo de pintores y escritores, llevó una vida bohemia. Se incorporó al grupo de los surrealistas, pero luego se independizó y, en un plano más existencialista, publicó su obra más conocida, que vendió cientos de miles de ejemplares y fue traducida a muchísimos idiomas: *Palabras*. Autor, además, de los guiones de famosas películas, como *El muelle de las*

brumas, y de versos de famosas canciones como *Las hojas muertas*, sólo en sus últimos años escribió algunos cuentos para chicos. *Desayuno* fue tomado de *Jacques Prévert* (Perfil Libros, Buenos Aires, 1997).

EL OSO MARRÓN

Mempo Giardinelli

Mi papá me contó una vez esta historia, que yo repito como me la acuerdo.

Digamos que el tipo se llama Pat y es un granjero de New Hampshire, en los Estados Unidos, al que le gusta cazar osos. Desde hace años está empeñado en encontrar y abatir a un enorme oso marrón al que en la comarca todos llaman Sixteen Tons, que quiere decir Dieciséis Toneladas.

Lo ha buscado y esperado innumerables fines de semana, lo ha perseguido con perros, rastreado durante infinitos días con sus infinitas noches, y, en cada regreso frustrado, porque nunca ha dado con él, no ha hecho más que renovar su ansia de matarlo.

Sabe dónde, de qué y cómo se alimenta Sixteen Tons, qué costumbres tiene, por qué senderos anda. Pero jamás se topa con él, que evidentemente es un oso más astuto que Pat y que todos los cazadores de la región.

Durante los últimos tres años, obsesionado, el cabezadura de Pat no ha hecho otra cosa que soñar su encuentro con el inmenso animal. Se ha comprado un rifle de alta precisión y mira telescópica, ha planificado paso por paso la cacería por los bosques de New Hampshire y hasta ha soñado el instante del disparo que liquida al gigantesco oso marrón, pero siempre algo le salió mal.

En la cuarta primavera, que parece que es la única temporada de caza autorizada, un amigo camionero lo cruza al costado de la carretera que bordea las colinas boscosas que van de Lyme a Lebanon, dos pueblitos todavía cubiertos de nieve. Observa que Pat está llorando desconsoladamente junto a su camioneta y se detiene. Pero enseguida se da cuenta de que ninguna desgracia ha sucedido y, como sabe de la obsesión de Pat, con ligerísima ironía le pregunta si se trata de una nueva frustración, si es que tampoco esta vez ha podido dar con el oso marrón.

Pero Pat responde que no con la cabeza, y alcanza a decir que esta vez sí lo ha encontrado. Y en cuanto lo dice se suelta a llorar más intensamente y se suena los mocos en un sucio pañuelo. Y mientras el otro baja de su camión, Pat señala la cajuela de la camioneta y dice que llora porque le han sucedido dos cosas terribles, simultáneamente: la una es que finalmente ha dado muerte a Sixteen Tons; y la otra es que acaba de darse cuenta de que había llegado a querer tan entrañablemente a ese oso que ahora se siente un miserable.

☛ Nacido en Resistencia, Chaco (1947) ha publicado una docena de libros (novelas, cuentos y ensayos) y su obra se ha traducido a 20 idiomas. Recibió muchos premios, entre ellos el Premio Rómulo Gallegos 1993, en Venezuela, por su novela *Santo Oficio de la Memoria*. También periodista, preside una Fundación dedicada al fomento del libro y la lectura. Entre sus obras más populares, las novelas breves *Luna caliente*, *El cielo con las manos* e *Imposible equilibrio*. Entre sus cuentos: *La máquina de dar besitos*. Este texto fue tomado de *Cuentos con mi papá* (Alfaguara, Buenos Aires, 2004).

NO HABLES CON LA BOCA LLENA

José Eduardo González

Conteniendo como puedo la maza de comida alojada en mi boca, me dispongo a hablar, pero tía Berta se anticipa y me dice: “No hables con la boca llena”.

Presuroso, intento tragar lo más rápido posible, pero tía, que no pierdo ocasión de instruirme, me dice, severa: “No hay que masticar rápido, sino bien”.

Escondiendo a un lado de la boca la comida aún no tragada, voy a hablarle, pero ella lo advierte, y vuelve a reprendermme: “No hables con la boca llena”.

Ya está. Mi boca se encuentra vacía; nada me impide dirigirle la palabra, pero tía, a quien nunca le faltan argumentos, me indica: “Respira bien antes de hablar, si no, tu cuerpo se llenará de gases”.

Siguiendo sus instrucciones, cierro la boca y aspiro por la nariz. “Ahora puedes hablar”, me dice tía Berta, cuya vestimenta oscura se recorta contra el fondo luminoso de la ventana. Pero es tarde, porque un león, que escapó esta mañana del zoológico, la devora ya con fruición, emitiendo cada tanto algún rugido, sin preocuparse por las reglas de comportamiento en la mesa, ni por los beneficios de respirar correctamente.

☛ **José Eduardo González** nació en San Juan en 1948. Es Ingeniero Químico y docente universitario. Ha escrito cuentos y obras para teatro. Recibió varias distinciones y ha publicado sus cuentos en diarios y revistas del país. Este cuento fue tomado del libro *San Juan. Antología de narradores y poetas*, recopilados por Néliida Ballo, Ediciones *Desde la gente*, IMFC, Buenos Aires, 2000).

EL ANILLO ENCANTADO

María Teresa Andruetto

Ifigenia tenía el cabello rubio como el trigo y unos ojos más azules que el lago de Constanza.

Caminaba descalza a la orilla del agua.

Era pálida y leve.

Parecía hecha de aire.

El emperador Carlomagno la vio y se enamoró de ella.

Él era ya un hombre viejo y ella, apenas una muchacha. Pero el Emperador se enamoró perdidamente y olvidó pronto sus deberes de soberano.

Los nobles de la corte estaban muy preocupados porque nada interesaba ya a Carlomagno.

Ni dinero.

Ni caza.

Ni guerra.

Ni batallas.

Sólo la muchacha.

A pesar del amor, Ifigenia murió una tarde de abril llena de pájaros.

Los nobles de la corte respiraron aliviados.

Por fin el Emperador se ocuparía de su hacienda, de su guerra y de sus batallas.

Pero nada de eso ocurrió, porque el amor de Carlomagno no había muerto.

Hizo llevar a su habitación el cadáver embalsamado de la muchacha.

No quería separarse de él.

Asustado por esta macabra pasión, el Arzobispo del imperio sospechó un encantamiento y fue a revisar el cadáver.

Muerta, Ifigenia era tan hermosa como cuando caminaba descalza junto al lago de Constanza.

La revisó de pies a cabeza.

Bajo la lengua dura y helada, encontró un anillo con una piedra azul.

El azul de aquella piedra le trajo recuerdos del lago y del mar distante.

El Arzobispo sacó el anillo que estaba escondido bajo la lengua.

Ni bien lo tomó en sus manos, Carlomagno enterró el cadáver.

Y se enamoró del Arzobispo.

El Arzobispo, turbado y sin saber qué hacer, entregó el anillo a su asistente.

Ni bien el asistente lo tomó en sus manos, Carlomagno abandonó al Arzobispo.

Y se enamoró del asistente.

El asistente, aturdido por esta situación embarazosa, entregó el anillo al primer hombre que pasaba.

Ni bien el hombre lo tomó en sus manos, Carlomagno abandonó al asistente.

Y se enamoró del hombre.

El hombre, asustado por este amor extraño, empezó a correr con el anillo en la mano, y el Emperador tras él.

Hasta que se cruzó una gitana y el hombre le entregó el anillo.

Ni bien la gitana lo tomó en sus manos, Carlomagno dejó de perseguir al hombre.

Y se enamoró de la gitana.

Pero a la gitana se le cayó el anillo al agua.

Ni bien el agua recibió el anillo en su lecho, Carlomagno abandonó a la gitana.

Y se enamoró del lago de Constanza junto al que Ifigenia caminaba descalza.

☛ **María Teresa Andruetto** es una poeta y narradora cordobesa. Su obra abarca también el teatro, pero la mayor parte de su literatura está dirigida a jóvenes y niños. Entre los libros de esta autora pueden citarse las novelas *Stefano* y *Tama*. Este texto fue tomado de *El anillo encantado*, Colección Pan Flauta, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1993.

EL ZOO-ILÓGICO

Edgar Alan García

En nuestro Zoo-ilógico hay animales que no existen en los Zoológicos comunes. Veamos algunos ejemplares:

El delCOMIENZO: es parecido al delFIN, sólo que cuando todos terminan de saltar y chapotear, él apenas está empezando.

El guacABRIL: a primera vista, es idéntico al guacaMAYO, pero es sólo posible verlo durante las lluvias de abril.

El BANANODrilo: tiene la apariencia de un COCODrilo común, pero es mucho más alargado, blando y amarillo.

La LAGOmota: es un roedor casi idéntico a la MARMota, pero, como podrán notar, es mucho más pequeña y casi casi no se mueve.

El mosBUENOSAIREs: Hermano de sangre del mosQUITO que habita en la capital del Ecuador pero que prefirió volar hacia el sur, porque en vez de insecto se creía Drácula.

☛ **Edgar Allan García** nació en Guayaquil, Ecuador, en 1959. Ha desempeñado diversas tareas alrededor de la escritura y la creación: docente, guionista de televisión,

Subsecretario de Cultura del Ecuador, escritor de letras de boleros y valsos, y actor de radionovelas. Como escritor ha abordado diversos géneros y temáticas: poesía, narrativa, ensayos, traducción, textos pedagógicos y la literatura infanto juvenil. Sus obras para jóvenes: *17 Sonetos de amor*, *Cuentos de Ciencia Ficción*, *Cazadores de Sueños* (novela). Este texto fue tomado de la revista virtual *Imaginaria* N° 26, mayo de 2000.

EL MAESTRO CARNICERO

*Anónimo inglés
versión de Neil Philip*

Cuando la doncella Mariana le contó a Robin cómo los había amenazado el chérif, él afirmó:

—Ése hombre merece que le den una lección.

Fue así como Robin cambió sus ropas con las de un carnicero y se dirigió una vez más al mercado de Nottingham.

Instaló su puesto, y muy pronto hizo un estruendoso negocio, porque por un penique daba a sus clientes más carne de los que otros carniceros vendían por tres peniques. Hasta le vendió carne a la esposa del chérif, y le regaló un corte de primera calidad. Ella se alegró tanto que les permitió, a él y a otros carniceros, que cenaran en la sala de recepción del chérif.

Cuando ellos se sentaron a la mesa, Robin oró brevemente antes de comer:

—*Que Dios nos dé la entereza ¡de comer todo lo que hay sobre la mesa!*

Todos los carniceros rieron. Ese joven travieso parecía bastante inofensivo. Cuando Robin anunció: Yo los invito a todos, y arrojó cinco libras sobre la mesa, ya estaban decididos a perdonarle cualquier cosa.

El chérif, al ver cómo el joven derrochaba dinero, pensó: “Éste es un joven necio, y a un necio es fácil quitarle su dinero”. Y decidió entablar conversación con el joven carnicero.

—Dime —le preguntó el chérif, refiriéndose al ganado vacuno—, ¿tienes animales con cornamenta para vender?

—De éstos sí que tengo —respondió Robin—. Doscientos o trescientos. Y cien acres de tierra. ¿Sabe usted cuánto podría valer todo eso?

El chérif le ofreció a Robin trescientas libras, la mitad del verdadero valor.

—Entonces venga conmigo, y traiga el dinero —dijo Robin—, y si le gustan los animales y la tierra, podemos llegar a un acuerdo.

El chérif se esforzó en evitar que la baba le cayera por el mentón al pensar en el maravilloso y sorprendente negocio que estaba haciendo.

Así fue como el chérif montó un palafrén, y él y Robin salieron cabalgando de la ciudad.

—El camino pasa a través del bosque —comentó Robin.

—Que Dios nos proteja de Robin Hood —respondió el chérif.

Cuando se hallaban en la espesura de Sherwood se encontraron con una manada de cien ciervos.

—Éstos son algunos de mis animales con cornamenta —dijo Robin—. ¿Qué opina de ellos?

—¿Qué quiere usted decir, compañero? ¡Éstos son los ciervos del Rey! ¿Y dónde están sus cien acres de tierra?

—¡Vaya pregunta! Hemos estado cabalgando sobre esas tierras. Todo Sherwood es mío, si es que le pertenece a algún hombre.

Al terminar de hablar, Robin sonó tres veces su cuerno. Media docena de sus hombres aparecieron y rodearon al chérif.

—Yo he comido hoy en su sala de recepción, y pagué por ese privilegio. Y también fui cortés y felicité a su dama. Ahora usted me devolverá el honor —le dijo Robin.

Los bandidos escoltaron al chérif, a quien le vendaron los ojos, por los senderos tortuosos que conducían al campamento secreto.

Cuando le quitaron la venda, vio a Robin y a Mariana que reían alegremente.

Así fue como el chérif tuvo que comer el ciervo cazado ilegalmente ante sus ojos, y beber el vino robado de su propia bodega. Y Robin se cercioró de que él haya pagado trescientas libras por ese privilegio.

Colocaron al chérif sobre su caballo y lo mandaron de regreso a Nottingham; era un hombre más pobre y más sensato.

🗝️ Las baladas anónimas sobre Robin Hood se transmitieron, en Inglaterra, de generación en generación durante siete siglos. Se han hallado archivos del año 1261 en los que ya aparece registrado el apodo “Robinhood”. Es el típico caso de leyenda épica en que los pobres actúan contra los poderosos que les oprimen, transmitida por los juglares y trovadores del Medioevo que llevaban de pueblo en pueblo su historia. Este fragmento pertenece a la versión del escritor inglés Neil Philip, traducida por Ángel Romano para Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1997.

GIGANTE DE OJOS AZULES

Nazim Hikmet

Un gigante de ojos azules
amaba a una mujer pequeña
que su sueño era una casita
pequeña, como para ella,
que tuviera al frente un jardín,
con temblorosas madre selvas.

El gigante amaba en gigante.
Su mano, a grandes obras hechas,
mal podía construir los muros
ni usar el timbre de la puerta
de una casita con jardín
de temblorosas madresevas.

El gigante de ojos azules
amaba a esa mujer pequeña
muy pronto se cansó, mimosa,
de tan desmesurada empresa
que no concluía en un jardín
con temblorosas madresevas.

Adiós, ojos azules, dijo.
Y, con graciosa voltereta,
del brazo de un enano rico
penetró en la casa pequeña,
que tenía al frente un jardín
con temblorosas madresevas.

El gigante comprende ahora
que amores de tanta grandeza
no caben ni siquiera muertos
en esas casas de muñecas
que al frente tienen un jardín
con temblorosas madresevas.

☛ **Nazim Hikmet** (Turquía, 1902-Moscú, 1963) fue un poeta perseguido que vivió la gloria pero también las más espantosas torturas. En su autobiografía dice: “Desde los catorce años escribo poesías. Hay hombres que saben de memoria el

nombre de cada estrella, yo, el de las nostalgias. He dormido en las cárceles y en los grandes hoteles. A los treinta años han querido ahorcarme, a los cuarenta y ocho quisieron concederme la medalla de la Paz y me la concedieron. Mis escritos están impresos en cuarenta idiomas y prohibidos en mi Turquía, en mi propia lengua”. Este poema se popularizó en Latinoamérica, cantado por Juan Carlos Baglietto, y fue tomado de *Nazim Hikmet. Poemas* (Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1970). Esta versión fue traducida del francés por Amaro Villanueva y Julio H. Meirama. Otra de sus obras: *Duro oficio el exilio*.

EL CANDIDATO

Jorge Londero

Mi amigo Carlos Fader me contó esta historia que tuvo lugar en Capilla de Sitón.

Resulta que ese pequeño pueblito del departamento de Totoral se había quedado sin políticos y nadie quería ser candidato a jefe comunal.

El senador y el presidente del partido ya se habían cansado de recorrer los ranchos y recibir las negaciones. Estaban por emprender el regreso y asumir su derrota cuando encontraron, bajo la sombra de un mistol, al que a esas alturas se les antojó como el mejor candidato: el Froilán, inimputable personaje que se había convertido en un detalle más en el paisaje lugareño, un símbolo de la tranquila vida de pueblo y de la supervivencia a base del descanso y trago, trago y descanso.

Lo despertaron de su siesta, lo bañaron, lo peinaron, lo metieron dentro de un traje ajustado, le cerraron la camisa hasta el cuello y hasta le pusieron una corbata y unos zapatos lustrados con exageración.

Así transformado, lo llevaron al acto patrio de la escuela, donde lo presentarían en sociedad como el candidato “ideal” de Capilla de Sitón.

Lo sentaron en una mesa junto a las autoridades educativas y le sirvieron chocolate caliente, líquido al que miró con desconfianza hasta que el senador le ordenó:

—Hay que tomarlo, hombre. Primera lección para ser buen político: acepte de gusto todo lo que le conviden.

Froilán tomó sin respirar.

La “señorita” directora estaba en lo mejor de su discurso cuando irrumpe en el salón un cuatrero que hacía rato buscaba la Policía. Transpirado, miraba para todos lados, como buscando ruta para seguir su escape. Se entretuvo más de la cuenta, el cabo Vázquez le dio alcance y lo detuvo con un *tackle*.

El presidente del partido aprovechó la confusión y, mientras reducían al delincuente entre tres agentes, señaló:

—Brillante y oportuno ejemplo para nuestros educandos, un delincuente, cuatrero y pendenciero como éste, detenido frente a todos los alumnos, en tan doméstico acto público.

—Cierto, muy cierto— se sumó el senador. Y para dar pie al nuevo candidato y completar la presencia discursiva de los políticos presentes, agregó:

—Este delincuente merece un castigo ejemplar, ¿qué sugiere usted para el caso Froilán?

El aludido se asustó al principio, abrió sus ojos como el dos de oro y tomó aire para contestar. El tiempo que tardó sirvió para insertar suspenso y ansiedad en los presentes. El cuatrero miró la atención que había puesto el auditorio y tembló ante la posibilidad de un castigo insostenible. Y entonces Froilán emitió la célebre frase que aún se utiliza en la región.

—Bañenlón, peinenlón y denle chocolate caliente.

☛ Jorge **Archi Londero** es un joven escritor y periodista cordobés, nacido en 1962. Las historias de Don Boyero han aparecido sistemáticamente en los últimos años en el diario *La voz del interior* de Córdoba. Selecciones de estos relatos están recopiladas en dos libros: *Las Historias de Don Boyero* y *Lo mejor de Don Boyero* (Ediciones del Boulevard, Córdoba, 2003) de donde se tomó este cuento.

UN HUEVO

Anónimo japonés

Un viajero encuentra en el campo a un personaje con una cabeza completamente lisa como un huevo, sin un solo rasgo. Aterrorizado sube a la carreta y le pide al campesino que arree el caballo de inmediato.

—¿Qué pasa? —le pregunta el campesino.

—Fue que vi a un hombre que tenía el rostro liso como un huevo.

—Entonces —respondió el campesino volviéndose— ¿tenía el mismo rostro que yo?

☛ La tradición literaria japonesa es muy rica en mitologías y leyendas. También en esta cultura los relatos se transmitieron en forma anónima a lo largo de los tiempos, de generación en generación. Primero por medio de la lengua hablada, las historias recién empezaron a ser registradas en el siglo Octavo, cuando se incorporó a la cultura nipona la escritura ideográfica proveniente de China. Este texto de la tradición oral japonesa fue tomado de *El Libro de la Imaginación*, de Edmundo Valadés. Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 4ta. edición.

PARA BAJAR A UN POZO DE ESTRELLAS

Marcial Souto

Elementos necesarios:

Un espejo; un sitio descubierto (puede ser una azotea); una noche oscura y estrellada.

Instrucciones:

1. Se toma el espejo y se sube a la azotea.
2. Se pone el espejo boca arriba.
3. Se tiende uno al lado del espejo.
4. Se acerca la cabeza al espejo, pero no demasiado: sólo lo suficiente para ver las estrellas allá al fondo.
5. Se mira con atención la más cercana, hasta poder calcular con exactitud a qué distancia está; luego se cierran los ojos.
6. Se lleva despacio un pie hacia la estrella: después de tocarla hay que asegurarse de que se ha asentado bien el pie.
7. Asiéndose con una mano del borde del pozo, se busca con el otro pie una nueva estrella, y se la pisa con firmeza.
8. Se busca con la mano libre otra estrella, y se la encierra con la palma.
9. Se suelta entonces la boca del pozo y se busca con la otra mano una estrella más. Al encontrarla y sujetarla, se mueve el pie que había pisado la primera. Así, descolgándose de estrella en estrella, se continúa hasta llegar al fondo del pozo.
10. Para salir del pozo se tapa el espejo con la mano y se abren los ojos.

☛ **Marcial Souto** (1947) nació en La Coruña, España, pero casi toda su obra la desarrolló en la Argentina. Es un escritor de culto dentro del ámbito de la literatura de ciencia ficción, y sus seguidores le crearon una página en internet que es muy consultada. En la Argentina fundó revistas de ciencia ficción y dirigió también una afamada colección de libros de ese género. Su obra *Para bajar a un pozo de estrellas* apareció en la revista *El péndulo* en 1983.

VERSOS SENCILLOS

José Martí

IX

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín; la enterramos
en una caja de seda.

...Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor;
él volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores;

detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

...Ella por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer;
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente –¡la frente
que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor;
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Allí en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos;
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador.
¡Nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

🔑 El escritor y patriota cubano **José Martí**, héroe de su país y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, nació en la Habana en 1853, en una época en que Cuba estaba dominada todavía por España. Tras largos años de exilio en los Estados

Unidos, murió en combate en 1895. Periodista, notable orador, poeta, su obra está preñada de idealismo y amor al prójimo. *La edad de oro* fue un libro escrito especialmente para los niños y las niñas de América. El poema que aquí presentamos tiene que ver con un episodio de la vida real del autor (hubo en Guatemala una bella jovencita que murió de amor por él) y pertenece a un libro de lectura imprescindible: *Versos sencillos* (José Martí, *Poesía*. Editorial Raigal, Buenos Aires, 1952. Selección de Juan Carlos Ghiano).

FANTASMA SENSIBLE

Lieu Yi-king

Un día, cuando se dirigía al excusado, Yuan Tche-yu fue protagonista de un hecho singular. A su lado surgió un fantasma gigantesco, de más de diez pies de altura, de tez negra y ojos inmensos, vestido con una casaca negra y cubierto con un bonete plano. Sin turbarse de modo alguno, Yuan Tche-yu conservó su sangre fría.

—La gente suele decir que los fantasmas son feos —dijo con la mayor indiferencia, dirigiendo una sonrisa a la aparición—. ¡Y tiene toda la razón!

El fantasma, avergonzado, se eclipsó.

☛ **Lieu Yi-king**. O quizás **Wen-Yi-King**. Autor o autora de origen chino, cuyo texto «Fantasma sensible» es una preciosura literaria pero de la que resulta imposible obtener información. Como en otros casos de textos tomados del maravilloso y ya citado *Libro de la imaginación* de Edmundo Valadés, no se ofrece información sobre determinados autores de la tradición oriental.

SÓLO DIBUJOS

Virginia del Río

A veces, los domingos son muy aburridos para un niño de siete años.

En el cuarto de Piero había una mesita toda cubierta de lápices de colores y hojas de papel. Piero cerró los ojos y tomó un lápiz. Entonces miró: era de color negro. Pero “¿qué es negro?”, se preguntó Piero.

Claro: una araña. Dibujó con mucho cuidado una arañita. Pero pasó algo muy raro: las patas de la araña se movieron muy lentamente, como si estuviera desperezándose, y ella empezó a correr por la hoja de papel. Piero tomó un lápiz verde y en una esquina dibujó una lagartija. La lagartija cobró vida y devoró a la arañita. Piero sonrió.

—Piero... ¿qué estás haciendo? —preguntó mamá desde la cocina.

—Nada, mami —dijo Piero mientras dibujaba un elefante en la pared.

☛ **Virginia del Río** es una escritora mexicana, entre cuyas obras puede citarse *Colegio para señoritas y otros cuentos* (1992). Este cuento fue tomado de la antología *Dos veces bueno 2*. Compilador Raúl Brasca. Editorial Desde la gente, Buenos Aires, 1999.

HISTORIA DE UN RAPTO ENTRE OGROS

J. Desparmet

El rey de los ogros tenía un hijo que se introdujo en casa de una ogresa para raptar a su hija. Cuando él se presentó en casa de la ogresa, ésta no le reconoció porque había tomado la forma de un caballo, y como a la ogresa le gustaba mucho la carne de caballo, se puso muy contenta de poder apoderarse de la bestia, atándola a la puerta de su casa. Pero cuando regresaron sus siete hijos —siete hijos muy valientes, a los que debe añadirse el padre, que hacía ocho—, ellos sintieron el olor del hijo del Rey de los ogros, y dijeron:

—Madre, aquí huele a *ghul*.

—No, hijos míos, sólo es este caballo.

—Bah, este caballo es un ogro —dijo el hijo mayor.

La hija de la ogresa se llamaba Lunja: la tenían escondida bajo siete velos. Entre todas las ogresas no existía una belleza semejante. Sus siete hermanos la custodiaban celosamente y todas las mañanas, apenas se despertaba, iban a saludarla antes de salir a cazar.

Una noche el hijo del Rey de los ogros esperó a que los siete hermanos, cansados por haber estado cazando todo el día, se quedasen dormidos como su padre y su madre, y cuando desde lo hondo de su panza oyó ladrar a los perros, maullar a los gatos y gritar a los hombres, abandonó su aspecto de caballo y tomó la forma de un árbol. Desde la copa de este árbol podía ver a toda la familia profundamente dormida. Recorrió, entonces, su aspecto verdadero y entró en la alcoba de Lunja.

—Ven —le dijo—. Te llevo conmigo.

—Pero mañana por la mañana cuando mis hermanos vengan a saludarme, ¿qué sucederá cuando no me encuentren?

—Yo te enseñaré lo que tienes que hacer. Escupe nueve veces, y cuando tu padre te llame, el primer salivazo contestará por ti. Cuando le toque el turno a tu madre, el segundo salivazo dará la respuesta por ti, y del mismo modo los otros siete salivazos responderán a tus siete hermanos.

Entonces el hijo del Rey de los ogros, por medio de un conjuro, llamó a uno de sus súbditos; éste se deslizó en la alcoba bajo la forma de un serpentón. El Príncipe le dijo:

—Quiero que lleves a esta ogresa a mi palacio.

Aquel se transformó inmediatamente en un caballo que se llevó a la joven, cubierta por los siete velos.

A la mañana siguiente el padre se despertó el primero y llamó a su hija:

—¿Cómo te encuentras hoy, Lunja?

—Estoy muy bien, padre mío.

Poco después su madre, y luego los hermanos le hicieron otras preguntas, y los salivazos que la joven había dejado en la alcoba, iban respondiendo por ella.

Pero al llegar la noche, cuando todos regresaron a la casa, ninguno recibió respuesta a sus preguntas. Entonces el padre se transformó en rayo, y el hermano mayor en relámpago y ambos partieron en busca de Lunja.

Pero el hijo del Rey de los ogros conocía aquella transformación y sabía que el padre se escondía bajo la forma del rayo y el hijo bajo la forma de un relámpago, y dio orden al ogro que había raptado a Lunja de hacer salir a sus batallones de ogros.

Así pues, cuando el padre y el hermano de Lunja llegaron al castillo donde se encontraba la joven, se encontraron con las tropas enemigas desplegadas, como si el hijo del Rey estuviera muerto y aquel fuese el día de sus funerales. Ambos, a la vez, rápidamente, abandonaron la forma de rayo y de relámpago, y recobraron su aspecto

normal, entrando al palacio del hijo del Rey de los ogros. El padre de Lunja empezó a informarse:

—¿Es que el hijo del Rey últimamente ha hecho algún viaje?

—¿Ha estado enfermo y ha muerto de repente?

—Hace más de un mes —le dijeron—, que padecía una grave enfermedad.

En realidad los súbditos del Príncipe sabían que se trataba del padre y del hermano de la joven raptada. Al mismo tiempo éstos, como tenían la certeza de que Lunja debía estar en el castillo, fingieron no saber nada y pidieron hospitalidad. Les dieron la bienvenida y les hicieron entrar en una cámara toda de hierro donde fueron encerrados. Los súbditos del Príncipe juntaron una gran cantidad de leña en torno a la cámara de hierro, le prendieron fuego y les abasaron.

La joven, encerrada en el Palacio, no tenía la menor idea de que estuvieran quemando a su hermano y a su padre. El hijo del Rey de los ogros, que se había hecho pasar por muerto, se acercó a la cámara rodeada por las llamas y les gritó:

—Yo soy el que ha raptado a vuestra hija.

El padre respondió:

—Aunque sólo quede de mí un hueso, este hueso te perseguirá y te cegará.

Al quemarse, los ogros explotaban con un rumor de cañonazos. Finalmente la puerta de la cámara de hierro se abrió y el fuego se apagó y sus restos se esparcieron por doquier, pero quedó un huesito que saltó de golpe a los ojos del Príncipe, que se quedó ciego.

Mientras tanto, la madre y los otros siete hermanos de Lunja se habían transformado en soplos de viento y se dirigieron hacia el palacio del Príncipe. Los súbditos acudieron a su encuentro.

Los soplos de viento se convirtieron en ogros.

—¿Qué es lo que deseáis?

—Hemos sabido —respondieron— que el hijo del Rey ha muerto, y venimos a asistir a sus funerales.

—Os rogamos que atendáis un momento.

Mientras, otros súbditos del Príncipe estaban cavando una profunda fosa. Cuando la rellenaron de leña y le prendieron fuego, cubrieron la hendidura con esteras, y luego les invitaron a que entraran. Ellos así lo hicieron, y al sentarse sobre la fosa incendiada, todos cayeron sobre el fuego y se quemaron.

🗝️ Los cuentos de ogros gigantes y horribles —que generalmente se alimentan de carne humana— fascinan y aterran a chicos y grandes. Y existen en todas las culturas. El estudioso francés **J. Desparmet** fue recopilando cuentos de ogros musulmanes recogidos de la tradición oral, los tradujo del árabe al francés y los publicó en París en 1910. *Historia de un rapto entre ogros* fue tomado de *Cuentos populares de ogros* (José J. de Olañeta, Editor, España, 1992). La traducción al español es de Carmen Bravo-Villasante.

VIVIR PARA SIEMPRE

James George Frazer

Otro relato, recogido cerca de Oldenburg, en el Ducado de Holstein, trata de una dama que comía y bebía alegremente y tenía cuanto puede anhelar su corazón, y que deseó vivir para siempre. En los primeros cien años todo fue bien, pero después empezó a encogerse y arrugarse, hasta que no pudo andar, ni estar de pie, ni comer ni beber. Pero tampoco podía morir. Al principio la alimentaban como si fuera una niña, pero llegó a ser tan diminuta que la metieron en una botella de

vidrio y la colgaron en la iglesia. Todavía está ahí, en la iglesia Santa María, en Lübeck. Es del tamaño de una rata, y una vez al año se mueve.

☛ **James George Frazer** (Escocia, 1854-Inglaterra, 1941) fue profesor de antropología y recopiló en su obra *La rama dorada*, mitos y leyendas de todo el mundo. Los once tomos de *La rama dorada* han sido una extraordinaria fuente de inspiración para los escritores dedicados a la literatura fantástica. Este texto fue tomado de la *Antología de la Literatura Fantástica*, de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1965.

CUADERNOS DE TODO Y NADA

Macedonio Fernández

— **M**ujer ¿cuánto te ha costado esta espumadera?
—1,90.

—¿Cómo, tanto? ¡Pero es una barbaridad!

—Sí; es que los agujeros están carísimos. Con esto de la guerra se aprovechan de todo.

—¡Pues la hubieras comprado sin ellos!

—Pero entonces sería un cucharón y ya no serviría para espumar.

—No importa; no hay que pagar de más. Son artificios del mercado de agujeros.

☛ **Macedonio Fernández** nació y murió en Buenos Aires (1874-1952). Es uno de los escritores más originales de la literatura argentina, y su obra aún presenta sorpresas e interrogantes para sus críticos. Jorge Luis Borges reconoció la influencia de este autor vanguardista en su literatura. Casi todos sus libros fueron publicados después de su muerte. Algunos títulos son: *Museo de la novela de la Eterna*, *Una novela que comienza*, *Continuación de la nada* y *Cuadernos de todo y nada*. Este texto apareció publicado en la revista *Puro Cuento* N° 1, página 37, 1986.

SENSEMAYÁ (CANTO PARA MATAR UNA CULEBRA)

Nicolás Guillén

¡M_{ayombe-bombe-mayombé!}
¡M_{ayombe-bombe-mayombé!}
¡M_{ayombe-bombe-mayombé!}

La culebra tiene los ojos de vidrio;
la culebra viene y se enreda en un palo;
con sus ojos de vidrio, en un palo,
con sus ojos de vidrio.

La culebra camina sin patas;
la culebra se esconde en la yerba;
caminando se esconde en la yerba;
caminando sin patas.

¡M_{ayombe-bombe-mayombé!}
¡M_{ayombe-bombe-mayombé!}
¡M_{ayombe-bombe-mayombé!}

Tú le das con el hacha y se muere:
¡dale ya!
¡No le des con el pie que te muerde,
no le des con el pie que se va!

Sensemayá, la culebra,
sensemayá.
Sensemayá con sus ojos,
sensemayá.
Sensemayá con su lengua,
sensemayá.
Sensemayá, con su boca,
sensemayá...

La culebra muerta no puede comer;
la culebra muerta no puede silbar;
no puede caminar,
no puede correr.
La culebra muerta no puede mirar;
la culebra muerta no puede beber;
no puede respirar,
¡no puede morder!

¡Mayombe-bombe-mayombé!
Sensemayá, la culebra...
¡Mayombe-bombe-mayombé!
Sensemayá, no se mueve...
¡Mayombe-bombe-mayombé!
Sensemayá, la culebra...
¡Mayombe-bombe-mayombé!
¡Sensemayá, se murió!

☛ Descendiente de esclavos africanos, Nicolás Guillén nació y murió en Cuba (Camagüey, 1902-La Habana, 1989). Considerado el más alto representante de la poesía negra de América, en su juventud debió exiliarse por motivos políticos. Con el triunfo de la revolución cubana, en 1960 volvió a su país, donde fue elegido presidente de la Unión Nacional de Escritores de Cuba. Estuvo en Buenos Aires, ya muy mayor, recitando sus poemas con su voz grave y perfecta. Algunas obras son: *Motivos del son*, *Sóngoro Cosongo*, *El son entero*, *La paloma de vuelo popular*. *Sensemaya*, con esa música característica de toda la poesía de Guillén, pertenece a *Sóngoro Cosongo* (Losada, Buenos Aires, 1957).

LA PELOTA

Felisberto Hernández.

Cuando yo tenía ocho años pasé una larga temporada con mi abuela en una casita pobre. Una tarde le pedí muchas veces una pelota de varios colores que yo veía a cada momento en el almacén. Al principio mi abuela me dijo que no podía comprármela, y que yo no la cargoseara; después me amenazó con pegarme; pero al rato y desde la puerta de la casita —pronto para correr— yo le volví a pedir que me comprara la pelota. Pasaron unos instantes y cuando ella se levantó de la máquina donde cosía, yo salí corriendo. Sin embargo ella no me persiguió: empezó a revolver un baúl y a sacar trapos. Cuando me di cuenta que quería hacer una pelota de trapo, me vino mucho fastidio. Jamás esa pelota sería como la del almacén. Mientras ella la forraba y le daba puntadas, me decía que no podía comprar otra y que no había más remedio que conformarse con ésta. Lo malo es que ella me decía que la de trapo sería más linda; era eso lo que me hacía rabiar. Cuando la estaba terminando, vi cómo ella la redondeaba, tuve un instante de sorpresa y sin

querer hice una sonrisa; pero enseguida me volví a encaprichar. Al tirarla contra el patio, el trapo blanco del forro se ensució de tierra; y la sacudía y la pelota perdía la forma: me daba angustia verla tan fea; aquello no era una pelota; yo tenía la ilusión de la otra y empecé a rabiarme de nuevo. Después de haberle dado las más furiosas “patadas” me encontré con que la pelota hacía movimientos por su cuenta: tomaba direcciones e iba a lugares que no eran los que yo imaginaba; tenía un poco de voluntad propia y parecía un animalito; le venían caprichos que me hacían pensar que ella tampoco tendría ganas de que yo jugara con ella. A veces se achataba y corría con una dificultad ridícula; de pronto parecía que iba a parar, pero después resolvía dar dos o tres vueltas más. En una de esas veces que le pegué con todas mis fuerzas, no tomó dirección alguna y quedó dando vueltas a una velocidad vertiginosa. Quise que eso se repitiera pero no lo conseguí. Cuando me cansé, se me ocurrió que aquel era un juego muy bobo; casi todo el trabajo lo tenía que hacer yo; pegarle a la pelota era lindo; pero después uno se cansaba de ir a buscarla a cada momento. Entonces la abandoné en la mitad del patio. Después volví a pensar en la del almacén y a pedirle a mi abuela que me la comprara. Ella volvió a negármela pero me mandó a comprar dulce de membrillo. (Cuando era día de fiesta o estábamos tristes, comíamos dulce de membrillo.) En el momento de cruzar el patio para ir al almacén, vi la pelota tan tranquila que me tentó y quise pegarle una “patada” bien en el medio y bien fuerte; para conseguirlo tuve que ensayarla varias veces. Como yo iba al almacén, mi abuela me la quitó y me dijo que me la daría cuando volviera. En el almacén no quise mirar la otra, aunque sentía que ella me miraba a mí con sus colores fuertes. Después que nos comimos el dulce yo empecé de nuevo a desear la pelota que mi abuela me había quitado; pero cuando me la dio y jugué de nuevo me aburrí muy pronto. Entonces decidí ponerla en el portón y cuando pasara uno por la calle pegarle un pelotazo. Esperé sentado encima de ella. No pasó nadie. Al rato me paré para seguir jugando y la encontré más ridícula que nunca; había quedado chata como una torta. Al principio me dio gracia y me la ponía en

la cabeza, la tiraba al suelo para sentir el ruido sordo que hacía al caer contra el piso de tierra y por último la hacía correr de costado como si fuera una rueda.

Cuando me volvió el cansancio y la angustia, le fui a decir a mi abuela que aquello no era una pelota; que era una torta y que si ella no me compraba la del almacén yo me moriría de tristeza. Ella se empezó a reír y a hacer saltar su gran barriga. Entonces yo puse mi cabeza en su abdomen y sin sacarla de allí me senté en una silla que mi abuela me arrimó. La barriga era como una gran pelota caliente que subía y bajaba con la respiración. Y después yo me fui quedando dormido.

☛ **Felisberto Hernández** (Uruguay, 1902-1963) fue, además de escritor, un músico notable. Aunque también escribió novelas, se lo considera un maestro en el género del relato breve. Este texto fue tomado de *Primeras Inventiones* (Arca, Montevideo, 1969). Otro texto de este autor: *Nadie encendía las lámparas*.

EQUIVOCACIÓN

Karel Capek

Nos embarcamos en el Mediterráneo. Es tan bellamente azul que uno no sabe cuál es el cielo y cuál es el mar, por lo que en todas partes de la costa y de los barcos hay letreros que indican dónde es arriba y dónde es abajo; de otro modo uno puede confundirse. Para no ir más lejos, el otro día, nos contó el capitán, un barco se equivocó, y en lugar de seguir por el mar la emprendió por el cielo; y como el cielo es infinito no ha regresado aún y nadie sabe dónde está.

☛ Karel Čapek (1890-1938) es junto a Kafka uno de los más reconocidos escritores que dio la República Checa. Figura dominante de la cultura en Praga, fue novelista, dramaturgo, ensayista, político, periodista y productor teatral checo, jugó un importante papel antibélico durante la Primera Guerra Mundial. Su obra dramática *R.U.R. (Robots Universales Rossum)* es un clásico del teatro universal, y trata de personas que han quedado deshumanizadas debido al maquinismo. A Čapek se le atribuye la invención de la palabra «robot», que en realidad inventó su hermano Josef; Karel sin embargo fue el primero en incluir personajes robots en la literatura. Este texto fue tomado de la revista *Puro Cuento* N° 14 enero/febrero de 1989.

LA MALA MEMORIA

André Breton

Me contaron hace un tiempo una historia muy estúpida, sombría y conmovedora. Un señor se presenta un día en un hotel y pide una habitación. Le dan el número 35. Al bajar, minutos después, deja la llave en la administración y dice:

—Excúseme, soy un hombre de muy poca memoria. Si me lo permite, cada vez que regrese le diré mi nombre: el señor Delouit, y entonces usted me repetirá el número de mi habitación.

—Muy bien, señor.

A poco, el hombre vuelve, abre la puerta de la oficina:

—El señor Delouit.

—Es el número 35.

—Gracias.

Un minuto después, un hombre extraordinariamente agitado, con el traje cubierto de barro, ensangrentado y casi sin aspecto humano entra en la administración del hotel y dice al empleado:

—El señor Delouit.

—¿Cómo? ¿El señor Delouit? A otro con ese cuento. El señor Delouit acaba de subir.

—Perdón, soy yo... Acabo de caer por la ventana. ¿Quiere hacerme el favor de decirme el número de mi habitación?

☛ **André Breton** (Francia, 1896-1966) fue uno de los fundadores de la corriente estética llamada Surrealismo. Para ellos, después de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), la situación histórica europea exigía un arte nuevo que se esforzara por indagar en lo más profundo del ser humano, sus fantasías y sus sueños más imaginativos. Médico de profesión, entró en contacto con el arte a través del célebre grupo Dadá, que dominaba la nueva estética francesa en aquellos años. Su *Manifiesto surrealista* causó un fuerte impacto desde su publicación en los años veinte. Este texto fue tomado de *El libro de la Imaginación*, Edmundo Valadés, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 4ta. edición.

A UNA NARIZ

Francisco de Quevedo y Villegas

Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un pez espada muy barbado.

Era un reloj de sol mal encarado,
érase una alquitara pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narigado.

Érase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,
las doce tribus de narices era.

Érase un naricísimo infinito,
muchísima nariz, nariz tan fiera
que en la cara de Anás fuera delito.

🔑 Originalísimo y transgresor, irónico y agudísimo, **Quevedo** fue uno de los grandes poetas castellanos de todos los tiempos. Nació en España en 1580 y fue un personaje importante y culto, amado y criticado en su época. Le pasó de todo: se batió a duelos, vivió en exilio, protagonizó aventuras, favores y rechazos de los reyes y los poderosos de turno. Escribió poemas y novelas y su figura es imprescindible en la historia de la literatura española y mundial. Para los lectores jóvenes son aconsejables los *Sueños* y las *Letrillas*. Murió en Madrid en 1645. El soneto *A una nariz* figura en el libro *Sonetos* (ABC, Buenos Aires, s.f.).

MIEDO

Sbel Silverstein

Bernabé Brandsen
tenía miedo de ahogarse.
Por eso nunca nadaba
no remaba
ni se bañaba.
Lo único que hacía

de noche y de día
era quedarse sentado
con la puerta bien cerrada,
temblando como una hoja,
con las ventanas tapiadas
por si venía una ola.
Y tanto lloró
que el cuarto se inundó
y se ahogó.

🔑 **Shel Silverstein** nació en Chicago, Estados Unidos, en 1930 y murió en 1999. Es un autor reconocido como poeta y escritor para jóvenes, pero también fue ilustrador, músico y cantante folk en su país. Este texto fue tomado de la antología *17 de Miedo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

SERVICIO DE CORREOS

Orlando Van Bredam

al poeta Elvio Romero

M¹ natural desconfianza del servicio de correos me llevó a probar la eficacia del sistema. Me envié cartas a mí mismo para saber si llegaban a tiempo. Nada más particular que la cara del cartero cuando descubriría que el destinatario y el remitente eran la misma persona.

En una oportunidad, el texto me resultaba extraño. Supuse que se trataba de una broma de los empleados o de mi vieja costumbre de pensar una cosa y escribir absolutamente lo contrario.

Lo cierto es que nada me proporcionaba más placer que recibir mis propias cartas. Eso tenía sus ventajas; en primer lugar, nunca había sorpresas desagradables; en segundo lugar, eran líneas sinceras, nunca trataba de engañarme con adulaciones hipócritas, y tercero: en caso de que la carta se extraviara del correo a mi casa, no importaba, ya sabía de qué se trataba.

✎ **Orlando Van Bredam** nació en Entre Ríos, Argentina, en 1952 pero se lo considera un escritor formoseño porque reside desde hace 30 años en El Colorado, donde ha producido toda su obra literaria. Ha abordado el cuento, la poesía, la novela breve y el teatro. Es, además, profesor de Teoría Literaria y dirige un Instituto Superior Terciario. Algunos de sus libros de cuentos breves son: *Fabulaciones*; *Simulacros*; *La vida te cambia los planes* y *Las armas que carga el diablo* (Río de los Pájaros, Concordia, Entre Ríos, 1996) de donde se tomó este texto.

EL BOMBARDERO

Emma Wolf

No se fíen de los escarabajos. ¡Nunca, nunca se fíen de los escarabajos! Uno los ve tan chiquitos, tan inocentes, tan aplastables, que jamás va a imaginar las porquerías que son capaces de hacer cuando les toca defenderse.

Por ejemplo, las larvas del escarabajo de las hojas trinchan su propia caca en unas horquillas que tienen en la parte trasera del cuerpo y se la dan a morder a las hormigas que las persiguen.

Eso no es nada. O al menos es solamente asqueroso.

Hay un escarabajo de la importante familia de los carábidos, muy bonito, de color azul oscuro brillante, con la cabeza y las antenas rojo ladrillo, negro por abajo, algún matiz dorado... Si lo vieran dirían: “¡Oh, qué escarabajín tan mono!” y sentirían el impulso irresistible de levantarlo en la palma de la mano para acariciarle los rulos.

Grave error.

Mide apenas doce milímetros; si tuviera el tamaño de un rinoceronte estarían ante el animal más peligroso del planeta. Lo llaman “el escarabajo bombardero” y es una infernal máquina lanzatorpedos.

Su barriga es como un laboratorio de armas químicas que trabaja sin descanso, aun los días feriados. Él mismo, gracias a unas glándulas, fabrica el combustible para sus explosiones. Escuchen esto: el combustible se compone de peróxido de hidrógeno, hidroquinona y toluhidroquinona. (No se les ocurra hacer la combinación en casa porque va a volar por el aire hasta la cucha del perro.)

Estas sustancias son conducidas a una cámara de combustión. Allí forman una mezcla altamente inflamable que se enciende mediante una enzima y llega a generar una temperatura de cien grados Celsius. ¡BOOOOOM!

De su parte trasera sale una nube blanca que se pulveriza en el aire con un estallido. Una abuela sorda escucharía perfectamente la explosión. Y tira hasta veinte veces seguidas. ¡Imaginen una pistola lanzagases de repetición!

Cualquier nariz que esté a menos de cincuenta centímetros queda envuelta en una tufarada corrosiva, asfixiante, inmundada. El bicho que se atrevió a atacarlo huye en cualquier dirección pidiendo a gritos una bocanada de aire puro. ¡Asco! ¡Me rindo! ¡Bandera blanca!

Entonces el bombardero también aprovecha para escapar.

Los bombarderos están diseminados por muchos países cálidos, menos Australia. Así que ya saben: si no quieren toparse con uno múdense a Australia y listo.

☛ **Enma Wolf** nació en Carapachay, Provincia de Buenos Aires, en 1948. Trabajó para distintos medios periodísticos y revistas infantiles, y en la década del 80, a partir de su vinculación con la revista Humi, comenzaron a publicarse sus primeros títulos en el campo de la literatura para chicos. Todo lo que escribe es inmensa y recurrentemente gracioso. Hay que leer por ejemplo: *Aventuras de loberos*, *Barbanegra y los buñuelos*, *Maruja*, *Nabuco* y *El libro de los prodigios*. Este texto fue tomado del libro *¡Qué animales!* Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

EL ANCIANO SIN MEMORIA

Javier Villafañe

Estaba con una mano en la frente y a cada pregunta que hacían los amigos bajaba la cabeza, cerraba los ojos para mirar más lejos y respondía:

– No, no recuerdo.

Y de pronto, dijo:

– Ustedes recuerdan todo.

Debe ser tremendo. Yo no recuerdo nada. Estoy como si naciera mañana.

☛ La personalidad de **Javier Villafañe** (Buenos Aires 1909-1996) fue arrolladora y dejó huellas profundas en la cultura popular argentina. Poeta, escritor y titiritero, viajó por toda la Argentina en una carreta que llamaba *La Andariega*. También visitó varios países americanos, realizando siempre funciones de títeres, casi como un juglar del Medioevo. En 1967, su libro *Don Juan el Zorro* fue retirado de circulación por la dictadura militar y entonces se fue a vivir a Venezuela. En 1978 recorrió

el camino de Don Quijote a través de La Mancha, en España, con un teatro ambulante, que era lo que más le gustaba en el mundo. En 1984 regresó a la Argentina. Algunas de sus obras: *Los sueños del sapo*, *El caballo celoso* y *Antología de Javier Villafañe* (Sudamericana, Buenos Aires, 1990) de donde fue tomado este cuento.

LA SENTENCIA

Wu Ch'eng-en

Aquella noche, en la hora de la rata, el emperador soñó que había salido de su palacio y que en la oscuridad caminaba por el jardín, bajo los árboles en flor. Algo se arrodilló ante sus pies y le pidió amparo. El emperador accedió; el suplicante dijo que era un dragón y que los astros le habían revelado que al día siguiente, antes de la caída de la noche, Wei Cheng, ministro del emperador, le cortaría la cabeza. En el sueño el emperador juró protegerlo.

Al despertarse, el emperador preguntó por Wei Cheng. Le dijeron que no estaba en el palacio; el emperador lo mandó a buscar y lo tuvo atareado el día entero, para que no matara al dragón y hacia el atardecer le propuso que jugaran al ajedrez. La partida era larga, el ministro estaba cansado y se quedó dormido.

Un estruendo conmovió la tierra. Poco después interrumpieron los capitanes, que traían una inmensa cabeza de dragón empapada en sangre. La arrojaron a los pies del emperador y gritaron.

—Cayó del cielo.

Wei Cheng, que había despertado, la miró con perplejidad y observó:

—Qué raro, yo soñé que mataba un dragón así.

☛ La historia de la literatura china es un eterno retorno a los orígenes, a la naturaleza y a la tradición como fuente de juventud y reaseguro de la memoria del pueblo chino, el cual tomó a la poesía como género por excelencia. En el siglo XVI por primera vez se le asignó a la narrativa carácter literario. Un signo definitivo de ese cambio fue la publicación de la novela *Mono* de Wu Ch'eng-en (1505-1580). Este cuento ha sido tomado de la *Antología de la Literatura Fantástica*, de Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1965.

¡A MÍ NO ME ENGAÑAN LAS HORMIGAS!

Mark Twain

Me parece que se cometen extrañas exageraciones cuando se habla de la inteligencia de las hormigas. Durante varios veranos me pasé observándolas un tiempo que hubiera podido emplear mejor. Pero jamás encontré una hormiga que, viva, pareciera más inteligente que muerta. Me refiero a las hormigas comunes y corrientes; no conozco las maravillosas hormigas suizas o africanas que celebran elecciones, tienen ejércitos disciplinados, tienen esclavos y discuten de religión. Esas hormigas serán tal como las pintan los naturalistas, no digo que no; de lo que estoy convencido es de que las otras, las hormigas que todos conocemos, son unas simuladoras. Estoy de acuerdo, claro, en que son trabajadoras; trabajan como nadie... cuando alguien las mira. Pero esa testarudez que tienen para el trabajo, me parece a mí un defecto.

Sale una hormiga en busca de provisiones y las encuentra. ¿Y qué hace? ¿Se la lleva a su casa? No. La hormiga no sabe adónde está su casa. Puede

ser que esté a un metro de allí, no importa. La hormiga es incapaz de encontrarla.

El trofeo que encuentra una hormiga suele ser algo completamente inservible para ella y para cualquiera y es, por lo general, siete veces más grande de lo conveniente. Además la hormiga se las arregla para agarrarlo en la forma más incómoda posible: lo levanta del suelo y se va, no hacia el hormiguero sino en dirección contraria; nunca tranquila e inteligentemente, sino con un apuro loco. Si en el camino encuentra una piedra, en vez de pasarle por el costado, le pasa por encima, retrocediendo y arrastrando el botín; cae del otro lado, se levanta llena de furia y de polvo, se sacude, se humedece las patas de adelante, aprieta ferozmente la presa entre las mandíbulas, tirando unas veces para acá otras veces para allá, empujándola a veces y a veces arrastrándola; se pone más y más nerviosa; levanta por fin la presa y sale disparando, no en la dirección que llevaba sino en alguna otra.

A la media hora de andar dando vueltas, se detiene a unos quince centímetros de donde partió; suelta la carga, se limpia la cabeza, se frota las patas, reanuda la marcha a la ventura, con el apuro de siempre. A fuerza de andar en zig-zag, con lo cual consigue correr mucho y no salir del mismo sitio, tropieza con el trofeo que había dejado abandonado. Como de eso no se acuerda, cree que es un hallazgo; mira a su alrededor para ver qué camino no la va a llevar al hormiguero; carga otra vez con el botín y emprende la marcha en la que se va a encontrar con contratiempos parecidos a los de la carrera anterior.

Por fin se para a descansar. Llega otra hormiga a la que sin duda le parece que la pata de una langosta muerta hace un año es una estupenda pichincha y decide ayudar a la primera hormiga a llevarla al hormiguero. Cada una agarra una punta y tira para su lado. Después descansan y cambian ideas. Están de acuerdo en que la cosa no anda bien pero no entienden por qué así que cada una acusa a la otra de hacer lío. Se pelean. Se atacan; se muerden una a la otra; ruedan juntas por el polvo hasta que una de las dos pierde una pata o una antena y se va a Reparaciones. Se

reconcilian y vuelven al trabajo. Lo hacen tan mal como antes, tirando cada una para su lado pero la mutilada está en inferioridad de condiciones de modo que la sana la arrastra junto con la presa.

La pata de la langosta queda por fin abandonada más o menos en el mismo sitio en el que la encontraron. Las hormigas la observan con cuidado y convienen en que si bien se mira, no sirve para nada y cada una se va para su lado a buscar otra cosa pesada para divertirse cargándola, e inservible para tentarla.

Justo hoy vi a una hormiga haciendo todo eso. Llevaba una araña muerta que pesaba diez veces más que ella y a la cual acabó por dejar tirada para que cualquier otra hormiga igualmente sonsa pudiera llevársela. Medí la distancia recorrida por la muy bruta y concluí que lo que ella había hecho en veinte minutos equivalía al trabajo que haría un hombre en atar juntos dos caballos que pesan 350 kilos cada uno, echárselos a la espalda, recorrer medio kilómetro en un campo lleno de piedras de dos metros de altura pasándoles por encima y no por el costado; tirarse por un precipicio como el del Niágara más tres campanarios; y para al fin dejar los dos caballos en donde cualquiera pudiera llevárselos, e irse tranquilamente a otra parte.

Según la ciencia, es mentira que las hormigas guarden provisiones para el invierno. La hormiga es una hipócrita: trabaja solamente cuando la miran y si el que la mira parece aficionado a la naturaleza y dispuesto a tomar notas. La hormiga es incapaz de rodear un tronco sin desorientarse y perder el camino al hormiguero, cosa que es signo de idiotez. El trabajo ostentoso que hace es pura soberbia. Nunca termina bien una tarea.

Cosa extraña e incomprensible es que una mentirosa tan notoria como la hormiga haya engañado a las gentes de tantos países durante tantos años, sin que nunca nadie le descubriera el juego.

🔑 Este cuento se encontró en un sitio de internet llamado *The Online Books Page* y forma parte de un libro cuyo título es *A tramp abroad (Un vagabundo en el extranjero)*. La versión española del cuento es de Angélica Gorodischer. **Mark Twain**, muy conocido por *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las Aventuras de Huckleberry Finn*, y cuya lectura siempre se recomienda a los jóvenes, nació en Florida (Estados Unidos) en 1935 y murió en Nueva York en 1910.

LA INTRUSA

Pedro Orgambide

Ella tuvo la culpa, señor juez. Hasta entonces, el día que llegó, nadie se quejó de mi conducta. Puedo decirlo con la frente bien alta. Yo era el primero en llegar a la oficina y el último en irme. Mi escritorio era el más limpio de todos. Jamás me olvidé de cubrir la máquina de calcular, por ejemplo, o de planchar con mis propias manos el papel carbónico. En cuanto a esa, me pareció sospechosa desde el primer momento. Vino con tantas ínfulas a la oficina. Además, ¡que exageración!, recibirla con un discurso, como si fuera una princesa. Yo seguí trabajando como si nada pasara. Los otros se deshacían de elogios. Alguno, deslumbrado, se atrevía a rozarla con la mano. ¿Cree usted que yo me inmuté por eso, señor juez? No. Tengo mis principios y no los voy a cambiar de un día para el otro. Pero hay cosas que me colman la medida. La intrusa, poco a poco me fue invadiendo. Comencé a perder el apetito. Mi mujer me compró un tónico, pero sin resultado. ¡Si hasta se me caía el pelo, señor, y soñaba con ella! Todo lo soporté, todo. Menos lo de ayer. “González —me dijo el gerente—, lamento decirle que la empresa ha decidido prescindir de sus servicios”. Veinte años, señor juez, veinte años tirados a la basura. Supe que ella fue con la alcahuetería. Y yo, que nunca dije una mala palabra, la

insulté. Sí, confieso que la insulté, señor juez, y que le pegué, con todas mis fuerzas. Fui yo quien le pegó con el fierro. Le gritaba y le gritaba como loco. Ella tuvo la culpa. Arruinó mi carrera, la vida de un hombre honrado, señor. Me perdí por una extranjera, por una miserable computadora, por un pedazo de lata, como quien dice.

☛ **Pedro Orgambide** fue un ejemplo de escritor porteño. Nació en 1929 y murió en 2003, y toda su vida practicó las más diversas formas literarias, ligadas todas a la exploración de sus pasiones: la música, el teatro, la argentinidad y la porteñidad. Escribió más de 70 obras en todos los géneros: poesía, ensayo, teatro, novela y cuento. Exiliado en México en 1976, allí fundó, junto con otros escritores, entre ellos Juan Rulfo y Julio Cortázar, la revista *Cambio*. A los diecinueve años publicó su primer libro: *Mitología de la adolescencia*. Entre sus muchos títulos, destacan: *La buena gente* y *El páramo*. Este texto fue tomado del libro *La buena gente* (Sudamericana, Buenos Aires, 1970).

EL ANIMAL FAVORITO DEL SEÑOR K

Bertold Brecht

Cuando se le preguntó cuál era el animal que más le gustaba, el señor K respondió que el elefante. Y dio las siguientes razones: el elefante reúne la astucia y la fuerza. La suya no es la penosa astucia que basta para eludir una persecución o para obtener comida, sino la astucia que dispone la fuerza para las grandes empresas. Por donde pasa este animal queda una amplia huella. Además, tiene buen carácter,

sabe entender una broma. Es un buen amigo, pero también es un buen enemigo. Es muy grande y muy pesado, y, sin embargo, es muy rápido. Su trompa lleva a ese cuerpo enorme los alimentos más pequeños, hasta nueces. Sus orejas son adaptables: sólo oye lo que quiere oír. Alcanza también una edad muy avanzada. Es sociable, y no sólo con los elefantes. En todas partes se le ama y se le teme. Una cierta comicidad hace que hasta se le adore. Tiene una piel muy gruesa; contra ella se quiebra cualquier cuchillo, pero su natural es tierno. Puede ponerse triste. Puede ponerse iracundo. Le gusta bailar. Muere en la espesura. Ama a los niños y a otros animalitos pequeños. Es gris y sólo llama la atención por su masa. No es comestible. Es buen trabajador. Le gusta beber y se pone alegre. Hace algo por el arte: proporciona el marfil.

☛ **Bertold Brecht** (1898-1956) fue uno de los más importantes escritores judíos alemanes del siglo XX. Narrador y dramaturgo, tuvo que exiliarse cuando Adolfo Hitler llegó al poder. Vivió en Dinamarca, Suecia, Finlandia y finalmente en los Estados Unidos, donde en 1947 fue acusado de actividades antiamericanas. Tras 15 años de exilio, regresó a Berlín oriental y fundó su propia compañía teatral, el Berliner Ensemble, revolucionando la puesta en escena mundial. Abordó en su obra las contradicciones que envuelven la vida del individuo, la corrupción, la explotación de los pobres, la indiferencia del pueblo ante lo que sucede, la falsa moral que se adapta según la conveniencia económica y la maldad inherente del ser humano, apostando siempre a la superación de cualquier tipo de dogmas. Su obra maestra fue *Galileo Galilei*. Este texto fue tomado de *El libro de la Imaginación*, Edmundo Valadés, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 4ta. edición.

EL FIN

Frederic Brown

El profesor Jones venía trabajando en la teoría del tiempo desde hacía varios años.

–Encontré la ecuación-clave –le dijo un día a su hija.

El Tiempo es un campo. Esta máquina que yo construí puede manipular, hasta invertir, ese campo.

Oprimiendo un botón mientras hablaba, continuó: –Esto hará que el tiempo camine para atrás para camine tiempo el que hará Esto: – Continuó, hablaba mientras botón un oprimiendo.

–Campo ese, invertir hasta, manipular puede construí yo que máquina esta. Campo un es Tiempo el. –Hija su a día un dijo le– Clave-ecuación la encontré–.

Años varios hacía desde tiempo del teoría la en trabajando venía Jones profesor el.

🔑 **Frederic Brown** (Estados Unidos 1906-1972) es considerado como uno de los más ingeniosos escritores norteamericanos de misterio, aunque también escribió historias de ciencia-ficción. Brown se caracteriza por un humor satírico que siempre hace reflexionar al lector. Este texto fue tomado de *Cinco Genios del Espanto*. Página/12 N° 11. Selección: Marcelo Di Marco. Buenos Aires, 1996. Traducción: Rodolfo Alonso.

EL MAL ESTUDIANTE

Jacques Prévert

Dice que no con la cabeza
pero dice que sí con el corazón
dice que sí a lo que le gusta
y dice que no al profesor
está de pie
le hacen preguntas
y le plantean todos los problemas
de pronto se echa a reír
y borra todo
cifras y palabras
fechas y nombres
frases y trampas
y a pesar de las amenazas del maestro
entre el tole-tole de los niños prodigio
con tizas de todos colores
sobre el negro pizarrón de la desgracia
dibuja el rostro de la felicidad.

☛ **Jacques Prévert** nació y murió en Francia (1900-1977). Amigo de pintores y escritores, llevó una vida bohemia. Se incorporó al grupo de los surrealistas, pero luego se independizó y, en un plano más existencialista, publicó su obra más conocida, que vendió cientos de miles de ejemplares y fue traducida a muchísimos idiomas: *Palabras*. Autor, además, de los guiones de famosas películas, como *El muelle de las brumas*, y de versos de famosas canciones como *Las hojas muertas*, sólo en sus últimos años escribió algunos cuentos para chicos. *El mal alumno* fue tomado de *Jacques Prévert* (Perfil Libros, Buenos Aires, 1997).

DON CHICO QUE VUELA

Eraclio Zepeda

Te paras al borde del abismo y ves el pueblo vecino, enfrente, en el cerro que se empina ante tus ojos, subiendo entre nubes bajas y neblinas altas: adivinas los ires y venires de su gente, sus oficios, sus destinos. Sabes que en línea recta está muy cerca. Si caminaras al aire, en un puente de hamacas suspendido ente los cerros, podrías llegar como el pensamiento, en un instante.

Y sin embargo el camino real, el camino verdadero, te desploma hasta los pies del cerro, bajando por vericuetos difíciles, entre barrancas y cascadas, entre piedras y caídas, hasta llegar al fondo de la quebrada donde corre espumando el gran caudal del río que debes cruzar a fuerza, para iniciar el ascenso metro tras metro. Muchas horas después llegas cansado, lleno de sudor y lodo y volteas la cabeza para ver tu propio pueblo a distancia, como antes viste la plaza en que estás ahora.

Ahí es donde le das la razón a don Pacífico Muñoz, don Chico, quien no soporta estas distancias que tú has caminado y dice que ir a pie es inútil y a caballo tontería, que para estas tierras volar es indispensable.

Hace años que le escuchaste los primeros proyectos de vuelo y contravuelo. Fue cuando sentado, como tu ahora, al borde del abismo viendo al otro pueblo, dijo dándose un manotazo en las rodillas:

—¡Si no es tanto lo encogido de estas tierras sino lo arrugado. Montañas y montañas acrecentando las distancias. Si a este estado lo plancharan le ganábamos a Chihuahua...! ¡Y ya vuelto llano a caminar más rápido! Pero así como estamos, sólo vueltos pájaros para volar quisiéramos.

Y así fue como la locura del vuelo se le fue colocando entre oreja y oreja a don Chico, como un sombrero de ensueño.

Volar fue la única pasión que le impulsaba el día, a otro día, a otro mes, para seguir viviendo otro año y otro año más. Si no fuera por el ansia del vuelo habría muerto de tristeza desde hace mucho tiempo, como tú me comentaste el otro día.

Don Chico subía, tú lo viste muchas veces, el cerro más alto para contemplar las distantes montañas azules y perdidas entre el vaho que viene de la selva. Allí, sentado en la piedra donde escribió su nombre, tú escuchaste muchas veces a don Chico:

—La tierra desde el aire está al alcance de la mano. Los caminos son más fáciles al vuelo. Qué cerca están los mercados y las plazas a ojo de pájaro. Los valles y los ríos y las cañadas y cañones, los campos sembrados, los ganados en potreros lejanos, las ciudades nuevas y las viejas construcciones perdidas en la selva y al fondo del mar.

Don Chico inventaba una prodigiosa geografía expuesta a los ojos en vuelo, ávidos ojos tratando de reconocer ranchos y rancherías, vados y ríos, caminos, pueblos, lagos y montañas vistas desde arriba, desde el sueño, desde el aire de un sueño.

Don Chico regresa al pueblo, con la boca seca, abrasada por la fiebre de la aventura que le espesa la lengua, le ves llegar a la plaza, tomar de la fuente agua con las manos, enjuagarse, refrescarse la cara y declarar muy serio:

—Señoras y señores: voy a volar..

Recordarás cómo todos subimos y bajamos la cabeza para decirle que sí, que cómo no, que claro don Chico que vuela, y por dentro sentir la risa alborotando el pecho y la barriga, y tú aguantándote.

Don Chico entró a su casa, tomó una gallina, la pesó minuciosamente, anotó la lectura de la báscula, le midió la distancia que va de punta a punta de las alas, anotó eso también y la regresó al corral.

Inventó un complicado cálculo para conocer la secreta relación entre el peso del animal y el tamaño de las alas que permite vencer la gravedad y levantar el vuelo.

Don Chico dudó un instante si era adecuado tomar una gallina para tal experimento. Una paloma de vuelo largo habría sido mejor. Pero en su corral no había palomas.

Habiendo encontrado la fórmula que explica la relación entre el peso de la gallina y el tamaño de sus alas, se pesó él mismo, anotó la lectura y, aplicando la fórmula descubierta, calculó el tamaño de las alas que habría de construirse para poder volar, apuntó la cifra en su libreta, se frotó las manos y se fue al parque.

El problema era ahora el diseño de las alas. Pensó que el mejor material era el carrizo, ligero y fuerte. Se detuvo un momento para dibujar con un palito sobre la tierra el esquema de su estructura. Satisfecho, lo borró con el pie izquierdo y grabado en la memoria lo llevó a su casa.

Para recubrir la estructura nada mejor que el tejido del petate, la dúctil alfombra de palma.

Una vez que hubo construido las alas, descubrió molesto que eran pesadas para sus fuerzas. Recordó la relación entre las alas y el peso de la gallina y no se atrevió a modificarla.

Se suscribió a una revista sueca donde aparecían lecciones de gimnasia y dedicó algunos años a esta dura disciplina. Satisfecho sintió cómo aumentaban sus bíceps, crecían sus tríceps, se endurecían sus músculos abdominales, se marcaban nítidamente los dorsales y una potencia sentía nacer don Chico desde el centro de su cuerpo.

En el año sexto de su experimento movía con destreza las alas. Con sus brazos aleteaba movimientos llenos de gracia, en un simulacro de vuelo, no de gallina torpe sino de agilísima paloma.

En el pueblo había un orgullo compartido. Don Chico prometió volar antes de las fiestas patrias y se le invitaba a los patios a simular el arte complejo del vuelo. Acudía siempre hasta que descubrió que tales convivios no eran nacidos de la admiración de su técnica sino del interés de producir ventarrones en el patio que barrieran de hojas y basura todo el piso.

Unos días antes de las fiestas patrias alguien levantó la cabeza. No se sabe si fue Ramón o Martín o Jesús el primero que lo vio. Lo que sí se sabe es que al instante todo el pueblo levantó la cabeza y vimos a don Chico arriba del campanario con las alas puestas, iniciando cauteloso el aleteo que habría de conducirlo a la gloria. Detenía el movimiento, se mojaba con saliva el dedo y comprobaba la dirección del viento, abría de par en par las alas y descansaba la cabeza sobre el hombro, semejante a nuestro viejo escudo nacional. De pronto reinició el aleteo, arresortó la pierna derecha contra el muro del campanario para tomar impulso, apuntó la pierna izquierda hacia El Porvenir, que tal era el nombre de la cantina que está enfrente de la iglesia, y se dispuso a iniciar la epopeya. Alguien le preguntó tocándole la punta del ala izquierda:

—¿Va usted a volar, don Chico?

—Seguro —respondió.

—Y... ¿llegará lejos, don Chico?

—Lejísimo.

—¿Y de altura, don Chico?

—Altísimo.

—¿Al cielo llegará, don Chico?

—Al cielo mismo.

La cara de aquel que preguntaba se iluminó:

—Por vida suya, Don Chico, llévele al cielo este queso a mi mamá que se murió con el antojo.

Don Chico aceptó con ligereza el queso, buscando deshacerse del impertinente sin considerar el error que había cometido. No se sabe si fue Ramón o Martín o Jesús, el primero que hizo el encargo al otro mundo. Lo que sí se sabe es que al instante todo el pueblo subió al campanario y don Chico siguió aceptando quesos y chorizos, dulces y aguardiente, tostadas y jamones para llevar al cielo.

Cuando don Chico resorteó la pierna derecha, siguiendo la dirección a El Porvenir, abrió el espectáculo grandioso de sus alas. El pueblo

escuchó el estruendo de carrizos rompiéndose y petates rasgándose en el aire y quesos rodando por la calle.

Cuando el silencio volvió, alguien dijo:

—Lo mató el sobrepeso. Si no fuera por los encarguitos, don Chico vuela.

☛ **Eraclio Zepeda** nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, en 1937. Es uno de los mayores narradores contemporáneos de su país. Es también poeta, periodista y dirigente político. Obras: *Benzulul*, *El tiempo y el agua*, *Asela*, *Trejito*, *Asalto nocturno*, *Andando el tiempo*. De este último libro (publicado por Ediciones Del Norte, México, 1984) se ha tomado el texto que publicamos.

CUENTO DE HORROR

Marco Denevi

La señora Smithson, de Londres (estas historias siempre ocurren entre ingleses), resolvió matar a su marido, no por nada sino porque estaba harta de él después de cincuenta años de matrimonio. Se lo dijo:

—Thaddeus, voy a matarte.

—Bromeas, Euphemia —se rió el infeliz.

—¿Cuándo he bromeado yo?

—Nunca, es verdad.

—¿Por qué habría de bromear ahora y justamente en un asunto tan serio?

—¿Y cómo me matarás? —siguió riendo Thaddeus Smithson.

—Todavía no lo sé. Quizá poniéndote todos los días una pequeña dosis de arsénico en la comida. Quizás aflojando una pieza en el motor del

automóvil. O te haré rodar por la escalera, aprovecharé cuando estés dormido para aplastarte el cráneo con un candelabro de plata, conectaré a la bañera un cable de electricidad. Ya veremos.

El señor Smithson comprendió que su mujer no bromeaba. Perdió el sueño y el apetito. Enfermó del corazón, del sistema nervioso y de la cabeza. Seis meses después falleció. Euphemia Smithson, que era una mujer piadosa, le agradeció a Dios haberla librado de ser una asesina.

🔑 Cuentista brillante, la primera novela de **Marco Denevi** (*Rosaura a las Diez*) recibió el Premio Kraft en 1955 y fue llevada al cine por el director Mario Soffici en 1958. En 1960 Denevi recibió el Primer premio de la revista *Life* en español por su novela *Ceremonia Secreta*, y el premio Argentores en 1962 por *El Cuarto de Noche*. Como dramaturgo, su obra *Los Expedientes*, estrenada en el teatro Cervantes, recibió el Premio Nacional de Teatro. Fue un cuentista brillante y dedicó sus últimos años al periodismo político, actividad que lo apasionó. Este texto fue tomado de *Falsificaciones*, Corregidor, Buenos Aires, 1984.

PÁJAROS PROHIBIDOS

Eduardo Galeano

Los presos políticos uruguayos no pueden hablar sin permiso, silbar, sonreír, cantar, caminar rápido ni saludar a otro preso. Tampoco pueden dibujar ni recibir dibujos de mujeres embarazadas, parejas, mariposas, estrellas ni pájaros.

Didaskó Pérez, maestro de escuela, torturado y preso *por tener ideas ideológicas*, recibe un domingo la visita de su hija Milay, de cinco años. La hija le trae un dibujo de pájaros. Los censores se lo rompen en la entrada de la cárcel.

El domingo siguiente, Milay le trae un dibujo de árboles. Los árboles no están prohibidos, y el dibujo pasa. Didaskó le elogia la obra y le pregunta por los circulitos de colores que aparecen en la copa de los árboles, muchos pequeños círculos entre las ramas:

—¿Son naranjas? ¿Qué frutas son?

La niña lo hace callar:

—Ssshhhh.

Y en secreto le explica:

—Bobo. ¿No ves que son ojos? Los ojos de los pájaros que te traje a escondidas.

☛ **Eduardo Galeano** (Montevideo, Uruguay, 1930) es uno de los más reconocidos escritores y pensadores de América Latina. Desde que en los años 60 publicó su hoy mundialmente famoso *Las venas abiertas de América Latina* (libro en el que devela la historia oculta de la explotación en nuestro continente), sus artículos y cuentos no han dejado de protagonizar las páginas de diarios y revistas latinoamericanas. Autor de varios libros, todos traducidos a más de veinte idiomas, fue también fundador de la legendaria revista porteña *Crisis* en los años 70. Este texto fue tomado de *Palabras Antología Personal*. Gente Sur S.A. Selección: Juano Villafañe. Buenos Aires, 1990.

VOLVER

Idea Vilariño

Quisiera estar en casa
entre mis libros
mi aire mis paredes mis ventanas
mis alfombras raídas

mis cortinas caducas
comer en la mesita de bronce
oír mi radio
dormir entre mis sábanas.
Quisiera estar dormida entre la tierra
no dormida
estar muerta y sin palabras
no estar muerta
no estar
eso quisiera
más que llegar a casa.
Más que llegar a casa
y ver mi lámpara
y mi cama y mi silla y mi ropero
con olor a mi ropa
y dormir bajo el peso conocido
de mis viejas frazadas.
Más que llegar a casa un día de éstos
y dormir en mi cama.

☛ **Idea Vilarriño**, poeta, crítica de literatura, compositora de canciones, traductora y educadora, nació en Montevideo en 1920 y antes de haber cumplido los treinta años ya era conocida a ambos lados del Río de la Plata por su talento. Durante la última mitad del siglo XX, críticos y profesores de todo el mundo de habla hispana, así como traductores de varios países, difundieron su poesía, que atrae cada día más lectores. En Montevideo su popularidad ha logrado que los artesanos copien sus versos en señaladores de libros, tapices y tarjetas. Este poema fue tomado de *Nocturnos* (Arca, Uruguay, 1986).

ESCALOFRIANTE

Thomas Bailey Aldrich

Una mujer está sentada sola en una casa. Sabe que no hay nadie más en el mundo: todos los otros seres han muerto. Golpean la puerta.

✚ Escritor y editor norteamericano (1837-1907), su libro más conocido fue *Story of a bad boy (Historia de un chico malo)* y está basado en sus propias experiencias como adolescente en Portsmouth. Este cuento brevísimo fue tomado de *El libro de la Imaginación*, Edmundo Valadés, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 4ta. edición.

TODAS LAS CASAS

Miguel Hernández

Todas las casas son ojos
que resplandecen y acechan.

Todas las casas son bocas
que escupen, muerden y besan.

Todas las casas son brazos
que se empujan y se estrechan.

De todas las casas salen
soplos de sombra y de selva.

En todas hay un clamor
de sangres insatisfechas.

Y a un grito todas las casas
se asaltan y se despueblan.

Y a un grito todas se aplacan
y se fecundan, y esperan.

🔑 El poeta español **Miguel Hernández** nació en Orihuela en 1910. Allí, mientras pastoreaba cabras, comenzó a escribir sus primeros poemas. Condenado a muerte por razones políticas, por la dictadura franquista, falleció de tuberculosis estando confinado en la cárcel de Alicante, en 1942. Sus obras más leídas son: *Perito en lunas*, *Viento del pueblo*, *El rayo que no cesa* y los bellísimos poemas de amor dedicados a su mujer y las nanas para el hijo. Este poema fue tomado de *Menos tu vientre... selección de sus más bellos poemas de amor*, Editorial Ameghino, Rosario, 1997.

EL PRIMER BESO

Clarice Lispector

Más que conversar, aquellos dos susurraban: hacía poco que el romance había empezado y andaban tontos, era el amor. Amor con lo que trae aparejado: celos.

—Está bien, te creo que soy tu primera novia, me pone contenta. Pero dime la verdad: ¿nunca antes habías besado a una mujer?

—Sí, ya había besado a una mujer.

—¿Quién era? —preguntó ella dolorida.

Toscamente él intentó contárselo, pero no sabía cómo.

El autobús de excursión subía lentamente por la sierra. ÉI, uno de los muchachos en medio de la muchachada bulliciosa, dejaba que la brisa fresca le diese en la cara y se le hundiera en el pelo con dedos largos, finos y sin peso como los de una madre. Qué bueno era quedarse a veces quieto, sin pensar casi, sólo sintiendo. Concentrarse en sentir era difícil en medio de la barahúnda de los compañeros.

Y hasta la sed había empezado: jugar con el grupo, hablar a voz en cuello, más fuerte que el ruido del motor, reír, gritar, pensar, sentir... ¡Caray! Cómo se secaba la garganta.

Y ni sombra del agua. La cuestión era juntar saliva, y eso fue lo que hizo. Después de juntarla en la boca ardiente la tragaba despacio, y luego una vez más, y otra. Era tibia, sin embargo, la saliva, y no quitaba la sed. Una sed enorme, más grande que él mismo, que ahora le invadía todo el cuerpo.

La brisa fina, antes tan buena, al sol del mediodía se había tornado ahora árida y caliente, y al entrarle por la nariz le secaba todavía más la poca saliva que había juntado pacientemente.

¿Y si tapase la nariz y respirase un poco menos de aquel viento del desierto? Probó un momento, pero se ahogaba en seguida. La cuestión era esperar, esperar. Tal vez minutos apenas, tal vez horas, mientras que la sed que tenía era de años.

No sabía cómo ni por qué, pero ahora se sentía más cerca del agua, la presentía más próxima y los ojos se le iban más allá de la ventana recorriendo la carretera, penetrando entre los arbustos, explorando, olfateando.

El instinto animal que lo habitaba no se había equivocado: tras una inesperada curva de la carretera, entre arbustos, estaba... la fuente de donde brotaba un hilillo del agua soñada.

El autobús se detuvo, todos tenían sed, pero él consiguió llegar primero a la fuente de piedra, antes que nadie.

Cerrando los ojos entreabrió los labios y ferozmente los acercó al orificio de donde chorreaba el agua. El primer sorbo fresco bajó, deslizándose por el pecho hasta el estómago.

Era la vida que volvía, y con ella se encharcó todo el interior arenoso hasta saciarse. Ahora podía abrir los ojos.

Los abrió, y muy cerca de su cara vio dos ojos de estatua que lo miraban fijamente, y vio que era la estatua de una mujer, y que era de la boca de la mujer de donde salía el agua.

Se acordó de que al primer sorbo había sentido realmente un contacto gélido en los labios, más frío que el agua.

Y entonces supo que había acercado la boca a la boca de la mujer de la estatua de piedra. La vida había chorreado de aquella boca, de una boca hacia otra.

Intuitivamente, confuso en su inocencia, se sintió intrigado: pero si no es de la mujer de quien sale el líquido vivificante, el líquido germinador de la vida... Miró la estatua desnuda.

La había besado.

Lo invadió un temblor que desde fuera no se veía y que, empezando muy adentro, se apoderó de todo el cuerpo y convirtió el rostro en brasa viva.

Dio un paso hacia atrás o hacia delante, ya no sabía qué estaba haciendo. Perturbado, atónito, se dio cuenta de que una parte de su cuerpo, antes siempre serena, estaba ahora en una tensión agresiva, y eso no le había ocurrido nunca.

Dulcemente agresivo, se hallaba de pie, solo en medio de los demás con el corazón latiendo pausada, profundamente, sintiendo cómo se transformaba el mundo. La vida era totalmente nueva, era otra, descubierta en un sobresalto. Estaba perplejo, en un equilibrio frágil.

Hasta que, surgiendo de lo más hondo del ser, de una fuente oculta en él chorreó la verdad. Que en seguida lo llenó de miedo y también de un orgullo que no había sentido nunca.

Se había...

Se había hecho hombre.

☛ **Clarice Lispector** (1920-1977) nació en Ucrania pero, desde muy niña, vivió en Brasil hasta su muerte. A los diecisiete años escribió su primera novela: *Cerca del Corazón Salvaje*. Con una voz personal e íntima, alguna vez dijo que para ella “escribir es una piedra lanzada a lo hondo de un pozo”. Otros libros de esta escritora son *Lazos de familia* y *La hora de la estrella*. Este texto fue tomado de *17 Narradoras Latinoamericanas*, CERLAC/UNESCO, Bogotá, 1996. Traducción de Marcelo Cohen.

ARMADURA

Liu Siang

Un día Tien Dsan se presentó ante el príncipe de Ching hecho un andrajoso.

–Usted anda bastante raído, señor –comentó el príncipe.

–Hay ropas peores que éstas –contestó Tien Dsan.

–Dígame por favor, ¿cuáles son?

–La armadura es peor.

–¿Qué quiere decir con eso?

–Es fría en invierno y caliente en verano; por eso no hay peor ropa que una armadura. Ya que soy pobre, es natural que mis ropas sean andrajosas; pero Su Alteza es un príncipe con diez mil carrozas y una

incalculable fortuna; sin embargo le gusta vestir a los hombres de armaduras. Esto no lo puedo comprender. ¿Tal vez Su Alteza busca la fama? Pero la armadura se usa en la guerra, cuando a los hombres se les corta la cabeza y se acribilla sus cuerpos; se arrasa sus ciudades y se tortura a sus padres y a sus hijos; lo cual nada tiene de glorioso. ¿O tal vez va Su Alteza en busca de ganancias? Pero si trata de dañar a otros, otros tratarán de dañarle, y si Su Alteza pone en peligro sus vidas, harán peligrar la suya. Así no conquistará sino tribulaciones para sus propios hombres. Si yo fuera Su Alteza, no haría la guerra, ni por lo uno ni por lo otro.

El príncipe de Ching no pudo replicar.

🗝 Este cuento con moraleja (versión española de Herminia Carvajal) figura en *Fábulas antiguas de China*, libro editado en Pekín en 1958 en la editorial Ediciones en Lenguas Extranjeras. Mucho no se sabe del autor: apenas que vivió en China en el siglo III antes de Cristo, en la época que se llamó “de los Reinos Combatientes”.

GATIDAD

José Emilio Pacheco

La gata entra en la sala en donde estamos reunidos.

No es de Angora, no es persa
ni de ninguna marca prestigiosa.
Más bien exhibe en su gastada pelambre
toda clase de cruces y bastardías.

Pero tiene conciencia de ser gata.
Por tanto
pasa revista a los presentes,
nos echa en cara un juicio desdeñoso
y se larga.

No con la cola entre las patas: erguida
como penacho o estandarte de guerra.

Altivez, gatidad,
ni el menor deseo
de congraciarse con nadie.

Duró medio minuto el escrutinio.

Dice la gata a quien entienda su lengua:
Nunca dejes que nadie te desprecie.

☛ **José Emilio Pacheco** nació en la Ciudad de México en 1939, donde sigue viviendo y es considerado uno de los padres de la poesía mexicana moderna. Su obra figura en antologías de todo el mundo al lado de los más grandes poetas de Latinoamérica. Se lo reconoce también como excelente traductor, y como director y editor de colecciones bibliográficas, diversas publicaciones y suplementos culturales. Es autor de una deliciosa pequeña novela que es canónica entre los jóvenes de su país: *Las batallas en el desierto*. Este texto fue tomado de *El silencio de la luna*, ERA, México, 1999.

SUSANNAH

Katherine Mansfield

Por supuesto nunca se hubiera hablado de ir a la feria si a papá no le hubiesen regalado las entradas. Una niña no puede esperar paseos y regalos que cuestan más dinero, cuando sólo el alimentarlas, comprarles ropa, pagar su escuela y la casa en la que vive obliga al papá bueno y generoso a trabajar duro todos los días el día entero de la mañana a la noche... “excepto los sábados a la tarde y los domingos”, dijo Susannah.

—¡Susannah! —mamá estaba espantada—. ¿No sabes lo que le pasaría a tu pobre papá si no tuviese un descanso los sábados a la tarde y los domingos?

—No —dijo Susannah. Parecía interesada—. ¿Qué le pasaría?

—Moriría —dijo mamá para impresionar.

—¿De verdad? —dijo Susannah abriendo los ojos. Parecía sorprendida, y Sylvia y Phyllis, que tenían cuatro y cinco años más que ella, dijeron a coro “Claro que sí”, con un tono muy superior. ¡Qué bebida era que no sabía eso! Sonaban tan convencidas y alegres que mamá se estremeció levemente y se apuró a cambiar de tema...

—Así que por eso —dijo algo vagamente—, deben agradecer cada una por su cuenta a papá antes de salir.

—¿Y nos dará entonces el dinero? —preguntó Phyllis.

—Y entonces le pediré lo que sea necesario —dijo su mamá firmemente. De pronto suspiró y se puso de pie—. Vayan, chicas, y díganle a Miss Wade que las vista, que ella se prepare y que baje después al comedor. Y ya sabes, Susannah, no vas a soltarte de la mano de Miss Wade desde el momento en que crucen la entrada hasta que vuelvan a salir.

—Bueno... ¿y si ando a caballo? —preguntó Susannah.

—Andar a caballo... ¡tonterías, niña! ¡Eres demasiado chica para andar a caballo! Sólo niñas y niños mayores pueden montar.

—Hay caballitos de madera para los más chicos —dijo Susannah, imperturbable—. Lo sé, porque Irene Heywood anduvo sobre uno y al bajarse se cayó.

—Mayor razón aún para que no te subas —dijo mamá.

Pero Susannah la miró como si caerse no le causara el menor espanto. Al contrario.

Acerca de la feria, sin embargo, Sylvia y Phyllis sabían tan poco como Susannah. Era la primera que llegaba a esa ciudad. Una mañana, mientras Miss Wade, la criada, las llevaba apurada a lo de los Heywood, cuya institutriz compartían, habían visto carromatos cargados de grandes y largas planchas de madera, bolsas, algo que parecían puertas con marco y todo, y astas blancas, pasando por el ancho portón del Campo de Juegos. Y a la hora en que eran llevadas a los apurones a casa a comer, los comienzos de una cerca alta y fina se levantaban bordeando por dentro el alambrado, punteado por astas de bandera. Desde adentro llegaba un tremendo ruido de martillazos, gritos, golpes metálicos; una pequeña locomotora, bien escondida, hacía *chuf-chuf-chuf ¡Chuf!* Y redondas y lanudas esferas de humo eran arrojadas por sobre la cerca.

Primero fue el día después de pasado mañana, después simplemente pasado mañana, después mañana, y por fin, el día en sí. Cuando Susannah despertó por la mañana, un pequeño punto dorado de luz la miraba desde la pared; parecía como si hubiese estado en aquel lugar desde hacía mucho tiempo, esperando para recordarle: “Es hoy... irás hoy... esta tarde. ¡Aquí está!”.

Segunda versión

Esa tarde se les dio permiso para recortar jarras y palanganas del catálogo de la tienda, y a la hora del té, tomaron té de verdad en las tacitas de muñeca puestas en la mesa. Era muy divertido, sólo que la tetera de juguete no servía el té, aun después de hurgarla con un alfiler y de soplar por el pico.

Pero a la tarde siguiente, que era sábado, papá volvió a casa con muy buen ánimo. La puerta de entrada se cerró con tanta fuerza que toda la casa tembló mientras llamaba a los gritos a mamá desde la salita.

—¡Oh, qué bueno eres, querido! —exclamó mamá—, pero también, qué innecesario. Claro que les encantará. ¡Pero haber gastado tanto dinero! ¡No tendrías que haberlo hecho, papito! Ya lo habían olvidado por completo. ¡Y qué es esto! ¿Además media corona? —dijo mamá—. ¡No! Dos chelines —se corrigió rápidamente—, para gastarlos? ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Bajen enseguida!

Bajaron, Phyllis y Sylvia primero, Susannah algo más atrás.

—¿Saben lo que ha hecho papá? —y mamá levantó la mano. ¿Qué tenía allí? Tres entradas de color cereza y una verde—. Les compró entradas. Van a ir al circo, esta misma tarde, las tres, con Miss Wade. ¿Qué dicen a eso?

—¡Lindísimo, mamá! ¡Lindísimo! —gritaron Phyllis y Sylvia.

—¿No es cierto? —dijo mamá—. Corran arriba y díganle a Miss Wade que las prepare. No se entretengan. ¡Arriba, vamos! Las tres.

Phyllis y Sylvia salieron volando, pero Susannah permaneció al pie de la escalera, con la cabeza gacha.

—Vamos —dijo mamá. Y papá dijo severo:

—¿Qué diablos le pasa a esta chica?

La cara de Susannah tembló: —No quiero ir —dijo en un murmullo.

—¡Qué! ¡No quiere ir al circo! Después que papá... ¡Niña maleducada y desagradecida! O vas al circo, Susannah, o te vas a la cama enseguida.

La cabeza de Susannah se inclinó más aún. Todo su cuerpecito se inclinó hacia delante. Parecía como si fuera a hacer una reverencia, una reverencia hasta el piso, ante su padre bueno y generoso, y pedirle que la perdonara...

✚ Escritora inglesa nacida en Nueva Zelanda (1888), **Katherine Mansfield**, una de las más originales y sugestivas cuentistas del siglo XX. Murió en Francia en 1923. Tuvo dos matrimonios, el primero brevísimo, y su obra contiene muchos elementos autobiográficos. Entre sus títulos más difundidos: *La fiesta en el jardín*, *En la*

Bahía, Felicidad. Susannah fue tomado de un libro que selecciona los principales cuentos de esta autora: *El nido de palomas* (CEAL, Narradores de Hoy, Buenos Aires, 1973. Versión española de Amalia Castro y Alberto Manguel).

LA RANA QUE QUERÍA SER UNA RANA AUTÉNTICA

Augusto Monterroso

Había una vez una rana que quería ser una rana auténtica, y todos los días se esforzaba en ello.

Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando su ansiada autenticidad. Unas veces parecía encontrarla y otras no, según el humor de ese día o de la hora, hasta que se cansó de esto y guardó el espejo en un baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su propio valor estaba en la opinión de la gente, y comenzó a peinarse y a vestirse y a desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobaban y reconocían que era una rana auténtica.

Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todos la aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lograr que la consideraran una rana auténtica, se dejaba arrancar las ancas, y los otros se las comían, y ella todavía alcanzaba a oír con amargura cuando decían que qué buena rana, que parecía pollo.

☛ **Monterroso** nació en Honduras (1921–2003), pero siempre se consideró guatemalteco —era la nacionalidad de su familia paterna— y vivió en México desde su exilio en 1944. Reconocido como el autor del cuento más corto del mundo (que dice así: “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.”) su obra se caracteriza por la brevedad, el sentido del humor y una notable rapidez expresiva para la crítica cultural, histórica y social. Algunos de sus libros: *Obras completas (y otros cuentos)* y *La oveja negra y de demás fábulas*.

LA SOGA

Silvina Ocampo

A Antoñito López le gustaban los juegos peligrosos: subir por la escalera de mano del tanque de agua, tirarse por el tragaluz del techo de la casa, encender papeles en la chimenea. Esos juegos lo entretuvieron hasta que descubrió la sogá, la sogá vieja que servía otrora para atar los baúles, para subir los baldes del fondo del aljibe y, en definitiva, para cualquier cosa; sí, los juegos lo entretuvieron hasta que la sogá cayó en sus manos. Todo un año, de su vida de siete años, Antoñito había esperado que le dieran la sogá; ahora podía hacer con ella lo que quisiera. Primeramente hizo una hamaca, colgada de un árbol, después un arnés para caballo, después una liana para bajar de los árboles, después un salvavidas, después una horca para los reos, después un pasamano, finalmente una serpiente. Tirándola con fuerza hacia adelante, la sogá se retorció y se volvía con la cabeza hacia atrás, con ímpetu, como dispuesta a morder. A veces subía detrás de Toñito las escaleras, trepaba a los árboles, se acurrucaba en los bancos. Toñito siempre tenía cuidado de evitar que la sogá lo tocara; era parte del juego. Yo lo vi llamar a la sogá, como quien llama a un perro, y la sogá se le acercaba, a regañadientes, al principio,

luego, poco a poco, obedientemente. Con tanta maestría Antoñito lanzaba la sogá y le daba aquel movimiento de serpiente maligna y retorcida, que los dos hubieran podido trabajar en un circo. Nadie le decía: “Toñito, no juegues con la sogá”.

La sogá aparecía tranquila cuando dormía sobre la mesa o en el suelo. Nadie la hubiera creído capaz de ahorcar a nadie. Con el tiempo se volvió más flexible y oscura, casi verde y, por último, un poco viscosa y desagradable, en mi opinión. El gato no se le acercaba y a veces, por las mañanas, entre sus nudos, se demoraban sapos extasiados. Habitualmente, Toñito la acariciaba antes de echarla al aire; como los discóbolos o lanzadores de jabalinas, ya no necesitaba prestar atención a sus movimientos: sola, se hubiera dicho, la sogá saltaba de sus manos para lanzarse hacia adelante, para retorcerse mejor.

Si alguien le pedía:

—Toñito, préstame la sogá.

El muchacho invariablemente contestaba:

—No.

A la sogá ya le había salido una lengüita, en el sitio de la cabeza, que era algo aplastada, con barba; su cola, deshilachada, parecía de dragón.

Toñito quiso ahorcar un gato con la sogá. La sogá se rehusó. Era buena.

¿Una sogá, de qué se alimenta? ¡Hay tantas en el mundo! En los barcos, en las casas, en las tiendas, en los museos, en todas partes... Toñito decidió que era herbívora; le dio pasto y le dio agua.

La bautizó con el nombre de Prímula. Cuando lanzaba la sogá, a cada movimiento, decía: “Prímula, vamos. Prímula”. Y Prímula obedecía.

Toñito tomó la costumbre de dormir con Prímula en la cama, con la precaución de colocarle la cabecita sobre la almohada y la cola bien abajo, entre las cobijas.

Una tarde de diciembre, el sol, como una bola de fuego, brillaba en el horizonte, de modo que todo el mundo lo miraba comparándolo con la luna, hasta el mismo Toñito, cuando lanzaba la sogá. Aquella vez la sogá

volvió hacia atrás con la energía de siempre y Toñito no retrocedió. La cabeza de Prímula le golpeó en el pecho y le clavó la lengua a través de la blusa.

Así murió Toñito. Yo lo vi, tendido, con los ojos abiertos.

La sogá, con el flequillo despeinado, enroscada junto a él, lo velaba.

☛ **Silvina Ocampo** nació y murió en Buenos Aires (1903-1993). Fue poeta y recibió el Premio Nacional de Poesía en 1953, pero, sobre todo, fue una narradora de extraordinaria originalidad. Trabajó en colaboración con Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, su marido, en algunos libros de cuentos, poemas y antologías. Un excelente libro de esta autora es: *Las invitadas*. Este texto fue tomado de *Cuentos Completos*, Emecé, Buenos Aires, 1999.

POR QUÉ

Elvio Romero

Por qué no habremos de querer nosotros
lo que nunca quisimos; por ejemplo, una casa
sobre el remanso del río,
con camalotes en sus costados
con sus ventanas en regocijo.

Por qué no habremos de escuchar nosotros
lo que la noche escucha; por ejemplo, una sombra
que le sirva de abrigo,
que allí muera misteriosamente
asumiendo el color de sus dominios.

Por qué no habremos de pisar nosotros
lo que jamás pisamos; por ejemplo, un sendero
con olorosos racimos,
con una hoguera que allí se encienda,
con grandes lluvias que nunca vimos.
Por qué no habremos de sonar nosotros
con un eco que suene; por ejemplo, un murmullo
que tiemble en el sonido,
el que responda a las preguntas
que junto al fuego recogimos.

Y por qué no buscar siempre
lo que es parada en un camino
lo que hay de otoño en un verano,
lo que hay de ardiente en lo más frío,
lo que es sonrojo en unos labios,
lo que es Recuerdo en el Olvido,
lo que es pregunta en la respuesta,
lo que es jadeo en un suspiro,
lo que es vital de esa alegría
de esa tristeza en que vivimos.

🔑 **Elvio Romero** nació en Yegros, Paraguay, en 1926. Estuvo exiliado en la Argentina por motivos políticos en 1947, en Chaco primero y en Buenos Aires después. Tres premios Nobel de Literatura, Gabriela Mistral, Miguel Ángel Asturias y Pablo Neruda, lo consideraron uno de los grandes poetas latinoamericanos de nuestro siglo. Es la voz poética paraguaya más conocida en el mundo hispanohablante. Entre sus obras hay que mencionar: *Días roturados*; *Resoles áridos*; *Despiertan las fogatas*; *El sol bajo las raíces*; *De cara al corazón*; *Esta guitarra dura*; *Un relámpago berido*; *Flechas en un arco tendido*; *El poeta y sus encrucijadas*, etc. Este poema pertenece al libro *Esta guitarra dura*, de 1960.

CANSADO DE ESCRIBIR SOBRE PÁJAROS

Juan Carlos Moisés

Cansado de escribir sobre pájaros
de verlos escucharlos cada mañana
de leer sobre pájaros
suaves y rápidos cansado
cansado de esa imagen repetida
acabé con todos
los pájaros del vecindario
después acabé con los pájaros de los poemas
después con los poemas
y por último soñé
soñé que yo era un gran pájaro.

y no me animé
bajé el caño del revólver.

☛ **Juan Carlos Moisés** es un importante poeta patagónico. Nació en 1955 en Sarmiento, Provincia de Chubut, donde vivió toda su vida y es reconocido como una de las voces más originales de la poesía de su región. Es autor de varios libros de poemas brevísimos, entre ellos *Ese Otro buen poema*. Editorial El Lagrimal Trifurca. Rosario, 1983, de donde se tomó este poema.

EL ELEFANTE

Idries Shab

Había una vez un cachorro de elefante que escuchó decir a alguien: “mira, allá va un ratón”.

La persona que lo dijo estaba realmente viendo un ratón, pero el elefante pensó que se estaba refiriendo a él.

Había muy pocos ratones en aquel país y, en todo caso, preferían quedarse en sus agujeros, y sus voces no eran muy fuertes. Pero el cachorro de elefante bramó por todas partes, embelesado por su descubrimiento: “soy un ratón”.

Lo dijo tan fuerte, tan frecuentemente y a tanta gente que, créanlo o no, en la actualidad existe un país en el que casi toda la gente cree que los elefantes, y particularmente los cachorros de elefante, son ratones.

Es verdad que, de tiempo en tiempo, los ratones han tratado de argumentar con aquellos que sostienen la creencia de las mayorías, pero siempre se les ha hecho huir.

🗝️ **Idries Shah** nació en Simla, India, en 1924. Murió en 1996. Hijo de madre escocesa, buena parte de su vida transcurrió en Inglaterra. Dicen que su ascendencia se remonta a Mahoma. Maestro espiritual, fue el introductor en Occidente del sufismo (una lectura mística del Islam que acepta la influencia de otras tendencias). Es autor de gran cantidad de libros, que se venden por millares en todo el mundo. Por desechar cuestiones que otros pensadores consideran fundamentales, los sufis suelen llamarse a sí mismos “los idiotas”. *El elefante* es un cuento tomado de *Sabiduría de los idiotas* (Colección Claridad, México, 1976. Traducción: Instituto de Difusión Filosófica e Investigación, A.C.).

LA CHICA DEL KIOSCO

Elsa Stefánsdóttir

Pasó una cosa rara una vez en un pueblito que quedaba en una de las regiones más lejanas de Islandia. Fue a principios de siglo cuando no había teléfonos ni radio ni televisión, cuando no había nada que salvara a los que vivían en esos pueblos de la pesada tristeza que va devorando el alma. Era el momento más sombrío del año, cuando nunca se ve el sol y la semioscuridad llena todos los recovecos de la vida. Todo parece dejar de respirar, helado e inmóvil, hasta que de pronto cae la lluvia y la cara del Ártico se convierte en un revoltijo de humedad, mugre, oscuridad y desesperanza. Entonces empieza a nevar y en derredor las empinadas laderas de los montes son el interior blanco de un gigantesco ataúd. El mundo se congela otra vez, vuelve a llover, nieva; parece que nunca se van a terminar esas malditas desdichas.

Es el momento del año en el que muchas de las gentes que viven en esos pueblitos dejan de hablar. Cuando se encuentran en las calles, miran hacia delante o hacia abajo en impenetrable silencio, los dientes apretados. Otros se quedan días enteros en la cama, las cabezas tapadas con las cobijas. Es tiempo de odio, de venganza, violación y locura. También es tiempo de fantasmas.

En ese pueblo vivía una chica. Era la empleada del único kiosco del pueblo. Si bien los que vivían allí se arrastraban tarde o temprano hasta el kiosco aunque más no fuera para tratar de mantener el latido de la poca vida que les iba quedando, la chica estaba sola la mayor parte del tiempo. Y se sentía, en esos meses más oscuros del año, tan llena de tristeza como cualquier otro.

Uno de esos días en los que estaba sola, comiéndose las uñas como siempre, totalmente embobada, sucedió algo espantoso: un fantasma

entró al kiosco. Era un fantasma que había andado por toda la costa matando literalmente de miedo a la gente con algunas cochinas tretas. Pero como este pueblo estaba tan aislado, nadie había oído todavía nada de sus roñosas hazañas.

El fantasma se acercó a la chica llevando su cabeza bajo el brazo y le preguntó:

—¿Tiene hilo de coser?

—¿Qué clase de hilo? —preguntó la chica mirando la cabeza bajo el brazo sin pestañear siquiera.

—Tengo que coserme la cabeza al cuello —dijo el fantasma, y bajo el brazo la cabeza le hacía horribles muecas burlonas a la chica.

—¿Qué prefiere? —dijo ella—. ¿Hilo blanco o hilo negro?

El fantasma se quedó alelado. Había andado matando a la gente por la costa sólo con jugarle esa mala pasada: se morían nomás, de un ataque al corazón. Pero ahora, aturdido y sin saber qué hacer, solamente atinó a agarrar la cabeza y sacudirla frente a la chica.

La chica se sacó la cabeza.

El fantasma nunca había visto a una persona que pudiera sacarse su propia cabeza como hacen los fantasmas, así que se puso pálido de miedo y sintió que un escalofrío le corría por la descabezada espina dorsal. Dejó caer la cabeza al suelo, salió corriendo del kiosco y nunca más se lo volvió a ver.

La chica se puso su cabeza, levantó la cabeza del fantasma, le envolvió en papel marrón y la tiró en el montón de basura detrás del kiosco. Volvió al mostrador y empezó de nuevo embobada a comerse las uñas. No le contó a nadie lo que había pasado.

Siguió trabajando en el kiosco hasta que se casó con un tipo cualquiera que le daba tremendas palizas durante esa época tan oscura del año. Hasta que un día ella perdió la paciencia y se sacó la cabeza frente a él. El tipo no le volvió a pegar nunca más y vivieron felices el resto de sus vidas.

🔑 La autora nació y vive en Islandia, en donde trabaja haciendo exposiciones de sus obras (es también escultora) y escribiendo libros de cuentos. Está casada con otro escritor, que es dramaturgo. Y es casi todo lo que se sabe de ella. El que aquí se reproduce es uno de los pocos cuentos que ella escribió en inglés, idioma del que lo tradujo Angélica Gorodischer. Ninguna otra de sus obras ha sido publicada en castellano. Este cuento apareció en la revista *Puro Cuento* en el número de marzo-abril de 1991.

LA SEMILLA MILAGROSA

León Tolstoi

Una vez unos chiquillos encontraron en un barranco un objeto parecido a un huevo de gallina. Tenía un surco en el medio, como una semilla. Un caminante vio aquel objeto y lo compró por cinco kopeks. Al llegar a la ciudad se lo vendió al zar como una cosa curiosa.

El zar llamó a los sabios y les mandó averiguar si se trataba de un huevo o de una semilla. Estos reflexionaron mucho, pero fueron incapaces de dar una contestación. Dejaron aquel objeto en el alféizar de una ventana cuando, de pronto, llegó una gallina y lo picoteó hasta hacer un agujero. Entonces todos vieron que se trataba de una semilla. Llegaron los sabios y dijeron al zar:

—Es un grano de centeno.

Muy sorprendido el zar mandó a los sabios que se enteraran dónde y cuándo había brotado ese grano. Los sabios meditaron mucho, consultaron muchos libros, pero no pudieron encontrar nada sobre el particular.

—No podemos darte una contestación. Nuestros libros no dicen nada acerca de esto. Es preciso preguntar a los *mujik*; tal vez alguno de los viejos haya oído decir cuándo y dónde se ha sembrado ese grano.

El zar ordenó que le trajeran al campesino más viejo. Llevaron a su presencia a un hombre viejísimo y desdentado que apenas podía caminar con dos muletas.

El zar le enseñó el grano pero el viejo casi no veía. A duras penas pudo examinarlo forzando la vista y palpando con las manos.

—¿Sabes por casualidad, abuelito, dónde ha brotado este grano? —preguntó el zar— ¿Has sembrado granos de esta clase o los has comprado en alguna parte?

El viejo era sordo y a duras penas entendió las palabras del zar.

—No: nunca he sembrado granos así en mis campos; no los he cosechado ni los he comprado. Cuando he comprado grano siempre era muy menudo. Es preciso preguntar a mi padre, tal vez sepa dónde ha brotado ese grano —respondió.

El zar ordenó que le trajeran al padre del viejo. Fueron a buscarlo y lo llevaron al palacio. Era un hombre viejo pero venía con una sola muleta. El zar le enseñó el grano. El anciano veía bastante bien y pudo examinarlo.

—¿Sabes dónde ha brotado este grano, abuelito? ¿Lo has sembrado en tus campos o lo has comprado en alguna parte?

Aunque el aciano era duro de oído, oía mejor que su hijo.

—No, no he sembrado granos así en mis campos ni los he cosechado nunca. Tampoco los he comprado porque en mis tiempos no teníamos esa costumbre. Todos comían su propio pan, y en caso de necesidad se lo repartían unos con otros. No sé dónde ha brotado este grano. Aun cuando en mis tiempos el grano era más grande que el de ahora, jamás vi uno como éste. He oído decir a mi padre que en sus tiempos las cosechas eran mejores que las actuales y que el grano era más grande. Será preciso preguntárselo a él.

El zar envió en busca del anciano. Lo encontraron y lo llevaron a su presencia. Venía sin muletas y andaba ligero. Tenía los ojos radiantes, oía

bien y hablaba con claridad. El zar le enseñó el grano. Después de mirarlo por todos lados, el anciano dijo:

–Hace mucho que no he visto un grano de los antiguos –mordió el grano tras de masticarlo, añadió–: pero es idéntico, no cabe duda.

–Dime abuelito, cuándo y dónde ha brotado este grano. ¿Has sembrado tú granos semejantes en tus campos o los has comprado alguna vez?

–En mis tiempos estos granos crecían por doquier. Toda la vida me he alimentado y he dado de comer a mis gentes pan hecho con granos de esta clase.

–Dime, abuelito, ¿los comprabas o los sembrabas tú mismo en tus campos?

–En mis tiempos a nadie se le hubiera ocurrido cometer semejante pecado. Nadie vendía ni compraba; ni siquiera se conocía el dinero. Cada cual tenía todo el pan que deseaba –replicó el anciano sonriendo.

–Dime entonces, abuelito, dónde sembrabas este grano y dónde estaban tus campos.

–Mis campos estaban en cualquier sitio de la tierra de Dios. Cualquier lugar que labrase era mío. La tierra era libre, nadie la consideraba como una propiedad. Lo único que llamábamos “nuestro” era el trabajo.

–Quisiera que me dijeras aun por qué ese grano nacía en otro tiempo y hoy día no nace y por qué tu nieto ha venido con dos muletas, tu hijo con una sola y tú sin ninguna. ¿Por qué andas ligero, por qué tienes los ojos radiantes, fuertes los dientes y tus palabras son claras y afables? Dime, abuelito, el motivo de estas cosas.

–Estas cosas suceden porque los hombres han dejado de vivir su propio trabajo y codician el ajeno. Antiguamente no se vivía así sino según las leyes de Dios; cada cual era dueño de lo suyo y no ambicionaba lo de los demás.

☛ **León Tolstoi** (Conde Leo Nikolaievich Tolstoi), 1828-1910, fue uno de los más grandes escritores rusos de todos los tiempos. Al morir, en una humilde estación de ferrocarril, huyendo de su familia y acompañado de su amada hija Alejandra, planeaba una retirada vida de campesino. Pero dejaba tras él una obra monumental: *La guerra y la paz*, *Ana Karenina*, *La muerte de Ivan Illitch*, *Resurrección*, *La sonata a Kreutzer*, *Amo y criado*, *Los cosacos*, *el Poder de las tinieblas*, etc.

EPISODIO DEL ENEMIGO

Jorge Luis Borges

Tantos años huyendo y esperando y ahora el enemigo estaba en mi casa. Desde la ventana lo vi subir penosamente por el áspero camino del cerro. Se ayudaba con un bastón, con un torpe bastón que en viejas manos no podía ser un arma sino un báculo. Me costó percibir lo que esperaba: el débil golpe contra la puerta. Miré, no sin nostalgia, mis manuscritos, el borrador a medio concluir y el tratado de Artemidoro sobre los sueños, libro un tanto anómalo ahí, ya que no sé griego. Otro día perdido, pensé. Tuve que forcejear con la llave. Temí que el hombre se desplomara, pero dio unos pasos inciertos, soltó el bastón que no volví a ver, y cayó en mi cama, rendido. Mi ansiedad lo había imaginado muchas veces, pero sólo entonces noté que se parecía, de un modo casi fraternal, al último retrato de Lincoln. Serían las cuatro de la tarde.

Me incliné sobre él para que me oyera.

—Uno cree que los años pasan para uno —le dije— pero pasan también para los demás. Aquí nos encontramos al fin y lo que antes ocurrió no tiene sentido.

Mientras yo hablaba, se había desabrochado el sobretodo. La mano derecha estaba en el bolsillo del saco. Algo me señalaba y yo sentí que era un revólver.

Me dijo entonces con voz firme:

—Para entrar a su casa, he recurrido a la compasión. Lo tengo ahora a mi merced y no soy misericordioso.

Ensayé unas palabras. No soy un hombre fuerte y sólo las palabras podían salvarme. Atiné a decir:

—Es verdad que hace tiempo maltraté a un niño, pero usted ya no es aquel niño ni yo aquel insensato. Además, la venganza no es menos vanidosa y ridícula que el perdón.

—Precisamente porque ya no soy aquel niño —me replicó— tengo que matarlo. No se trata de una venganza sino de un acto de justicia. Sus argumentos, Borges, son meras estratagemas de su terror para que no lo mate. Usted ya no puede hacer nada.

—Puedo hacer una cosa —le contesté.

—¿Cuál? —me preguntó.

—Despertarme.

Y así lo hice.

☛ **Jorge Luis Borges**, uno de los autores más considerados y admirados en el mundo entero, nació en Buenos Aires en 1899, y murió en Ginebra, Suiza, en 1986. Perteneciente a una familia muy culta, vivió algunos años de su juventud en Europa. Lentamente, y como su padre, fue perdiendo la vista. En 1955 fue nombrado director de la Biblioteca Nacional. (Sugestivamente, otros dos directores de la Biblioteca Nacional fueron ciegos: los escritores José Mármol y Paul Groussac. “No por azar”, insinuó Borges alguna vez). Su obra completa es fundamental para la literatura argentina, y algunos de sus cuentos más populares son: *El sur*, *Funes el memorioso*, *El Aleph*, *El hombre de la esquina rosada*. En cuanto a los poemas, hay que leerlos a todos, de a poquito, comprendiendo primero el sentido aunque cueste entender cada palabra. El texto que se reproduce fue tomado de *El Cuento Pampa*, de Edmundo Valadés, Editorial El Cuento, México, 1984.

LA CASA ENCANTADA

Virginia Woolf

Sea cual fuere la hora a la que uno se despertaría, había una puerta que se cerraba. Iban de habitación en habitación, tomados de la mano, levantando aquí, abriendo allá, examinando todo. Era una pareja de fantasmás. “Lo dejé allí”, decía ella. Y él agregaba:

“Pero también aquí”. “Es arriba”, murmuraba ella. “Y en el jardín”, susurraba él. “Con cuidado”, decían; “podemos despertarlos”.

Pero no nos despertaban. De ningún modo. Uno podía decir: “Lo están buscando: están levantando la cortina”, y seguía leyendo una página o dos. Con el lápiz apoyado en el margen, se tenía la certeza: “Lo encontraron”. Y después, cansado de leer, uno podía levantarse y echar una mirada por sí mismo, con la casa absolutamente desierta, a las puertas que permanecían abiertas: sólo se escuchaba el arrullo gozoso de las torcazas y el rumor de la trilladora en la granja. “¿Para qué vine aquí? ¿Qué esperaba encontrar?”. Mis manos permanecían vacías. “Entonces, tal vez sea arriba”. En el desván estaban las manzanas. Uno de nuevo bajaba; el jardín seguía quieto como siempre; sólo el libro se había deslizado sobre la hierba.

Pero en la sala, habían encontrado lo que buscaban. No era cuestión de que uno pudiera verlos. Los ventanales reflejaban manzanas, reflejaban rosas; en el cristal todas las hojas eran verdes. Si ellos se movían en la sala, apenas se percibía que la manzana estaba exhibiendo su lado amarillo. Sin embargo, un momento después, si se abría la puerta, derramado por el piso, colgado en las paredes, pendiendo del cielorraso... ¿qué? Mis manos permanecían vacías. La sombra de un zorzal atravesaba el tapiz; desde los profundos manantiales del silencio, la torcaza emitía su sonido arrullador.

“A salvo, a salvo, a salvo”, repetía suavemente el pulso de la casa. “El tesoro escondido; la habitación...”. El pulso se detenía abruptamente. ¡Oh!, ¿era ése el tesoro escondido?

Un momento más tarde la luz había desaparecido. Entonces, ¿en el jardín? Pero los árboles hacían más cerrada la oscuridad, para dar paso a un errático rayo de sol. Tan precioso, tan extraño; con frescura sumergido bajo la superficie, el rayo que yo perseguía continuaba brillando tras el ventanal. El ventanal era muerte; muerte que se interponía entre nosotros; cientos de años atrás, se dirigió primero a la mujer, abandonando la casa, clausurando las ventanas; las habitaciones se oscurecían. Él abandonó el lugar, la abandonó a ella; marchó al norte, marchó al este, vio el otro lado de las estrellas en el cielo meridional. “A salvo, a salvo, a salvo”, repetía con alegría el pulso de la casa. “Tuyo es el tesoro”.

El viento ruge en la avenida. Los árboles se alzan e inclinan para aquí y para allá. Los rayos de luna salpican y se derraman en desorden, bajo la lluvia. Pero la luz de la lámpara es rechazada en la ventana. La candela arde tiesa e inmóvil. La pareja de fantasmas busca su regocijo, deambulando por la casa, abriendo ventanas, susurrando para no despertarnos.

“Aquí dormíamos”, dice ella. Y él agrega: “innumerables besos”. “Al despertar en la mañana...” “El tinte plateado entre los árboles...” “Con la nieve invernal...”

Las puertas se iban cerrando con ruido apagado, como el latido de un corazón.

Se aproximaron; se detuvieron en la entrada. Cesó el viento; la lluvia deslizaba plata a lo largo del ventanal. Nuestros ojos se nublaron; no escuchamos pasos junto a nosotros; no vimos a una dama que desplegaba su capa fantasmal. Las manos de él protegieron la linterna. “Mira”, dijo quedamente; “dormimos por completo”. “El amor sobre sus labios”.

Deteniéndose, levantando su lámpara plateada sobre nosotros, nos observaron con detenimiento y profundidad. Permanecieron largo rato. El viento se introducía con violencia; la llama apenas vaciló. Salvajes rayos de luna atravesaron el piso y el muro, y al encontrarse colorearon

los rostros inclinados, los rostros atentos, los rostros que buscaban a los durmientes y trataban de penetrar en su gozo escondido.

“A salvo, a salvo, a salvo”, palpitó el corazón de la casa con orgullo. “Hace tantos años...”, suspiró él; “de nuevo me han hallado”. “Aquí”, murmuró ella; durmiendo, leyendo en el jardín, riendo, transportando manzanas al desván; aquí dejamos nuestro tesoro...”. Inclínada, su luz me hizo levantar los párpados. ¡A salvo! ¡A salvo! ¡A salvo!, replicó el pulso de la casa furiosamente. Despertando, grité: “¡Oh!, ¿es ése vuestro tesoro enterrado? La luz que permanece en el corazón”.

☛ **Virginia Woolf** (1882-1941) es considerada una de las más grandes novelistas británicas de todos los tiempos. Supo expresar con maestría los mundos íntimos, secretos, de las personas. Fue también crítica, ensayista y defensora de los derechos de las mujeres. *El Faro* y *Las Olas* son dos de sus novelas. Este texto, traducido por Jaime Rest, fue tomado de *El cuento tradicional y moderno*, Biblioteca Básica Universal, CEAL, Buenos Aires, 1992.

SOBRE LAS CONDUCTAS INDECOROSAS EN LA MESA DE MI SEÑOR

Leonardo da Vinci

Existen conductas indecorosas que un invitado a la mesa de Mi Señor debe evitar. Basé este catálogo en las observaciones que realicé durante este último año sobre aquellos que se sentaron a la mesa de Mi Señor:

Ningún invitado deberá sentarse sobre la mesa ni de espaldas a ella, ni en la falda de ningún otro invitado.

No deberá colocar su pierna sobre la mesa.

Tampoco deberá sentarse debajo de la mesa.

No deberá colocar su cabeza en el plato para comer.

No deberá tomar comida del plato de su vecino sin antes pedirle permiso.

No deberá colocar trozos a medio masticar de su propia comida en el plato de su vecino sin preguntarle primero.

No deberá limpiar su cuchillo en la ropa de su vecino.

No utilizará su cuchillo para tallar sobre la mesa.

No limpiará su armadura sobre la mesa.

No tomará la comida de la mesa y la pondrá en su bolso o en su bota para comerla más tarde.

No deberá dar mordiscos a la fruta y colocarla luego de mordida en la fuente.

No deberá escupir frente a él.

Ni aun a su lado.

No deberá pellizcar ni abofetear a su vecino.

No deberá hacer ruidos con la nariz ni dar codazos.

No deberá girar los ojos ni hacer caras feas.

No deberá ponerse el dedo en la nariz o en el oído mientras conversa.

No deberá hacer modelos, encender fuego, ni practicar nudos sobre la mesa (a menos que Mi Señor se lo pida).

No deberá soltar sus pájaros sobre la mesa.

Tampoco víboras o escarabajos.

No deberá ejecutar el laúd u otro instrumento que pueda molestar a su vecino (a menos que Mi Señor se lo pida).

No deberá cantar, hacer discursos, gritar o decir acertijos obscenos si tiene una dama a su lado.

No deberá conspirar en la mesa (a menos que sea con Mi Señor).

No deberá hacer sugerencias lujuriosas a los pajes de Mi Señor ni jugar con sus cuerpos.

No deberá tirarse sobre su vecino mientras está en la mesa.

No deberá golpear a ningún sirviente (a menos que lo haga en defensa propia).

Y si está por vomitar debe abandonar la mesa.

Lo mismo si va a orinar.

🔑 **Leonardo da Vinci**, célebre artista, inventor, físico, músico, investigador, anatomista de la escuela florentina, nació en Vinci en 1452 y murió en Francia en 1519. Es conocido especialmente como pintor, autor de *La Gioconda*, *La Última Cena*, *La Virgen de las rocas*, etc. *Sobre las conductas indecorosas en la mesa de mi señor* figura en *Los Apuntes de Cocina de Leonardo*. Versión española Graciela J. Lorda de Castro, Abril, Buenos Aires, 1987.

REDONDILLA (SÁTIRA FILOSÓFICA)

Sor Juana Inés de la Cruz

*Arguye de inconsecuentes el gusto y la censura de los hombres
que en las mujeres acusan lo que causan*

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.
Queréis, presunción necia,
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?
Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.
Opinión, ninguna gana;
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel

y a otra por fácil culpáis.
¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata, ofende,
y la que es fácil, enfada?
Mas, entre el enfado y la pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos en hora buena.
Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?
¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.
Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.
Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

☛ **Juana Ramírez** de Asbaje (México, 1648-1695) demostró, desde muy pequeña, sorprendente afición al estudio: a los tres años aprendió a leer. Culta, inteligente, bonita, desde niña comenzó a escribir. En 1667 ingresó en un convento con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz. Esta *Redondilla* fue tomada de *Primero sueño y otras páginas* (Selección: Susana Zanetti. CEAL, Biblioteca Básica Universal, Buenos Aires, 1981). Sería aconsejable ahondar en la vida de esta extraordinaria mujer, que se filmó con el título: *Yo, la peor de todas*, dirigida por María Luisa Bemberg.

TRASPASO DE LOS SUEÑOS

Ramón Gómez de la Serna

De pronto dejó de tener pesadillas y se sintió aliviado, pues habían llegado a ser ya una proyección obsedante en las paredes de su alcoba.

Descansando y tranquilo en su sillón de lectura, el criado le anunció que quería verle el señor de arriba.

Como para la visita de un vecino no debe haber dilaciones que valgan, le hizo pasar y escuchar su incumbencia:

—Vengo porque me ha traspasado usted sus sueños.

—¿Y en qué lo ha podido notar?

—Como vecinos antiguos que somos, sé sus costumbres, sus manías y sobre todo sé su nombre, el nombre titular de los sueños que me agobian a mí, que no solía soñar... Aparecen paisajes, señoras, niños con los que nunca tuve que ver...

—¿Pero cómo ha podido pasar eso?

—Indudablemente, como los sueños suben hacia arriba como el humo, han ascendido a mi alcoba, que está encima de la suya...

—¿Y qué cree usted que podemos hacer?

– Pues cambiar de piso durante unos días y ver si vuelven a usted sus sueños.

Le pareció justo, cambiaron, y a los pocos días los sueños habían vuelto a su legítimo dueño.

🔑 Importante e influyente autor de la primera mitad del siglo XX, nació en Madrid (1888) y murió en Buenos Aires (1963). Fue un escritor fecundo: novelista, ensayista y dramaturgo, pero sobre todo fue pionero en un tipo de literatura muy original. Inventó un género: las *greguerías* a las que definió como «metáfora más humor». En 1936 se exilió en la Argentina por el estallido de la Guerra Civil Española. Dos de sus obras son: *El libro mudo* y *El doctor inverosímil*. Este texto fue tomado de *El libro de la Imaginación*, Edmundo Valadés, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 4ta. edición.

EL VENERABLE VENERANDA

Carlo Manzoni

El señor Veneranda se detuvo delante de la puerta del garaje de una casa, miró las ventanas oscuras y silbó varias veces como llamando a alguien. Un señor se asomó a una de las ventanas del tercer piso.

–¿No tiene llave? –preguntó el señor, gritando, para hacerse oír.

–Sí, no tengo llave –gritó el señor Veneranda.

–¿Y la puerta del garaje está cerrada? –gritó nuevamente el señor asomado a la ventana.

–Sí, está cerrada –contestó el señor Veneranda.

– Entonces le tiro la llave.

–¿Y para qué? –preguntó el señor Veneranda.

–Para abrir la puerta del garaje –respondió el señor asomado por al ventana.

–Está bien –gritó el señor Veneranda–. Si quiere que abra la puerta del garaje tíreme la llave.

–Pero ¿usted no vive aquí? –preguntó el señor asomado a la ventana, que empezaba a no entender nada.

–¿Yo? No –gritó el señor Veneranda.

–¿Y entonces para qué quiere la llave?

–Si usted quiere que le abra la puerta del garaje necesito la llave, ¿no es cierto? No puedo abrir esa puerta con mi pipa, ¿no le parece?

–Pero si yo no quiero abrir la puerta del garaje –gritó el señor asomado a la ventana–. Creía que usted vivía aquí. Lo oí silbar.

–¿Porque todos los que viven aquí silban? –preguntó el señor Veneranda, gritando siempre.

–Si no tienen llave, sí –respondió el señor asomado a la ventana.

–Yo no tengo llave –gritó el señor Veneranda.

–¿Puede saberse por qué gritan tanto? No se puede dormir –ululó un señor asomándose a la ventana del primer piso.

–Gritamos porque el señor está en el tercer piso y yo estoy en la calle –contestó el señor Veneranda–. Si hablamos en voz baja no nos entendemos.

– Pero, ¿qué quiere usted? –preguntó el señor asomado a la ventana del primer piso.

–Pregunte al inquilino del tercer piso qué quiere –dijo el señor Veneranda–. Todavía no he entendido: primero quiere tirarme la llave para que abra la puerta del garaje; después no quiere que abra la puerta del garaje; después dice que si silbo tengo que vivir aquí. En suma, todavía no he entendido. ¿Usted silba?

–¿Yo? ¡No! ¿Por qué tendría que silbar? –preguntó el señor asomado a la ventana del primer piso.

–Porque usted vive aquí –dijo el señor Veneranda–. El tipo del tercer piso dice que todos los que viven en esta casa silban. ¡Bah! De todos modos eso no me interesa. Si se le antoja, silbe todo lo que quiera.

El señor Veneranda saludó con una inclinación de cabeza y continuó con su camino, murmurando que esa casa debía ser un asilo de locos.

🔑 Este texto fue tomado de *El Humor más Serio del Mundo*. Rodolfo Alonso Editor. Buenos Aires, 1971. **Carlo Manzoni** (Milán, Italia, 1908), es autor de diversos libros de humor. En sus textos de humor negro, sabe mezclar como pocos lo patético, lo grotesco, el absurdo y el sinsentido.

LLANTO POR IGNACIO SÁNCHEZ MEJÍA

Federico García Lorca

La sangre derramada.

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena.

¡Que no quiero verla!

La luna de par en par.
Caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras.

¡Que no quiero verla!

Que mi recuerdo se quema.
¡Avisad a los jazmines
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!

La vaca del viejo mundo
pasaba su triste lengua
sobre un hocico de sangres
derramadas en la arena,
y los toros de Guisando,
casi muerte y casi piedra,
mugieron como dos siglos
hartos de pisar la tierra.

No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.
Buscaba el amanecer,
y el amanecer no era.
Busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.

Buscaba su hermoso cuerpo
y encontró su sangre abierta.
¡No me digáis que la vea!
No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;
ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero

de muchedumbre sedienta.
¡Quién me grita que me asome!
¡No me digáis que la vea!

(...)

Pero ya duerme sin fin.
Ya los musgos y la hierba
abren con dedos seguros
la flor de su calavera.
Y su sangre ya viene cantando:
cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos,
vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas
como una larga, oscura, triste lengua
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de las estrellas

¡Oh blanco muro de España!
¡Oh negro toro de pena!
¡Oh sangre dura de Ignacio!
¡Oh ruiñón de sus venas!
No.
¡Que no quiero verla!
Que no hay cáliz que la contenga,
que no hay golondrinas que se la beban,
no hay escarcha de luz que la enfríe,
no hay canto ni diluvio de azucenas,
no hay cristal que la cubra de plata.
No.
¡Yo no quiero verla!

☛ **García Lorca** nació en Fuente Vaqueros, Granada, España, en 1898. Y en Granada fue asesinado (1936) por las fuerzas franquistas, al comenzar la guerra civil española. Titiritero, poeta, autor y director de teatro. Algunas de sus obras: *Canciones*, el *Romancero Gitano*, las obras teatrales *Bodas de sangre*, *Doña Rosita la soltera*, *La casa de Bernarda Alba*. García Lorca visitó Buenos Aires, ciudad a la que amaba profundamente y en la que sus obras tuvieron extraordinaria repercusión. Este fragmento del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejía* fue tomado de sus *Obras completas* (Aguilar, Madrid, 1957).

RIMAS

Gustavo Adolfo Bécquer

XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonríen;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol,
Hoy la he visto... la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

XXI

—¿Qué es poesía? —dices mientras clavas
En mi pupila tu pupila azul—;
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía... ¡eres tú!

XXIII

Por una mirada, un mundo;
Por una sonrisa, un cielo;
Por un beso... ¡yo no sé
qué te diera por un beso!

☛ **Gustavo Adolfo Bécquer**, uno de los más populares representantes del romanticismo español, nació y murió en España (Sevilla, 1836-Madrid, 1870). Una vida llena de vicisitudes, de amores tormentosos, de pobreza. Sus célebres *Rimas*, algunas de las cuales mostramos aquí, pertenecen al libro *Rimas y leyendas*, CEAL, Biblioteca Básica Universal, Buenos Aires, 1978 (Selección: Josefina Delgado).

EL SEÑOR DE LA PEÑA

Eliseo Diego

1

El palacio, deshabitado hace veinte años, se alzaba en peñón a la salida del pueblo, donde los vientos lo rodeaban persiguiéndose en sus juegos salvajes y donde el mar rompe los puños infinitos en su larga querrela que no termina nunca.

Los reparadores lo repararon un mes antes y enseguida llegaron veinte camiones cargados de muebles para las veinte habitaciones de la casa, el camino a muchas de las cuales se ha perdido.

El portero, la cocinera, el jardinero y la camarera, contratados previamente por el nuevo dueño, los vieron llegar apoyados en el muro del

portal. *Deben ser un regimiento* –suspiró la cocinera. Y los otros asintieron con los cabezas, melancólicos.

Pero al final de la procesión no venía sino un solo automóvil y, dentro, sólo el nuevo Señor de la Peña. *Menos mal* –suspiró el jardinero. Y la camarera propuso, fervorosa: *Así sea*.

2

Es un muchacho, un verdadero niño –dijo la camarera arreglándose el pelo y procurando verse, de costado, en el vidrio de la despensa. *Bueno* –dijo el jardinero, dejando la boina sudada sobre la mesa de la cocina y secándose el sudor con un enorme pañuelo rojo y gualda. *Un niño con cara de viejo. ¿A quién se le ocurre...?* Y procedió a contar cómo el Señor de la Peña se había empeñado en que él escondiese los tiestos de las rosas entre las hojas de la palma. *Además* –agregó, mirando significativamente a la camarera–, *apenas puede tenerse en pie. Claro* –repuso ella, furiosa– *con el dolor que le ha dado en la espalda al pobrecito*.

3

Es un bendito de Dios –afirmó el portero, que era también valet del Señor de la Peña–, *abí metido entre sus libros, con esas ropas que parecen de cura, y siempre “me hace usted el favor”, «tiene usted la bondad», «tantísimas gracias”*. *Si hasta me pidió perdón cuando le derramé el café encima*. La cocinera se puso en jarras: *¡Ropas de cura! Todo sucio y con las botas... Un tártaro, eso es lo que yo digo. Y el modo de pedirme el ron, las palabrotas, total por nada. ¡Eh! ¡Ni mi difunto marido! Vaya, vaya* –dijo el portero, contando distraídamente unas monedas–, *un momento malo lo tiene cualquiera*.

4

Un viejo –dijo el jardinero descargando el puño sobre la mesa–, *digo que es un viejo y que es una desgracia que le estés detrás. ¡Órganlo!* –chilló la camarera–. *¡Un viejo! ¡Viendo visiones! Si lo dice por el modo de pensar, está bien, que por otra cosa... Bueno* –intervino el portero, conciliador–, *un poco calvo y ya duro, pero no tanto como viejo. Como es rubio... ¡Calvo y rubio! ¡Negro, un indio!* –cortó la cocinera, poniendo al cielo por testigo. Y ya iban a recurrir a las últimas y definitivas razones cuando el portero, que ha leído un poquito y es, en suma, un intelectual, detuvo el brazo armado de la cocinera y reclamó atención y calma. *Esto es muy extraño* –dijo–. *Parece que hablamos de cuatro personas distintas. Y pensándolo un momento, los cuatro juntos no lo vimos más que una vez, a su llegada, tan envuelto en pieles que lo mismo podía ser oso. ¿Habrá tres impostores en la casa? Propongo que vayamos los cuatro a verlo, ahora mismo. Está en su estudio, lo acabo de dejar allí.*

Pero la cocinera propuso que fuesen primero por su cuñado, el policía del pueblo, y que, mejor, se asomen los cinco por la ventana del estudio.

5

El Señor de la Peña estaba sentado a su mesa, pero no escribía. Reclinaba la cabeza en el alto respaldar de la silla, inmóvil en la luz plomiza de la claraboya. *Si ése es el Señor, es un muchacho* –dijo el asombrado jardinero. La camarera se cubrió la cara con las manos: *Tenías razón, es un viejo horrendo* –dijo. El portero dio un paso atrás, persignándose: *Es un puro demonio.* La cocinera, cruzadas las manos sobre el delantal, miraba al Señor de la Peña beatíficamente. Entonces el policía, que daba muestras de impaciencia, le tiró malhumorado de la manga: *¿Qué estás tú mirando? Ahí no hay nada más que una silla vacía.*

☛ **Eliseo Diego** (Cuba, 1920-México, 1994) fue poeta, escritor y ensayista. En 1993 recibió el Premio Internacional de Literatura Latinoamericana y del Caribe, Juan Rulfo. Este texto fue tomado de *Antología del Cuento cubano I*, Biblioteca Página/12 N° 68. Recopilación: Basilia Papastamatiú. Buenos Aires, 1994. Otras obras de este autor: *Divertimentos y noticias de la Quimera*.

PIDA LA PALABRA, PERO TENGA CUIDADO

Julio Cortázar

Cuando el catedrático doctor Lastra tomó la palabra, ésta le zampó un mordisco de los que te dejan la mano hecha moco. Al igual que más de cuatro, el doctor Lastra no sabía que para tomar la palabra hay que estar bien seguro de sujetarla por la piel del pescuezo si, por ejemplo, se trata de la palabra *ola*, pero que a *queja* hay que tomarla por las patas, mientras que *asa* exige pasar delicadamente los dedos por debajo como cuando se blande una tostada antes de untarle la manteca con vivaz ajeteo.

¿Qué diremos de *ajeteo*? Que se requieren las dos manos, una por arriba y otra por abajo, como quien sostiene a un bebé de pocos días, a fin de evitar las vehementes sacudidas a que ambos son proclives. ¿Y *proclive*, ya que estamos? Se la agarra por arriba como a un rabanito, pero con todos los dedos porque es pesadísima. ¿Y *pesadísima*? De abajo, como quien empuña una matraca. ¿Y *matraca*? Por arriba, como una balanza de feria. Yo creo que ahora usted puede seguir adelante, doctor Lastra.

☛ Fue uno de los más importantes escritores argentinos de todo el siglo XX. La obra de **Cortázar** es de interés básico para los jóvenes, casi una estación en la que es

imposible no detenerse. Este texto fue tomado de *El libro de la Imaginación*. Este texto fue tomado de *Último round*, Siglo XXI, México, 1991.

EN LA CARPETA

Juan Gelman

Tomé mi amor que asombraba a los astros
y le dije: señor amor,
usted crece de tarde, noche y día,
de costado, hacia abajo, entre las cejas,
sus ruidos no me dejan dormir, perdí todo apetito
y ella ni nos saluda, es inútil, inútil.
De modo que tomé mi amor,
le corté un brazo, un pie, sus adminículos,
hice un mazo de naipes
y ante la palidez de los planetas
me lo jugué una noche lentamente
mientras mi corazón silbaba, el distraído.

☛ **Juan Gelman** nació en Buenos Aires en 1930. Desde su primer libro, *Violín y otras cuestiones*, se mostró como un poeta excepcional. Gelman fue obligado al exilio durante la dictadura militar. En 1997 recibió el Premio Nacional de Poesía y hoy está considerado el más grande poeta argentino. Desde hace una década reside en México pero todos los años regresa al país. Otros libros: *Ni el flaco perdón de Dios*, *Gotán*, *Debí decir te amo*. Este poema fue tomado de la *Antología Consultada de la Joven Poesía Argentina*, prologada por Héctor Yánover, Compañía general Fabril Editora, Buenos Aires, 1968.

CIENCIA

Héctor G. Oesterheld

En algún lugar de los vastos arenales de Marte hay un cristal muy pequeño y muy extraño.

Si alzas el cristal y miras a través de él, verás el hueso detrás de tu ojo, y más adentro luces que se encienden y se apagan, luces enfermas que no consiguen arder, son tus pensamientos. Si oprimes entonces el cristal en el sentido del eje medio, tus pensamientos adquirirán claridad y justeza deslumbrantes, descubrirás de un golpe la clave del Universo todo, sabrás por fin contestar hasta el último porqué.

En algún lugar de Marte se halla ese cristal.

Para encontrarlo hay que examinar grano por grano los inacabables arenales.

Sabemos, también, que, cuando lo encontremos y tratemos de recogerlo, el cristal se disgregará, sólo nos quedará un poco de polvo entre los dedos.

Sabemos todo eso, pero lo buscamos igual.

☛ Vastamente conocido por la extraordinaria historieta *El Eterneuta*, **Oesterheld** nació en Buenos Aires en 1919, y fue desaparecido por la Dictadura Militar en 1977, al igual que sus cuatro hijas. Guionista, escritor, en 1956 fundó la editorial Frontera, una de las más significativas de la historieta argentina: de allí nacieron revistas como *Hora Cero* y *Frontera*. Una historieta memorable es *Mort Cinder* y, por supuesto, la célebre *El Eterneuta*, que es de 1957. Algunos guiones para buscar y leer: *Doctor Morgue*, *Vida del Che*, *Galac-Master*. Oesterheld fue ilustrado por los mejores dibujantes argentinos y extranjeros, como Alberto Brescia, Francisco Solano López, Hugo Pratt. *Ciencia* fue tomado de *El Eterneuta y otros cuentos de ciencia ficción* (Colihue, Buenos Aires, 2002).

CENIZAS

Alejandra Pizarnik

Hemos dicho palabras,
palabras para despertar muertos,
palabras para hacer un fuego,
palabras donde poder sentarnos
y sonreír.
Hemos creado el sermón
del pájaro y del mar,
el sermón del agua,
el sermón del amor.

Nos hemos arrodillado
y adorado frases extensas
como el suspiro de las estrellas,
frases como olas,
frases como alas.

Hemos inventado nuevos nombres
para el vino y para la risa,
para las miradas y sus terribles
caminos.

☛ **Alejandra Pizarnik** (Buenos Aires, 1936-1972). Es reconocida como una de las más brillantes poetas argentinas del siglo XX, por la potencia y originalidad de su estilo de escritura. En sus apenas 36 años de vida, siempre atormentada y melancólica, escribió seis libros que le valieron el unánime reconocimiento de críticos y lectores: *La última inocencia*, *Las aventuras perdidas* (Editorial Sur, Buenos Aires, 1958, de donde se extrajo el poema reproducido en esta página),

Árbol de Diana, Los trabajos y las noches, Extracción de la piedra de la locura y El infierno musical.

EXPLICAR Y COMENTAR

Jean Tardieu

La lógica

Cuando «usted supone que el problema está resuelto», ¿por qué, *a pesar de eso*, continúa la demostración? ¿No haría mejor en irse a dormir?

Encuentre cuál es la falla del siguiente silogismo: Sócrates era mortal. Por lo tanto yo soy parisiense. Entonces, todos los pájaros cantan.

El lenguaje

Tome una palabra usual. Colóquela sobre la mesa y descríbala: de frente, de perfil, de tres cuartos.

Repita una palabra tantas veces como sea necesario para volatilarla, y analice el residuo.

Encuentre un solo verbo para expresar el acto de beber un vaso de vino blanco con un camarada borgoñón, en el café de Deux Magots, alrededor de las seis de la tarde, un día de lluvia, hablando del no significado del mundo, y sabiendo que ustedes acaban de reencontrar a su antiguo profesor de química y que junto a ustedes una mujer dice a su compañera «¡Los puse de todos colores!».

Las metáforas

Teniendo en cuenta que quiero destruir o tirar la basura en una vieja caja de madera, ¿tengo el derecho de decir que la mato, la desplumo, que la cocino, que la como, que la digiero, o que la borro, la cacheteo, la condeno, la encarcelo, la exilio, la destituyo, la vaporizo, la extingo, la despellejo, la embalsamo, la liquido, la electrocuto, la desinflo, la echo a volar? Responda a cada una de las preguntas.

✎ Este texto fue tomado de *El Humor más Serio del Mundo*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1971. **Juan Tardieu** (Francia, 1903-1995) fue un escritor de múltiples talentos y facetas: poeta, escritor de comedias, hombre de radio y ensayista.

LOS ESTATUTOS DEL HOMBRE

Thiago de Mello

Artículo 1

Queda decretado que ahora vale la vida,
que ahora vale la verdad,
y que de manos dadas
trabajaremos todos por la vida verdadera.

Artículo 2

Queda decretado que todos los días de la semana,
inclusive los martes más grises,
tienen derecho a convertirse en mañanas de domingo.

Artículo 3

Queda decretado que, a partir de este instante,
habrá girasoles en todas las ventanas,
que los girasoles tendrán derecho
a abrirse dentro de la sombra;
y que las ventanas deben permanecer el día entero
abiertas para el verde donde crece la esperanza.

Artículo 4

Queda decretado que el hombre
no precisará nunca más
dudar del hombre.
Que el hombre confiará en el hombre
como la palmera confía en el viento,
como el viento confía en el aire,
como el aire confía en el campo azul del cielo.

Parágrafo único

El hombre confiará en el hombre
como un niño confía en otro niño.

Artículo 5

Queda decretado que los hombres
están libres del yugo de la mentira.
Nunca más será preciso usar
la coraza del silencio

ni la armadura de las palabras.
El hombre se sentará a la mesa
con la mirada limpia,
porque la verdad pasará a ser servida
antes del postre.

Artículo 6

Queda establecida, durante diez siglos,
la práctica soñada por el profeta Isaías,
y el lobo y el cordero pastarán juntos
y la comida de ambos tendrá el mismo gusto a aurora.

Artículo 7

Por decreto irrevocable
queda establecido
el reinado permanente
de la justicia y de la claridad.
Y la alegría será una bandera generosa
para siempre enarbolada
en el alma del pueblo.

Artículo 8

Queda decretado que el mayor dolor
siempre fue y será siempre
no poder dar amor a quien se ama,
sabiendo que es el agua
quien da a la planta el milagro de la flor.

Artículo 9

Queda permitido que el pan de cada día
tenga en el hombre la señal de su sudor.
Pero que sobre todo tenga siempre
el caliente sabor de la ternura.

Artículo 10

Queda permitido a cualquier persona,
a cualquier hora de la vida,
el uso del traje blanco.

Artículo 11

Queda decretado, por definición,
que el hombre es un animal que ama,
y que por eso es bello,
mucho más bello que la estrella de la mañana.

Artículo 12

Decrétese que nada estará obligado ni prohibido.
Todo será permitido.

☛ **Thiago de Mello** nació en el estado de Amazonas, Brasil, en 1926, y allí vive en un pequeño poblado ribereño que se llama Barreirinha. Poeta, ensayista, político y diplomático, sus obras han sido traducidas a muchos idiomas y algunos de sus libros fueron llevados al castellano por sus fervientes admiradores, Pablo Neruda y Mario Benedetti, a quien le debemos esta magnífica traducción

de los *Estatutos del hombre*. Entre sus obras destacan: *Canción del amor armado*; *Viento general*; *En un campo de margaritas*; *Arte y ciencia de elevar cometas* y *El pueblo sabe lo que dice*.

EL PATRIOTA INGENIOSO

Ambrose Bierce

Después de haber obtenido una audiencia con el Rey, un patriota Ingenioso sacó un papel del bolsillo y dijo:

—Dios bendiga a su Majestad. Aquí tengo una fórmula para construir una armadura blindada que ningún cañón podrá perforar. Si esta armadura es adoptada por la Armada Real nuestras naves de guerra serán invulnerables y por ende invencibles. Aquí también están los informes de los Ministros de su Majestad atestiguando los méritos de la invención. Cederé los derechos sobre ella por un millón de tumtums.

Después de examinar los papeles, el Rey los hizo a un lado y le prometió una orden para el Lord Mayor Tesorero del Departamento de Extorsión por un millón de tumtums.

—Y aquí —dijo el Patriota Ingenioso, sacando otro papel de otro bolsillo— están los planos de un cañón que he inventado que puede perforar esa armadura. El hermano real de su Majestad, el Emperador de Bang, está ansioso por adquirirlo, pero mi lealtad hacia su persona me obligan a ofrecerlo primero a su Majestad. El precio es un millón de tumtums.

Después de recibir la promesa de otra letra introdujo la mano en un bolsillo diferente a los dos anteriores y remarcó:

—El precio del cañón irresistible debió ser mucho mayor, su Majestad, pero el hecho es que los misiles pueden ser tan efectivamente desviados con mi nuevo método de tratar las armaduras blindadas con...

El Rey indicó al Gran Factotum que se aproximara.

–Revisa a este hombre –le dijo– y dime cuántos bolsillos tiene.

–Cuarenta y tres, Sire –dijo el Gran Factotum, completando su escrutinio.

–Dios bendiga a su Majestad –gritó el Patriota Ingenioso, aterrorizado–. Uno de ellos contiene tabaco.

–Sosténganlo por los tobillos y sacúdanlo –ordenó el Rey–, luego denle una orden por cuarenta y dos millones de tumtums y mándenlo a decapitar. Emitamos un decreto castigando la Ingenuidad con la pena capital.

☛ **Ambrose Bierce** (1842-1913) fue un escritor y periodista norteamericano que luchó en la Guerra de Secesión norteamericana (1864-1868) y al acabar la guerra se dedicó de lleno al periodismo. A los 71 años viajó como reportero de guerra a México para cubrir periodísticamente la Revolución Mexicana iniciada en 1910. Y allí desapareció, presuntamente muerto en alguna batalla pues nunca más se supo de él. Entre sus muchas obras se destacan *Cuentos de soldados y civiles* y *Chickamanga*, un fuerte legato antibelicista. La historia de Bierce fue narrada muchos años después por el gran escritor mexicano Carlos Fuentes en una novela titulada “Gringo viejo”, que también fue llevada al cine en Hollywood, con el mismo título y dirigida por el argentino Luis Puenzo. Este texto de Bierce fue tomado de *El Cuento de ciencia ficción del siglo XX*, Biblioteca Total, CEAL, Buenos Aires, 1978.

ENTRE LA ESPADA Y LA PARED

Cristina Peri Rossi

El espacio que queda entre la espada y la pared es exiguo. Si huyendo de la espada, retrocedo hasta la pared, el frío del muro me congela; si huyendo de la pared, trato de avanzar en sentido contrario, la espada se clava en mi garganta. Cualquiera alternativa, pues, que pretenda establecerse entre ellas, es falsa, y como tal, la denuncio. Tanto el muro como la espada sólo pretenden mi aniquilación, mi muerte, por lo cual me resisto a elegir. Si la espada fuera más benigna que el muro, o la pared, menos lacerante que el filo de aquella, cabría la posibilidad de decidirse, pero cualquiera que las observe —la espada, la pared— comprenderán enseguida que sus diferencias son sólo superficiales. Sé que tampoco es posible dilatar mi muerte tratando de vivir en el corto espacio que media entre la pared y la espada. No sólo el aire se ha enrarecido, está lleno de gases y de partículas venenosas: además, la espada me produce pequeños cortes (que yo disimulo por pudor) y el frío de la pared congestiona mis pulmones, aunque yo toso con discreción. Si consiguiera escurrirme (imposible salvación), la espada y el muro quedarían enfrentados, pero su poder, faltando yo entre ambos, habría disminuido tanto que posiblemente el muro se derrumbara y la espada enmoheciera. Pero no existe ningún resquicio por el cual pueda huir, y cuando consigo engañar a la espada, la pared se agiganta, y si me separo de la pared, la espada avanza.

He procurado distraer la atención de la espada proponiéndole juegos, pero es muy astuta, y cuando deja de apuntar a mi garganta, es porque dirige su filo hacia mi corazón. En cuanto al muro, es verdad que a veces me olvido que se trata de una pared de hielo, y, cansado, busco apoyo en él: no bien lo hago, un escalofrío mortal me recuerda su naturaleza.

He vivido así los últimos meses. No sé por cuánto tiempo aún podré evitar el muro, la espada. El espacio es cada vez más estrecho y mis fuerzas se agotan. Me es indiferente mi destino: si moriré de una congestión pulmonar o me desangraré a causa de una herida; esto no me preocupa. Pero denuncio definitivamente que entre la espada y la pared no existe un lugar donde vivir.

🗝️ **Peri Rossi** nació en 1941 en Montevideo, Uruguay, pero desde 1972 vive en Barcelona, España, donde se exilió en tiempos de dictaduras en su país. Ha sido profesora de literatura, traductora y periodista. También poeta, cuentista y novelista, sus obras han sido traducidas a varios idiomas y gozan de singular reconocimiento en Europa. Este cuento fue tomado de *Por favor, sea breve*, Edición de Clara Obligado. Páginas de Espuma, España, 2001.

EPIGRAMAS

Ernesto Cardenal

Al perderte yo a ti tú y yo hemos perdido:
Yo porque tú eras lo que yo más amaba
y tú porque yo era el que te amaba más.
Pero de nosotros dos tú pierdes más que yo:
porque yo podré amar a otras como te amaba a ti
pero a ti no te amarán como te amaba yo.

🗝️ **Cardenal** (1925) es un poeta y sacerdote nicaragüense, que creó en su país la abadía de Solentiname, que devino poderoso centro poético y político capaz de revolucionar la vida cultural y religiosa latinoamericana. En su poesía se observa la

influencia de los poetas de la generación *beat* de los años 60 en los Estados Unidos. Otras obras de este autor: *Oración por Marilyn Monroe* y *Homenaje a los indios americanos*. Este poema fue tomado de *La Mejor poesía, selección de Héctor Yáñover*, Planeta, Buenos Aires, 1997.

ESPANTAPÁJAROS 18

Oliverio Gironde

Llorar a lágrima viva. Llorar a chorros. Llorar la digestión. Llorar el sueño. Llorar ante las puertas y los puertos. Llorar de amabilidad y de amarillo.

Abrir las canillas, las compuertas del llanto. Empaparnos el alma, la camiseta. Inundar las veredas y los paseos, y salvarnos, a nado, de nuestro llanto.

Asistir a los cursos de antropología, llorando. Festejar los cumpleaños familiares, llorando. Atravesar el África, llorando.

Llorar como un cacuy, como un cocodrilo... si es verdad que los cacuiques y los cocodrilos no dejan nunca de llorar.

Llorarlo todo, pero llorarlo bien. Llorarlo con la nariz, con las rodillitas. Llorarlo por el ombligo, por la boca.

Llorar de amor, de hastío, de alegría. Llorar de frac, de flato, de flacura. Llorar improvisando, de memoria. ¡Llorar todo el insomnio y todo el día!

☛ Para **Oliverio Gironde** (Buenos Aires, 1891-1967) poesía y vida son una misma e indivisible cosa; vivir en poesía fue parte de su experiencia, y por eso hizo un arte de la provocación en contra de los convencionalismos. En el prólogo a *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* lo anuncia así: “Yo, al menos, en mi simpatía por lo contradictorio –sinónimo de vida– no renuncio ni a mi derecho de renunciar, y tiro mis Veinte poemas, como una piedra, sonriendo ante la inutilidad de mi gesto”. Cuando aparece su

libro *Espantapájaros* se compromete a organizar una campaña para vender los 5.000 ejemplares de la edición. Alquila una carroza funeraria tirada por seis caballos con cocheros y lacayo con librea, y coloca en el lugar central un enorme espantapájaros con chistera, monóculo y pipa. La carroza recorre la ciudad de Buenos Aires hasta un local de la calle Florida en el que bellas muchachas venden el libro. La publicidad resulta un éxito y el libro se agota en un mes. *Espantapájaros 18* fue tomado de *Espantapájaros y otras obras*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1981.

LOS NUEVOS HERMANOS SIAMESES

Oscar Wilde

Era una mujer que tuvo dos hijos gemelos y unidos a lo largo de todo el costado.

—No podrán vivir —dijo un doctor.

—No podrán vivir —dijo otro, quedando desahuciados los nuevos hermanos siameses.

Sin embargo, un hombre con fantasía y suficiencia, que se enteró del caso, dijo:

—Podrán vivir... Pero es menester que no se amen, sino que, por el contrario, se odien, se detesten.

Y dedicándose a la tarea de curarlos, les enseñó la envidia, el odio, el rencor, los celos, soplando al oído del uno y del otro las más calumniosas razones contra el uno y contra el otro, y así el corazón se fue repartiendo en dos corazones, y un día un sencillo tirón los desgajó y los hizo vivir muchos años separados.

☛ **Oscar Wilde** (Irlanda, 1854-París, 1900). Fue novelista, poeta, crítico literario y autor teatral. Exponente del esteticismo, cuya principal característica era la defensa del arte por el arte mismo, fue también un brillante crítico social, y sus obras aún hoy mantienen una asombrosa vigencia universal. Entre sus primeras obras se cuentan *El príncipe feliz*, *El fantasma de Canterville* y *La casa de las granadas*. Su única novela fue *El retrato de Dorian Gray*. Este texto fue tomado de *El Libro de la Imaginación*, Edmundo Valadés, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 4ta. edición.

INVENTARIO

Juan José Arreola

Supongamos que yo soy usted. Respóndame pues lo que quiero preguntarle. Supongamos que el mundo va a acabarse dentro de cinco minutos y que usted dispone de dos horas para redactar un informe sobre El Juicio Final. ¿Dónde le gustaría pasarlas?

Supongamos que yo amo a la mujer de otro y que ese otro es usted. ¿Qué haría en mi lugar?

Supongamos que usted trabaja en una casa editorial y Ernesto Renán no ha existido nunca. ¿Aceptaría corregir las pruebas del libro Vida de Jesús?

Supongamos que al batirse en duelo esta mañana (a la primera sangre), su adversario mata por equivocación a los padrinos de usted. ¿Llamaría urgentemente a otros dos, o daría por bien lavada la ofensa original?

Supongamos que usted es un incorregible y se bate en duelo otra vez. Antes de dar los clásicos pasos, “Alguien” le advierte al oído que su adversario va a disparar cartuchos de salva. Según el código de honor ¿usted debe tirar al aire o matar resueltamente al farsante?

Supongamos que usted lava la ropa sucia en su propia casa, pero de momento no tiene nada que ponerse. ¿Aceptaría la que viene a ofrecerle su vecino a sabiendas de que ha sido lavada en casa ajena?

Supongamos que usted va a suicidarse esta noche, y que la mujer amada viene a ofrecerle sus servicios. Si los acepta, ¿admitiría que los periódicos hablen de crimen pasional?

Supongamos que no se trata de suposiciones. ¿Cuál sería “su” posición? (Conteste inmediatamente y anótese un punto por cada suposición correcta.)

☛ Uno de los más influyentes cuentistas de México y América Latina, **Juan José Arreola** (Ciudad Guzmán, 1918-Ciudad de México, 2001) fue además el maestro de por lo menos tres generaciones de jóvenes cuentistas. Aprendió a leer “de oídas” y no pudo concluir ni la escuela primaria, pero fue un lector voraz, estudió teatro y a los 20 años ya escribía en el periódico de su ciudad. Recibió el apoyo de los grandes escritores de su época y logró importantes premios literarios. Y llegó a ser, junto con Juan Rulfo, uno de los más importantes exponentes del cuento mexicano. Algunas de sus obras son: *Confabulario* (1952), *Punta de plata* (1958), *La feria* (1963), *Lectura en voz alta* (1968) y *Confabulario personal* (1979). Este texto fue tomado de *Inventario*, Grijaldo, Barcelona, 1976.

BREVE SELECCIÓN DE TEXTOS BREVES

Eliás Canetti

Escritor es quien inventa personajes que nadie cree, y, sin embargo, nadie olvida.

Toda literatura oscila entre la naturaleza y el paraíso, y le gusta tomar una cosa por la otra.

El que quiera pensar debe renunciar a buscar adeptos.

Sólo es posible vivir porque hay tanto que saber. Durante cierto tiempo, tras haberse derramado sobre nosotros, el conocimiento aún conserva su tersura y neutralidad, cual aceite flotando sobre las agitadas aguas de los sentimientos. Pero en cuanto se mezcla con éstos, cosa que finalmente ocurre, pierde toda utilidad, y nos vemos obligados a arrojar nuevos saberes a las olas.

Hay que elegir entre el amor o la justicia. Yo no puedo, yo quiero las dos cosas.

Leer mientras se oye el tictac del reloj: lectura responsable. Leer con todos los relojes parados: lectura feliz.

🔑 Premio Nobel de Literatura en 1981, **Elías Canetti** nació en Rustchuk (Bulgaria) en 1905 y falleció en Zurich (Suiza) en 1994. Fue uno de los más grandes pensadores del siglo XX y su obra ensayística es como una larga meditación sobre la dignidad y la literatura. Su prosa entrecortada es suave como la respiración nocturna y su pensamiento filosófico es profundo, libre y agudo. Canetti fue autor, entre otros libros memorables, de: *La provincia del hombre*, *El corazón secreto del reloj*, *La conciencia de las palabras*, *La lengua absuelta*. Estos textos brevísimos fueron tomados de *El suplicio de las moscas* (Anaya & Muchnik, Madrid, 1994).

EL SILENCIO DE LAS SIRENAS

Franz Kafka

Una demostración de que también recursos insuficientes y hastapueriles pueden servir como medios de salvación:

Para preservarse de las sirenas, Ulises se tapó los oídos con cera y se hizo aherrojar al mástil. Algo parecido hubieran podido hacer desde antiguo, claro está, todos los viajeros, salvo aquellos a quienes las sirenas seducían ya de lejos; pero se sabía en todo el mundo que era imposible que esto fuese remedio. El canto de las sirenas lo penetraba todo, y la pasión de los seducidos hubiera roto trabas más fuertes que cadenas y mástiles. Ulises, aunque acaso enterado, no pensó en eso. Confió plenamente en su puñado de cera, en su manojito de cadenas, y con inocente alegría, contentísimo con sus pequeñas astucias, navegó al encuentro de las sirenas.

Pero sucede que las sirenas disponen de un arma más terrible aún que su canto. Es su silencio. Acaso era imaginable —aunque, por cierto, eso tampoco había ocurrido— que alguien se salvara de su canto; pero sin duda alguna nadie podía salvarse de su silencio. No hay nada terrenal que pudiera resistir a la sensación de haberlas vencido con fuerzas propias, a la infatuación consiguiente que se sobrepone a todo.

En efecto, al llegar Ulises, las formidables cantoras no cantaron, sea porque creyeron que semejante adversario ya sólo podía afrontarse con el silencio, sea porque esa visión de bienaventuranza en el rostro de Ulises, que no pensaba más que en cera y cadenas, les hizo olvidar cualquier canto.

Pero Ulises, por así decirlo, no oyó su silencio; creía que cantaban, sólo que él se veía librado de oírlas. Vi primero, fugazmente, las

torsiones de sus cuellos, la honda respiración, los ojos arrasados en lágrimas, la boca entreabierta, y creyó que todo esto formaba parte de las arias que, sin ser escuchadas, resonaban y se perdían a su alrededor. Pero pronto todas las cosas rebotaban en su mirada abstraída; era como si las sirenas desaparecieran ante su resolución, y justamente cuando más cerca estuvo de ellas, ya nada sabía de su presencia.

Y ellas –más hermosas que nunca– se estiraban y se retorcían, tendían sus garras abiertas sobre la roca y sus hórridas cabelleras ondeaban al viento, libremente. Ya no pretendían seducir: tan sólo deseaban atrapar, mientras fuera posible, el reflejo de los dos grandes ojos de Ulises. Si las sirenas tuvieran conciencia, habrían sido destruidas en aquella oportunidad. Pero así perduraron, y únicamente se les escapó Ulises.

Por lo demás, la tradición refiere también un epílogo, al respecto. Ulises, así cuentan, fue tan zorro, tan rico en astucias, que ni aun la diosa del destino logró penetrar en su fuero más íntimo. Quizás –aunque esto ya no pueda concebirlo la razón humana– advirtió realmente que las sirenas callaban, y sólo, por decirlo así a manera de escudo, les opuso a ellas y a los dioses el referido simulacro.

☛ **Franz Kafka** es uno de los escritores más destacados del siglo XX. Nació y murió en Praga (1883-1924) y es autor de una de las novelas más representativas y más leídas de todo el siglo XX: *La metamorfosis*. Algunos críticos dicen que fue un visionario porque nadie narró mejor que él lo que sucede en el mundo actual. Sin dudas fue un autor que superó a su época y estuvo por encima de las fronteras de su siglo. Escribió otros libros impresionantes, como *El Proceso*. Este texto fue tomado de *Cuentos de Héroes Extraordinarios*, de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, Santiago-Rueda Editor, Buenos Aires, 1967.

¡Y SI DESPUÉS DE TANTAS PALABRAS...!

César Vallejo

¡Y si después de tantas palabras,
no sobrevive la palabra!
¡Si después de las alas de los pájaros,
no sobrevive el pájaro parado!
¡Más valdría, en verdad,
que se lo coman todo y acabemos!

¡Haber vivido para vivir de nuestra muerte!
Levantarse del cielo hacia la tierra
por sus propios desastres
y espiar el momento de apagar con su sombra su tiniebla!
¡Más valdría, francamente,
que se lo coman todo y qué más da!...

¡Y si después de tanta historia, sucumbimos,
no ya de eternidad,
sino de esas cosas sencillas, como estar
en la casa o ponerse a cavilar!
¡Y si luego encontramos,
de buenas a primeras, que vivimos,
a juzgar por la altura de los astros,
por el peine y las manchas del pañuelo!
¡Más valdría, en verdad,
que se lo coman todo, desde luego!

Se dirá que tenemos
en uno de los ojos mucha pena
y también en el otro, mucha pena
y en los dos, cuando miran, mucha pena...
Entonces... ¡Claro!... Entonces... ¡ni palabra!

☛ **César Vallejo** nació en Santiago de Chuco, Perú, en 1892 y murió en París en 1938. En esos 46 años hizo casi todo lo que hace un hombre comprometido con su sociedad y con la literatura: amó, escribió novelas, cuentos y poemas, y luchó militantemente por la causa de la libertad. El dolor humano, el erotismo, la solidaridad, los recuerdos de infancia, la tierra americana, la muerte, el sentimiento religioso son algunos de los elementos permanentes de su obra. Sus títulos fundamentales: *Los heraldos negros*, *Poemas en prosa* y *Poemas Humanos* (Losada, Buenos Aires, 1988) de donde se tomó el poema que aquí reproducimos.

LA SEÑORITA WILSON

Pedro Orgambide

Los vecinos dicen que es una vergüenza. No es posible, dicen, tener esa pieza de madera en la terraza, sobre todo ahora que vamos a comprar los departamentos en propiedad horizontal. Es como tener una mancha de grasa en el smoking. Así piensa Luchini, el importador de géneros, aunque es poco probable que haya usado smoking alguna vez. Pero lo dice y los vecinos asienten. Sí, es una verdadera vergüenza, opina la señora de Guzmán, y también Magda (no lo hubiera creído) esa chica que pasa avisos por televisión. Estamos reunidos en el departamento del arquitecto y hablamos de una pieza de madera. Estamos todos o casi

todos los vecinos de la casa. Todos, menos la señorita Wilson. No la hemos invitado. Ella no va a comprar su departamento. Y además, ¿se puede llamar departamento a esa pieza de madera? La señorita Wilson vive allí desde hace quince años. “Es inconcebible —dice el arquitecto— que en una casa como ésta se haya permitido edificar una covacha sólo para beneficiar a esa mujer”. Pero parece que el dueño tenía buen corazón o quería ganar un poco más. Vaya uno a saber. Lo cierto es que la señorita Wilson vive allí, entre nosotros y el cielo.

“¡Oh, no, es imposible tener ese adefesio, allí!”, opina Ruiz, el muchacho del cuarto piso. Se acaba de casar y escucha hermosos conciertos en su tocadiscos. ¿Cómo? ¿También él? Yo he visto a la señorita Wilson en la terraza, escuchando una sinfonía de Mozart que se empinaba por las paredes grises y subía hasta los cables tendidos y las antenas de televisión y las nubes de un atardecer en Buenos Aires. Y me pareció que la señorita Wilson sonreía. No con la sonrisa de sus sesenta años, sino —¿cómo decirlo?— con una sonrisa joven, la que tendría cuando estudiaba, cuando leía a Marlowe sin entenderlo o cuando veía cruzar, por la pradera inglesa, a uno de esos jinetes como los que tiene en los cuadritos. Pero Ruiz dice que es un adefesio (ella o su casa, ya es lo mismo) y apenas si oigo lo que dice Magda.

Ah, sí, las medias. La señorita Wilson no respeta la ordenanza municipal. Tiene un perrito. Y el perro, dice Magda, un día le destrozó las medias que había colgado en la terraza. Luchini la mira. Magda tiene hermosas piernas. Cada vez que pasa un aviso por televisión la cámara las enfoca. Deben estar aseguradas en un millón de pesos, por lo menos. Claro, ahora no cuelga más sus ropas en la terraza. Las manda al lavadero. ¡Hay tanto trabajo en la TV! Y, según dice, muy poca gente de confianza para el servicio doméstico. Las mujeres asienten. Se han olvidado del perro de la señorita Wilson. ¿Qué importancia tiene un perro comparado con la TV?

Pero para la señorita Wilson tal vez el perro sea una de las pocas cosas que importan en su vida. La señorita Wilson le dice: “¡Tony! ¡Tony! ¡Come here, Tony!”. Y el perro va hacia ella, deja de jugar y de mover la cola y

siente la caricia de unos dedos demasiado finos, una caricia que pareciera volver sobre sí misma.

“Podríamos comprar el departamento entre todos y buscarle una comodidad a la inglesa”. ¿Quién dice eso? No lo sé. Alguien opina que en una pensión estaría mejor que en esta casa. Hay una señora que habla de pensiones para señoritas. Son lugares “correctos”. Pero también son “correctos” los asilos y son tristes. Lo digo y los demás me miran como a un loco.

“No nos trate de desalmados”, se defiende el arquitecto y se acerca para despejar el malentendido. “Vamos, vamos, somos vecinos, nunca hubo una palabra más alta que otra entre nosotros. ¿Es así o no? Nadie quiere mal a esa mujer. Pero a usted mismo, a usted que le gustan las cosas bellas de la vida, le tiene que molestar esa covacha encima de su departamento. Porque no puede negar que la señorita Wilson tiene costumbres raras. Es espiritista o algo parecido. Y hay días en que viene gente muy rara a visitarla, gente que canta salmos o cosas por el estilo; en fin, gente que no es como nosotros”. Le explico que la señorita Wilson es evangelista. Y que la oí predicar en una plaza. Los vecinos callan, divertidos. ¡Eso sí que no lo sabían! La inglesa predicando en una plaza. Nunca lo hubieran imaginado. Sí: un grupo de hombres y mujeres canta, y de pronto uno de ellos dice que la hermana Wilson (no sé si la llaman por su apellido o le dicen simplemente hermana) hablará para todos.

—¿Y qué dice? ¿Qué dice? —pregunta Magda, curiosa. Porque al fin es casi colega suya. También la señorita Wilson tiene su público: concriptos aburridos que no encuentran muchachas en el parque, un matrimonio “haciendo tiempo” antes de entrar en el cine, algún ocioso como yo, y unos cuantos viejos, más preocupados que nosotros por las cosas del cielo.

¿Y qué dice la señorita Wilson? Habla de la bondad, de Jesús, de los pecadores, del pan, de la sal y del vino, habla con los ojos fijos en el cielo. Y dice: “Yo he sido pecadora”.

—¿Dice eso? —interrumpe Magda.

—Dice eso.

Es imposible imaginar a la señorita Wilson pecadora. Y menos en los pecados de la carne, que son los primeros en los que pensamos. Quizá la señorita Wilson se refiera a sus años de mujer joven, cuando trabajaba como institutriz en casas de familias importantes, en algún vago amor con el padre de un alumno. O en la avaricia. En un tiempo ganaba su dinero con placer. O en la gula. Hubo una época en que comía dulces y bombones hasta el hartazgo. Es cómico. Después tuvo diabetes y el médico la condenó a un régimen frugal. Ahora es delgada, ascética y, como dicen las mujeres, nada femenina. Me parece verla en el parque: alta, con el cabello recogido sobre la nuca, el cuello emergiendo de una blusa monacal, la pollera lisa contra las piernas. Unos ridículos botines. Y esa voz, esa voz de pájaro que hace reír a Magda.

—¿Y qué dice? ¿Qué dice? —preguntan los vecinos.

La señorita Wilson, con toda su voz y ante las risas sofocadas de algún intruso, dice:

Los que confían en sus haciendas, y de sus riquezas se jactan.

Ninguno de ellos podrá de manera alguna redimir al hermano y dar a Dios su rescate.

—No entendí nada —comenta Magda. —¿Pero qué hora es?

Es tarde, sí, y tiene que ir al estudio. Es una lástima que no pueda quedarse. Se ha divertido tanto con el cuento de la inglesa! Me lo agradece como si yo hubiera inventado a la señorita Wilson.

—¡Miren que ponerse a hablar en la plaza! ¡Es rarísima!

“Habría que ayudar de alguna forma a esa pobre mujer”, comenta alguien. Y todos estamos de acuerdo. Hay que ayudar a la señorita Wilson. Los buenos vecinos proponemos una indemnización si ella se va. Una parte el dueño y otra nosotros. Tal vez la señorita Wilson pueda vivir en un templo evangelista. Pero algún entendido explica que no hay que confundir esos templos con los albergues del Ejército de Salvación. Allí sí tienen camas. No, no vamos a discutir eso. La señorita Wilson ya va a encontrar un lugar. Lo importante es que acepte. ¿De acuerdo? La gene-

rosidad, como la risa, es contagiosa. No, yo no estoy de acuerdo. ¿Pero cómo explicarles? ¿Cómo decirles que la señorita Wilson no puede llevar a cualquier parte sus muebles viejos, las mantelerías que no usa, la caja de los remedios, las manías, los hábitos, los cuadritos con los jinetes que corren por la pradera inglesa? Y Tony ¿O no han pensado en Tony?

La muerte vino en ayuda de la señorita Wilson. Magda se llevó a Tony. Le rompe las medias pero la divierte. Los demás vivimos sin zozobras. El mundo está lleno de pequeños e inocentes asesinos como nosotros. La señorita Wilson fue la elegida. Por eso su corazón, al enterarse de nuestros proyectos, tuvo la delicadeza de dejarse morir.

☛ **Pedro Orgambide** fue un ejemplo de escritor porteño. Nació en 1929 y murió en 2003, y toda su vida practicó las más diversas formas literarias, ligadas todas a la exploración de sus pasiones: la música, el teatro, la argentinidad y la porteñidad. Escribió más de 70 obras en todos los géneros: poesía, ensayo, teatro, novela y cuento. Exiliado en México en 1976, allí fundó, junto con otros escritores, entre ellos Juan Rulfo y Julio Cortázar, la revista *Cambio*. A los diecinueve años publicó su primer libro: *Mitología de la adolescencia*. Entre sus muchos títulos, destacan: *La buena gente*, *El páramo* e *Historias con tangos y corrido*. Este texto fue tomado de *El Cuento Argentino 1959-1970*, CEAL, Buenos Aires, 1981.

EL MAGNÁNIMO EMPERADOR CHANG HUNG

Adolfo Pérez Zelaschi

Como es sabido, los historiadores se hacen lenguas de la sabiduría, Ctemplanza, paciencia y valor del emperador Chang Hung, que reinó hace mil años sobre los chinos. Y en efecto, así fue. Ascendió al trono muy joven, después de agasajar con un misterioso budín a su hermano Pien Tzu, heredero natural del imperio. Chang Hung lloró sobre su tumba, honró con grandes pompas a la viuda y envió a los cinco hijos de Pien Tzu a lejanas tierras para que ganasen fama y experiencia. Lamentablemente, los cinco murieron como jóvenes héroes. En toda la inmensa China el emperador hizo levantar arcos en su memoria. Chang Hung siempre se rodeó de los mejores talentos que pudo hallar, designándolos consejeros y ministros. Cuando pensaba que sus condiciones decaían, los despedía con amistosas muestras de bondad. Poco tiempo después, según los cronistas, un caballo alado se los llevaba al cielo como justo premio por los servicios prestados al emperador. De vez en cuando sucedía lo mismo con algún rico mercader, un mandarín ilustre o un guerrero destacado. En estos casos, una vez comprobado mediante veraces testigos que ellos y también sus familias se habían ido en el caballo alado, sus fortunas pasaban a las arcas de Chang Hung. Pero éste no las guardaba para sí: las distribuía generosamente entre los pobres que lo adoraban como a un padre previsor y magnánimo. Naturalmente delataban de buena fe a los que desobedecían las órdenes del emperador para que éste les enviara el caballo alado, todo según el orden de la Naturaleza.

Cada luna nueva reunía a sus cuatro cronistas, que se llamaban Chien Hu, Sun Shu Ao, Ho Su y Kuan Kuei y les alababa su oficio:

—Tenéis un gran poder —les decía benévolutamente—. Cuando el tiempo pase, la verdad será la que consignen vuestras crónicas. Escribid la historia de mi reinado con entera libertad. Eso sí: os ruego humildemente tener en cuenta mis sentimientos: creo haber hecho algún bien y no recuerdo haber hecho ningún mal.

Los cuatro cronistas se inclinaban hasta tocar el suelo con la frente y salían escoltados por soldados que llevaban sus sables desnudos. El Gran Tesorero les daba diez monedas de oro, les suplicaba respetar los sentimientos del emperador, y los encerraba luego en la sala de las espadas para que se aplicaran a su trabajo en paz y con entera tranquilidad de ánimo.

A la sala le daban ese nombre porque del techo pendían numerosas y pesadas espadas atadas a lo alto por un delgado hilo de seda que Chang Hung podía cortar en cualquier momento. De esta manera Kuan Kuei, Ho Su, Sun Shu Ao y Chien Hu escribieron la única crónica que existe sobre el reinado de Chang Hung y en la cual se basan los historiadores de hoy para elogiar el valor, la paciencia, la templanza y la sabiduría de ese gran emperador de la China.

☛ **Adolfo Pérez Zelaschi** nació en Bolívar, Provincia de Buenos Aires, en 1920. Prolífico narrador, escribió novelas y cuentos policiales y de humor entre los que pueden citarse: *La puerta amarilla*, *Divertimento para revólver y piano*. *El magnánimo emperador Chang Hung* figura en la antología *Dos veces bueno 3. Cuentos breves de América y España*, compilada por Raúl Brasca (Desde la Gente, Buenos Aires, 1999).

ACERCA DE LA OBSERVACIÓN DE LOS ROEDORES

Celso Román

Llegaron diga usted el día miércoles a eso de las nueve de la mañana y parquearon frente a la casa de Marujita Nieto un microbús que se abría por los lados y quedaba como una casita lo más bonita. Sacaron mesitas y asientos y nos sonreían a los niños que nos amontonábamos a mirarlos. Después armaron un andamio a la orilla del caño del río Salitre y pusieron encima las cámaras fotográficas, los filmadores y los reflectores y esperaron la salida de las ratas. En este barrio, a la orilla del caño, hay ratas de todos los colores, pero con el ruido de la multitud, curiosa e impertinente, ninguna se atrevía a salir. Entonces en jerigonza le dijeron al muchacho que les hacía de guía e intérprete, que nos pidiera el favor de correrlos más para allacito que los señores vinieron desde el otro lado del mundo a tomarles fotos a las ratas amarillas, azules, rojas, verdes y moradas que se crían entre estos caños de aguas negras, entre la basura y el cieno de albañal de estos barrios, “por favor aléjense, señores agentes de policía ¿por qué no colaboran con la ciencia y ayudan a que la gente se mueva un poquito y que hagan algo de silencio? Eso sí, gracias, más para allacito, gracias.”

Pero las ratas tampoco salían. Entonces sacaron los panes, el queso, los bizcochos y el jamón y los pusieron a la orilla del caño, en la boca de las troneras con que las ratas habían acribillado el terraplén de tierra del canal. El aire se llenó como de una nube de olores nunca antes imaginados, un aroma que nos revolvió las tripas y nos hacía tragar baba y cómo sería que hasta los policías se relamían con los ojos así de grandes

y cuando un niño se bajó corriendo y agarró un bizcocho, fue como si la multitud se hubiera puesto de acuerdo en que no me joda, cómo vamos a darles a las ratas eso tan rico y en la bajada tambaleó el andamio y al agua llena de mierda fueron a parar los místeres con cámaras y luces. Los policías se hicieron los de la vista gorda cuando le caímos al microbús y sacamos todos esos quintales de comida que nunca podemos comer.

Ese mismo miércoles se fueron diga usted a las doce, refunfuñando y envueltos en la pestilencia de las aguas negras, quejándose de que con razón en este país no progresa la ciencia.

☛ **Celso Román** nació en 1947 en Bogotá, Colombia, y es un reconocido escritor de textos para niños y jóvenes, y además es un militante ambientalista. Entre sus muchos títulos, cabe citar: *El pirático barco fantástico y otros relatos*; *El maravilloso viaje de Rosendo Bucurú*; *Los animales domésticos y electrodomésticos*; *La noche de los juguetes*; *El hombre que bajó la Luna*; *El retorno de los colores*; *Benito Mercachifle* y *El extraño día 14*. *Acerca de la observación de los roedores* forma parte de un libro que se llama *Acerca y de lejos*, que fue publicado en Bogotá, Colombia, por la editorial Educar Cultural, en 1990.

CORSO

Rodolfo J. Walsh

Vos sabés cómo nos divertimos, el corso era un asco pero nosotros nos divertimos igual. El Ángel se consiguió unos plumachos, dice que los trajo de la isla y que crecen en una planta, pero eran como plumas de avestruz. Después me fijé que en un quiosco los vendían a veinte sopes

cada uno, qué atorrantes, imagínate que esas cosas crecen en los árboles y los tipos las venden a veinte mangos.

Hacía un tornillo que te la debo, pero igual las minas andaban casi en bolas en las carrozas, yo siempre digo que estas ñatas con tal de andar en bolas hacen cualquier cosa. El Ángel y yo empezamos a pasarles los plumachos por las gambas, vos sabés qué plato. A las tipas les gustaba, pero algunas ponían cara seria para disimular, vamos, viejo, a quién no le gusta que le hagan cosquillitas. Un jetón que iba en una picá llena de florcitas le dijo al Ángel por qué no se las metés a tu abuela y el Ángel le refregó el plumacho por la cara. El tipo hizo como que se bajaba pero cuando nos vio las caras subió el vidrio y la dejó a la hermanita en el capó y el Ángel le rompió tres plumachos entre las gambas, estuvo exagerado.

Pero lo grande fue cuando vino el hindú en un forcito del tiempo e mama. Este hindú venía todo desnudo, menos un calzoncillo cerradito y un turbante en el melón con una piedra divina, te lo juro. Iba sentado en el capó, con las patas cruzadas, seguro que lo vio en el cine. Con una mano se agarraba la barriga, y con la otra se tocaba la piedra del melón y después el pecho y saludaba, hablando bajito en un idioma. Pero lo mejor que hacía este hindú era que en cada bocacalle se tomaba un trago de un frasquito, prendía un fósforo y escupía unas llamaradas de samputa.

Cuando el Ángel lo vio, se quedó enloquecido y empezamos a seguirlo. Yo le decía dejáme de joder, mirá las minas, y el Ángel nada, el hindú lo tenía entusiasmado, lo miraba de arriba abajo como si fuera Nélide Roca. Ahí supe que iba a hacer una cagada, porque el Ángel será lo que vos quieras, menos eso.

Cuando quise acordar estábamos frente al palco el hindú con el forcito y al lado el Ángel y yo detrás. Entonces el hindú mirando el palco donde estaba el intendente, echa la cabeza para atrás y se manda un trago doble de la nasta, y mirando al cielo se arrima el forofrito. Y en eso lo veo al Ángel que levanta el plumacho y lo toca justito en el hueso de la garganta, y el hindú empieza a escupir fuego hasta por los ojos y se siente un olor a bife que no te cuento, el hindú parece que se quema, y yo hago lugar para

los bomberos, o sea que me rajo. Y por la otra vereda lo veo al hindú que lo corre al Ángel, y ya no le habla en el idioma sino que le dice la puta que te parió, la puta que te parió, y menos mal que no lo agarra porque si no lo mata. Al rato nos encontramos con el Ángel en la estación, el Ángel hace como que me habla en el idioma, y nos meamos de la risa, viejo, vos sabés qué plato.

🔑 **Rodolfo Walsh** nació en 1927 en Choele-Choel, Provincia de Río Negro. Fue escritor, periodista, traductor, asesor de colecciones y hombre de marcado compromiso social y político. Se destacó en el género policial, periodístico y testimonial, con celebradas obras como *El caso Satanowsky*, *Operación Masacre* y *Quién mató a Rosendo*. El 25 de marzo de 1977 fue asesinado en Buenos Aires, donde vivía, por personeros de la dictadura militar, y su cuerpo nunca más apareció. El día anterior había escrito una *Carta Abierta a la Junta Militar* denunciando las violaciones a los derechos humanos por parte de la dictadura. Algunos de sus libros: *Diez cuentos policiales*, *Variaciones en rojo*, *Los oficios terrestres*. *Curso* fue tomado de su *Obra Literaria Completa*, Siglo XXI, México, 1981.

UN DÍA DE ÉSTOS

Gabriel García Márquez

El lunes amaneció tibio y sin lluvia. Don Aurelio Escovar, dentista sin título y buen madrugador, abrió su gabinete a las seis. Sacó de la vidriera una dentadura postiza montada aún en el molde de yeso y puso sobre la mesa un puñado de instrumentos que ordenó de mayor a menor, como en una exposición. Llevaba una camisa a rayas sin cuello, cerrada arriba con un botón dorado, y los pantalones sostenidos

con cargadores elásticos. Era rígido, enjuto, con una mirada que raras veces correspondía a la situación, como la mirada de los sordos.

Cuando tuvo las cosas dispuestas sobre la mesa rodó la fresa hacia el sillón de resortes y se sentó a pulir la dentadura postiza. Parecía no pensar en lo que hacía, pero trabajaba con obstinación, pedaleando en la fresa incluso cuando no se servía de ella.

Después de las ocho hizo una pausa para mirar el cielo por la ventana y vio dos gallinazos pensativos que se secaban al sol en el caballete de la casa vecina. Siguió trabajando con la idea de que antes del almuerzo volvería a llover. La voz destemplada de su hijo de once años lo sacó de su abstracción.

—Papá.

—Qué.

—Dice el alcalde que si le sacas una muela.

—Dile que no estoy aquí.

Estaba puliendo un diente de oro. Lo retiró a la distancia del brazo y lo examinó con los ojos a medio cerrar. En la salita de espera volvió a gritar su hijo.

—Dice que sí estás porque te está oyendo.

El dentista siguió examinando el diente. Sólo cuando lo puso en la mesa con los trabajos terminados, dijo:

—Mejor.

Volvió a operar la fresa. De una cajita de cartón donde guardaba las cosas por hacer, sacó un puente de varias piezas y empezó a pulir el oro.

—Papá.

—Qué.

Aún no había cambiado de expresión.

—Dice que si no le sacas la muela te pega un tiro.

Sin apresurarse, con un movimiento extremadamente tranquilo, dejó de pedalear en la fresa, la retiró del sillón y abrió por completo la gaveta inferior de la mesa. Allí estaba el revólver.

—Bueno —dijo—. Dile que venga a pegármelo.

Hizo girar el sillón hasta quedar de frente a la puerta, la mano apoyada en el borde de la gaveta. El alcalde apareció en el umbral. Se había afeitado la mejilla izquierda, pero en la otra, hinchada y dolorida, tenía una barba de cinco días. El dentista vio en sus ojos marchitos muchas noches de desesperación. Cerró la gaveta con la punta de los dedos y dijo suavemente:

–Siéntese.

–Buenos días –dijo el alcalde.

–Buenos días –dijo el dentista.

Mientras hervían los instrumentos, el alcalde apoyó el cráneo en el cabezal de la silla y se sintió mejor. Respiraba un olor glacial. Era un gabinete pobre: una vieja silla de madera, la fresa de pedal, y una vidriera con pomos de loza. Frente a la silla, una ventana con un cancel de tela hasta la altura de un hombre. Cuando sintió que el dentista se acercaba, el alcalde afirmó los talones y abrió la boca.

Don Aurelio Escobar le movió la cara hacia la luz. Después de observar la muela dañada, ajustó la mandíbula con una cautelosa presión de los dedos.

–Tiene que ser sin anestesia –dijo.

–¿Por qué?

–Porque tiene un absceso.

El alcalde lo miró en los ojos.

–Está bien –dijo, y trató de sonreír. El dentista no le correspondió. Llevó a la mesa de trabajo la cacerola con los instrumentos hervidos y los sacó del agua con unas pinzas frías, todavía sin apresurarse. Después rodó la escupidera con la punta del zapato y fue a lavarse las manos en el aguamanil. Hizo todo sin mirar al alcalde. Pero el alcalde no lo perdió de vista.

Era una cordal inferior. El dentista abrió las piernas y apretó la muela con el gatillo caliente. El alcalde se aferró a las barras de la silla, descargó toda su fuerza en los pies y sintió un vacío helado en los riñones, pero no soltó un suspiro. El dentista sólo movió la muñeca. Sin rencor, más bien con una amarga ternura, dijo:

—Aquí nos paga veinte muertos, teniente.

El alcalde sintió un crujido de huesos en la mandíbula y sus ojos se llenaron de lágrimas. Pero no suspiró hasta que no sintió salir la muela. Entonces la vio a través de las lágrimas. Le pareció tan extraña a su dolor, que no pudo entender la tortura de sus cinco noches anteriores. Inclinado sobre la escupidera, sudoroso, jadeante, se desabotonó la guerrera y buscó a tientas el pañuelo en el bolsillo del pantalón. El dentista le dio un trapo limpio.

—Séquese las lágrimas —dijo.

El alcalde lo hizo. Estaba temblando. Mientras el dentista se lavaba las manos, vio el cielorraso desfondado y una telaraña polvorienta con huevos de araña e insectos muertos. El dentista regresó secándose las manos. “Acuéstese —dijo— y haga buchec de agua de sal.” El alcalde se puso de pie, se despidió con un displicente saludo militar, y se dirigió a la puerta estirando las piernas, sin abotonarse la guerrera.

—Me pasa la cuenta —dijo.

—¿A usted o al municipio?

El alcalde no lo miró. Cerró la puerta, y dijo, a través de la red metálica.

—Es la misma vaina.

🔑➡️ **Gabriel García Márquez** nació en Aracataca, Colombia, en 1928. Escritor y periodista, está considerado uno de los padres del llamado “realismo mágico latinoamericano”. Es un autor de extraordinaria agudeza e ironía. En 1982 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura. Entre sus obras más atractivas —que son prácticamente todas— por lo menos hay que citar: *Relato de un naufrago*, *Cien años de soledad*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *El otoño del patriarca*, *La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y de su abuela desalmada* y *Crónica de una muerte anunciada*. El cuento publicado aquí fue tomado de *Los funerales de la Mamá Grande* (Sudamericana, Buenos Aires, 1969).

EL ALFARERO

Héctor Tizón

Todas las mañanas, antes que la claridad comenzara a delinear el borde de las montañas, ya estaba en pie; últimamente, aun en las horas del sueño, sus párpados se negaban a reposar y desde su yacija contemplaba la noche —soberana antes— doblgarse y clarear poco a poco. Conocía e individualizaba todos los ruidos de la noche, los diversos cruji-dos de la madera seca y de la madera verde y viva que crece imperceptiblemente, el rumor de los pequeños bichos, el salto y la caída fofa y amortiguada de los sapos en el piso, cazando moscas; los bufidos de las grandes bestias que pastaban en la falda del cerro junto al pantano maloliente. Desde niño conocía todo eso, cuando la imagen del fuego encendido en el sollado, que no debía dejar morir, lo mantenía pensativo y despierto o le poblaba el suelo de luces frías, de blancas cenizas aventadas.

Rondaban los murciélagos en la casa y las lechuzas anidaban en la gran cúpula de paja del sobretecho. Ya era demasiado viejo y la mayoría se había marchado a otras tierras; o todos habían muerto. Salvo algunos, entregados cada quien a sus cosas; nadie acudía a la plaza ni caminaba por las veredas y, en las calles —sembradas de grandes hoyas, algunas colmadas de agua negroverdosa— muy de vez en cuando se atropellaban a la carrera grupos de caballos que descendían de las lomas vecinas.

El hombre permanecía en su habitación semiderrumbada, junto al gran pozo de piedra y al fogón; y prefería, a causa de sus ojos, o de sus párpados debilitados, trajinar temprano de madrugada, o al caer la tarde y el resto del día sólo era propicio para el recuerdo, unos recuerdos oscuros de cuando casi todos se fueron, temerosos, no bien aparecieron esas manchas claras, que después se volvían parduzcas, entre los dedos y en las axilas, y estallaban derramando un líquido claro y tibio como lágrimas,

como si el cuerpo se llenara de ojos y de lágrimas. Él y otros los habían visto irse, los contemplaron desde atrás, sin decir palabras nuevas —el último era un niño, el único de entre ellos— caminando sin hablar, con movimientos cautelosos, atravesar el bosque destruido por el fuego, perderse en el sendero, bordear el maloliente pantano y desaparecer.

Ahora un pavo real gorgoriteó, tornasolado y blanco, hacia los fondos, afuera e inmediatamente el hombre lo vio desplazarse rápido y certero y en seguida vio en su pico algo que se retorció y luchaba en vano por desasirse; también distinguió sus ojos fríos y crueles y su plumaje azul. Después el hombre se miró las manos grandes y hábiles, que no habían practicado la agricultura ni manejado el arado; unas manos vivas y sensibles, de cazador; las contempló mientras de cuclillas se mojaba la cabeza en el agua de la acequia; pero no pudo ver su cara.

Había abandonado el lecho de pajas muy temprano y camino de la acequia, escuchó un rumor en el cielo, hacia el naciente. Ahora en el curso del agua se contemplaba las manos; el rumor se hizo mayor y él, estremecido de pavor inmemorial, miró al cielo; pero allí sólo estaba la claridad deslumbrante y con esas mismas manos grandes recaudó sus ojos. El rumor se hizo estridente y en pocos segundos recorrió la parábola del cielo y se perdió sordo, detrás de las montañas del oeste. El pavor desapareció.

El hombre entonces uniendo sus manos hizo un cuenco, primero torpemente y luego con más destreza; una especie de voz o de gorjeo salió del fondo de su garganta y siguió experimentando hasta lograr transportar cantidades de agua a varios metros de la acequia. Al día siguiente, imitando en arcilla el cuenco de sus manos, hizo un cuenco y lo puso a secar en el sollado. Y a partir de entonces sus noches volvieron a poblarse, no de ruidos sino de formas, cuyos moldes, de día, iban acumulándose sobre el gran poyo de piedra.

La voz corrió y los otros hombres, en silencio, acudían a distintas horas a espiar, escondidos, la obra del alfarero, a escuchar a la distancia el rumor de ese aparato de pronto creado, entre las piernas del alfarero. Pasaron muchos días, un invierno de vientos y un verano de vientos, y volvió a llegar el tiempo de la luz sosegada cuando el hombre, cansado

tal vez de esas formas, una mañana quiso ir más allá. Se levantó mucho antes que apareciese la claridad y andando cauteloso, con paso casi vertical, en uno de sus cuencos trajo agua de la acequia y con esa agua primera comenzó a amasar el barro; sus manos, más grandes y entusiasmadas que de costumbre, parecían comenzar a moverse solas, como dos pájaros, aunque unidas por un solo ritmo secreto y concertado como si repitieran una lección remota; la arcilla se doblegaba entre esos dedos grandes y los dedos se hacían más y más sensibles, se alargaban, recorrían suave, vertiginosamente la piel mojada y virgen de la arcilla, de pronto se enrosocaban y volvían a ponerse tensos, las palmas de sus manos se volvían cóncavas y convexas; el trabajo continuó a lo largo del alba. Pero cuando el sol salió francamente y su luz iluminó los detalles del patio y las lombrieces ciegas surgieron de la tierra y el pavo real comenzó a atraparlas con certeros picotazos, el alfarero sintió algo distinto: como si sus manos fuesen menos rápidas que la arcilla que modelaban, como si la arcilla de pronto comenzara a latir y a moverse, caprichosa, indócil y obediente entre sus dedos y fuese más cálida y más suave y comenzara a elevarse, a crecer. De pronto él apartó sus manos y contempló lo que estaba en la mesa del torno; retrocedió unos pasos y volvió a contemplarlo; entonces por primera vez retiró los obstáculos y dejó en libertad a la luz que penetró mansamente, coloreando las cosas de adentro, y así las pajas de la yacija fueron doradas, el suelo pardo, rojas las palmas de las manos del hombre. Y lo que estaba allí, sobre el torno, recién modelado, se remodelaba continua y perpetuamente y adquiría formas, se aplastaba y se elevaba con la luz y proyectaba luces infinitas; entonces las barbas del hombre comenzaron a entreabrirse en el tajo de su boca, sus ojos se contagiaron con la luz que proyectaba esa forma, los infinitos fuegos de la arcilla, y el hombre, que ya no estaba solo, junto al pavo real y a la lechuza, a la vista subrepticia de los demás, olvidado de sus llagas, del sueño imperturbable, cayó de rodillas a los pies del torno y después levantó ambas manos y en sus manos pudo verse una luz, esa luz suave, intensa y clara que sus propias manos acababan de crear.

☛ Héctor Tizón nació en 1929 en Yala, provincia de Jujuy, pueblo en el que aún hoy sigue viviendo. Abogado, periodista, diplomático, es considerado uno de los mejores escritores de lengua española de comienzos del siglo XXI. Exilado entre 1976 y 1982, vivió en muchos países de Europa pero siempre regresó a Yala. Su primer libro: *A un costado de los rieles*, se publicó en México en 1960. Gran parte de su obra cuenta de los paisajes y la gente de su Jujuy natal, sus mitos y sus historias. Su obra está siendo traducida a varios idiomas. Algunos de sus libros: *Fuego en Casabindo*, *El cantar del profeta y el bandido*, *La casa y el viento*. Este texto fue tomado de *El jactancioso y la bella*, CEAL, Narradores de Hoy, Buenos Aires, 1972.

INMISCUSIÓN TERRUPTA

Julio Cortázar

Como no le melga nada que la contradigan, la señora Fifa se acerca a la Tota y ahí nomás le flamenco la cara de un rotundo mofo. Pero la Tota no es inane y de vuelta le arremulga tal acario en pleno tripolio que se lo ladea hasta el copo.

—¡Asquerosa! —brama la señora Fifa, tratando de sonsonarse el ayelmado tripolio que ademenos es de satén rosa. Revoleando una mazoca más bien prolapsa, contracarga a la crimea y consigue marivolarle un sueño a la Tota que se desporrona en diagonía y por un momento horadra el raire con sus abroncojantes bocinomas. Por segunda vez se le arrumba un mofo sin merma a flamencarle las mecochas, pero nadie le ha desmuniado el encuadre a la Tota sin tener que alanchufarse su contragofia, y así pasa que la señora Fifa contrae una plica de miercolamas a media resma y cuatro peticuras de ésas que no te dan tiempo al vocifugio, y en eso están arremulgándose de ida y de vuelta cuando se ve precivenir el doctor Feta que se inmolye inclótumo entre las gladiofantas.

–¡Payahás, payahás! –crona el elegantiorum, sujetirando de las desmecrenzas empebufantes.

No ha terminado de halar cuando ya le están manocrujiendo el fano, las colotas, el rijo enjuto y las nalcunias, mofo que arriba y sueño al medio y dos miercolanas que para qué.

–¿Te das cuenta? –sinterruge la señora Fifa.

–¡El muy cornaputo! –vociflama la Tota.

Y ahí nomás se recompalmean y fraternulian como si no se hubieran estado polichantando más de cuatro cafotos en plena tetamancia; son así las tofifas y las fitotas, mejor es no terruptionarlas porque te desmunen el persiglotio y se quedan tan plopas.

☛ **Julio Cortázar** nació en Bruselas, Bélgica, en 1914, de padres argentinos. Llegó a la Argentina a los cuatro años y aquí creció, se educó y comenzó a escribir. Desde 1951 vivió en París, hasta su muerte en 1984. Sin ninguna duda, es uno de los más grandes escritores que dio la Argentina, pero además fue un hombre ético y un incansable defensor de los derechos humanos y la justicia social. Toda su escritura es deslumbrante por la permanente revelación de mundos nuevos que presenta. Su novela *Rayuela*, de 1963, fue un verdadero acontecimiento cultural argentino y latinoamericano. Entre sus muchos libros destacan los de cuentos (*Bestiario*, *Final de juego*, *Queremos tanto a Glenda*) pero también otros libros memorables, originalísimos, como *Historias de cronopios y de famas*, *La vuelta al día en ochenta mundos* y *Último round*. Entre sus cuentos más leídos y recordados: *Casa tomada*, *Carta a una señorita en París*, *La autopista del Sur* y muchos más. Este texto fue tomado de *Último round*, Siglo XXI, México, 1991.

LA VISITA

Jorge Enrique Adoum

Llamo a la puerta.
—Quién es, pregunto.

—Yo, contesto.

—Adelante, digo.

Yo entro.

Me veo al que fui hace tiempo.

Me espera el que soy ahora.

No sé cuál de los dos está más viejo.

☛ **Jorge Enrique Adoum** nació en Quito, Ecuador, en 1926 y es uno de los más importantes y reconocidos poetas de su país. Ha publicado más de 20 libros de poemas, está traducido a una docena de lenguas y representa uno de los últimos exponentes de la gran lírica latinoamericana de los años 60 y 70. También ha escrito una novela: *Ciudad sin ángel*. El presente texto se tomó de *Ni están todos los que son* (Antología personal de 50 años de poesía, Editorial Eskeletra, Quito, 1999).

EXILIO

Héctor G. Oesterheld

Nunca se vio en Gelo nada tan cómico. Salió de entre el roto metal con paso vacilante, movió la boca, desde el principio nos hizo reír con esas piernas largas, esos dos ojos de pupilas tal increíblemente redondas.

Le dimos grubas, y limas, y kialas.

Pero no quiso recibirlas, fíjate, ni siquiera aceptó las kialas, fue tan cómico verlo rechazar todo que las risas de la multitud se oyeron hasta el valle vecino.

Pronto se corrió la voz de que estaba entre nosotros, de todas partes vinieron a verlo, él apareció cada vez más ridículo, siempre rechazando las kialas, la risa de cuantos lo miraban era tan vasta como una tempestad en el mar.

Pasaron los días, de las antípodas trajeron margas, lo mismo, no quiso verlas, fue para retorcerse de risa.

Pero lo mejor de todo fue el final: se acostó en la colina, de cara a las estrellas, se quedó quieto, la respiración se le fue debilitando, cuando dejó de respirar tenía los ojos llenos de agua. ¡Sí, no querrás creerlo, pero los ojos se le llenaron de agua, d-e a-g-u-a, como lo oyes!

Nunca, nunca se vio en Gelo nada tan cómico.

🔑 Vastamente conocido por la extraordinaria historieta *El Eternauta*, **Héctor Germán Oesterheld** nació en Buenos Aires en 1919, y fue desaparecido por la Dictadura Militar en 1977, al igual que sus cuatro hijas. Guionista, escritor, en 1956 fundó la editorial Frontera, una de las más significativas de la historieta argentina: de allí nacieron revistas como *Hora Cero* y *Frontera*. Una historieta memorable es *Mort Cinder*

y, por supuesto, la célebre *El Eternauta*, que es de 1957. Algunos guiones para buscar y leer: *Doctor Morgue*, *Vida del Che*, *Galac-Master*. Oesterheld fue ilustrado por los mejores dibujantes argentinos y extranjeros, como Alberto Brescia, Francisco Solano López, Hugo Pratt. Este texto pertenece al libro *Sondas* y fue tomado de *Por favor, sea breve*, Edición de Clara Obligado. Páginas de Espuma, España, 2001.

LA VERDAD ES LA ÚNICA REALIDAD

Francisco Urondo

Del otro lado de la reja está la realidad, de
este lado de la reja también está
la realidad; la única irreal
es la reja; la libertad es real aunque no se sabe bien
si pertenece al mundo de los vivos, al
mundo de los muertos, al mundo de las
fantasías o al mundo de la vigilia, al de la explotación o
de la producción.

Los sueños, sueños son; los recuerdos, aquel
cuerpo, ese vaso de vino, el amor y
las flaquezas del amor, por supuesto, forman
parte de la realidad; un disparo en
la noche, en la frente de estos hermanos, de estos hijos,
aquellos
gritos irreales de dolor real de los torturados en
el angelus eterno y siniestro en una brigada de policía
cualquiera

son parte de la memoria, no suponen necesariamente el presente, pero pertenecen a la realidad. La única aparente es la reja cuadriculando el cielo, el canto perdido de un preso, ladrón o combatiente, la voz fusilada, resucitada al tercer día en un vuelo inmenso cubriendo la Patagonia porque las masacres, las redenciones, pertenecen a la realidad, como la esperanza rescatada de la pólvora, de la inocencia estival: son la realidad, como el coraje y la convalecencia del miedo, ese aire que se resiste a volver después del peligro como los designios de todo un pueblo que marcha hacia la victoria o hacia la muerte, que tropieza, que aprende a defenderse, a rescatar lo suyo, su realidad.

Aunque parezca a veces una mentira, la única mentira no es siquiera la traición, es simplemente una reja que no pertenece a la realidad.

Cárcel de Villa Devoto, abril de 1973

✚ **Francisco Paco Urondo** nació en Santa Fe en 1930. Poeta, periodista, académico y militante político. En 1968 fue nombrado Director de Cultura de la Provincia de Santa Fe, y en 1973, del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Como periodista colaboró en diversos medios del país y del extranjero, entre ellos, *La Opinión* y *Noticias*. Algunas de sus obras: *Larga distancia* (poesía), *Todo eso* (cuentos), *Los pasos previos* (novela). También escribió teatro, ensayos y guiones cinematográficos. Murió en Buenos Aires enfrentando a la genocida dictadura militar, en junio de 1976. Tomado de *Poemas de Batalla*, Seix Barral, Buenos Aires, 1998.

CONSTRUCCIÓN

Chico Buarque de Hollanda

Amó aquella vez como si fuese la última
besó a su mujer como si fuese la última
y a cada hijo suyo como si fuese el único
y atravesó la calle en su paso tímido.
Subió a la construcción como si fuese

máquina

alzó en el descanso cuatro paredes sólidas
ladrillo con ladrillo en un dibujo mágico
sus ojos embotados de cemento y lágrima.

Sentóse a descansar como si fuese sábado
comió feijao y arroz como si fuese un

príncipe

bebió y eructó como si fuese un náufrago
danzó y rió como si oyese música
y tropezó en el cielo como si fuese alcohólico
y flotó en el aire como si fuese un pájaro
y terminó en el suelo hecho un paquete

flácido

agonizó en el medio del paseo público
murió de contramano entorpeciendo el

tránsito.

Amó aquella vez como si fuese el último
besó a su mujer como si fuese la única

y a cada hijo suyo como si fuese el pródigo
y atravesó la calle con su paso alcohólico

Subió a la construcción como si fuese sólido
alzó en el descanso cuatro paredes mágicas
ladrillo con ladrillo en un dibujo lógico
sus ojos embotados de cemento y tránsito
Sentose a descansar como si fuese un
príncipe

comió Feijoo y arroz como si fuese lo
máximo

bebió y eructó como si fuese máquina
danzó y se rió como si fuese el próximo.

Y tropezó en el cielo como si oyese música
y flotó en el aire como si fuese sábado.

🔑 **Francisco Buarque de Hollanda** nació en Río de Janeiro (1944). Es considerado uno de los principales protagonistas de la Música Popular Brasileña. Por canciones como *Gente humilde* y *Construcción* (en *Cuentos brasileños del siglo XX*, Colihue, Buenos Aires 1996), hubo de vivir el exilio durante los años del autoritarismo (1968-1985). Cantó y compuso junto a artistas como Vinicius de Moraes, Milton Nascimento, Silvio Rodríguez y Mercedes Sosa. En 1980 el argentino Mauricio Berú filmó la memoria cinematográfica *Certas Palavras com Chico Buarque*, en la que se lo homenajea como un artista batallador por las libertades y la justicia social, sin ninguna afiliación político partidista.

EVASIÓN

Tsui Mintong

Un año, un año más,
y ya otra primavera que se aleja.
En cien años, apenas
si se ve un solo hombre de cien años.
¿Cuántas veces aún nos será dado
embriagarnos en medio de las flores?
Aunque su peso en oro nos costara este vino,
aun así, ¡qué barato sería!

EL BAMBÚ DE LA VENTANA

Li Hochu

No lo cortes para hacer una flauta,
no lo cortes para hacer una caña de pescar.
Cuando sus hojas y flores estén marchitas
bajo los copos de nieve aún será hermoso.

🔑 Estos dos poetas chinos pertenecen a la dinastía Tang, que se extiende desde el año 618 hasta el 907. **Li Hochu**, justamente, es el último poeta de la dinastía. Los poemas se caracterizan por la brevedad, la delicadeza, el valor que se le da a la naturaleza, la fugacidad del tiempo. Han sido tomados del libro *Los poetas de la dinastía Tang* (CEAL, Biblioteca Básica Universal, Buenos Aires, 1970). Y la selección fue realizada por Roberto Donoso.

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

Angélica Gorodischer

Tenía treinta y dos años y hacía once que estaba casada y se llamaba Aurelia y una tarde que era de sábado miró por la ventana de la cocina y vio en el jardín a los cuatro jinetes del Apocalipsis. Hombres de mundo, los cuatro jinetes del Apocalipsis. Y bellos. El primero empezando de este lado montaba un alazán de crines oscuras: estaba vestido con breeches blancos, botas negras, chaqueta granate y un fez amarillo con pompones negros. El segundo tenía una túnica sin mangas recamada en oro y violeta y estaba descalzo: cabalgaba a lomos de un delfín gordo. El tercero tenía barba, una barba negra, cuadrada y respetable: se había puesto un traje gris príncipe de Gales, camisa blanca, corbata azul, y llevaba un portafolios de cuero negro: estaba sentado en una silla plegable sujeta con correas a la joroba de un dromedario canoso. El cuarto hizo que Aurelia sonriera y que se diera cuenta de que ellos le sonreían: montaba una Harley-Davidson 1200 negra y plata y vestía de negro y calzaba botas negras y guantes negros y llevaba un casco blanco y antiparras oscuras y el pelo largo y rubio y lacio flotaba en el viento a sus espaldas. Corrían los cuatro en el jardín sin moverse de donde estaban, corrían y le sonreían y ella los miraba por la ventana de la cocina. De modo que terminó de lavar las dos tazas de té, se sacó el delantal, se arregló el pelo y se fue al living.

—He visto en el jardín a los cuatro jinetes del Apocalipsis —le dijo al marido.

—Mirá vos —dijo él sin levantar los ojos del diario.

—Qué estás leyendo —preguntó Aurelia.

—¿HmMMMM?

—Digo que les fueron dadas una corona y una espada y un denario y el poder.

—Ah, sí —dijo el marido.

Y después pasó una semana como suelen pasar todas las semanas, muy despacio al principio y muy rápidamente hacia el final, y el domingo a la mañana mientras ella preparaba café, vio por la ventana a los cuatro jinetes del Apocalipsis en el jardín pero cuando volvió al dormitorio no le dijo nada al marido.

La tercera vez que los vio, un miércoles, sola, por la tarde, estuvo mirándolos durante media hora y finalmente, como siempre había querido volar en un aerostato amarillo y colorado, como había soñado con ser cantante de ópera, amante de un emperador, copiloto de Ícaro, como le hubiera gustado escalar acantilados negros, reírse de Caribdis, recorrer las selvas en elefantes con gualdrapas púrpura, arrancar con las manos los diamantes ocultos en las minas, vivir bajo el agua, domesticar arañas, asaltar trenes en los túneles de los Alpes, arengar multitudes, incendiar palacios, abordar los puentes de todos los barcos del mundo, finalmente, como era tristemente estéril ser adulta y razonable y sana, finalmente ese miércoles sola por la tarde se puso el vestido largo que había usado en la última fiesta de fin de año de la empresa en la que su marido era subjefe de ventas, y salió al jardín. Los cuatro jinetes del Apocalipsis la llamaron y el muchacho de la Harley-Davidson le tendió la mano y la ayudó a subir al asiento de atrás y allá se fueron los cinco rugiendo en la tormenta y cantando.

Dos días después el marido se dejó convencer por la familia y los amigos e hizo la denuncia de la desaparición de su mujer.

—Moraleja —dijo el narrador—: la locura es una flor en llamas. O en otras palabras, es imposible inflamar las cenizas muertas, frías, viscosas, inútiles y pecaminosas de la sensatez.

c La autora nació en Buenos Aires en 1928 pero desde su infancia vive en Rosario. Ha publicado muchas novelas y cuentos (*Cuentos de soldados, Jugo de Mango, Bajo las jubeas en flor, Trafalgar, Doquier*, entre otros títulos) y su obra es un despliegue de imaginación y riqueza expresiva. Ha escrito cuentos sobre los más diversos temas: ciencia-ficción, policiales, fantásticos, realistas. Ha merecido muchos premios y ha sido traducida a varios idiomas. Su última, estupenda novela, se titula: *Historia de mi madre*. El cuento que aquí se publica apareció en el libro *Mala noche y parir hembra* (Edic. La Campana, Buenos Aires, 1983). **Gorodischer** es una de las co-autores de esta serie de libros que titulamos *leerXleer*.

LA SEDUCCIÓN

Antonio di Benedetto

El hombre logra en sueños lo que no logró despierto: seducir a una mujer carnal, perfumada y esquiva.

Lo despierta un golpe en las costillas: la esposa, que duerme con él, le ha hundido el codo en el costado.

Ha soñado que el marido se ha dejado seducir por una mujer carnal, perfumada y esquiva, a quien ella no conoce.

✚ **Antonio Di Benedetto** (1922-1986) nació y murió en Mendoza. Periodista y narrador, su novela *Zama* es considerada por muchos una de las más excepcionales novelas de la literatura argentina. Pocas horas después del golpe militar del 24 de marzo de 1976, Di Benedetto fue secuestrado por el ejército. Humillado, golpeado y quebrantado anímicamente, fue excarcelado en septiembre de 1977 y se exilió en los Estados Unidos, Francia y España. Recibió numerosos premios y distinciones en Italia, Francia y los Estados Unidos. Regresó definitivamente a la Argentina en 1985. Este texto apareció publicado en la revista *Puro Cuento* N° 1, pág. 15, 1986.

LA CASADA INFIEL

Federico García Lorca

Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozuela,
pero tenía marido.
Fue la noche de Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se encendieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de su enagua
me sonaba en el oído
como una pieza de seda
rasgada por diez cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido,
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzamoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo.
Yo me quité la corbata.

Ella se quitó el vestido.
Yo, el cinturón con revólver.
Ella, sus cuatro corpiños.
Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.

Aquella noche corrí
el mejor de los caminos,
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.
Sucia de besos y arena,
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

Me porté como quien soy.
Como un gitano legítimo.
Le regalé un costurero
grande, de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

☛ **Federico García Lorca** nació en Granada, España, en 1898 y fue uno de los más grandes poetas y dramaturgos de la primera mitad del siglo XX. Sus temas se inspiran en la tradición andaluza y española. Su poesía, profunda y vital, tiene un tono personal que la hace única. Víctima de la intolerancia de la dictadura franquista, fue fusilado en Víznar, Granada, el 19 de agosto de 1936. No tenía el poeta ninguna filiación política, pero para aquel régimen totalitario un artista moderno era, sólo por tener una expresión diferente, un enemigo. *Bodas de Sangre*, *Poeta en Nueva York* y *Doña Rosita la soltera* son algunas de sus numerosas obras, que marcaron a fuego la poesía y el teatro de los años posteriores a su trágica muerte. Este poema fue tomado del libro *Romancero Gitano*, Antología Poética, selección de Guillermo de la Torre y Rafael Alberti, Editorial Losada, Buenos Aires 1980.

SUEÑO DE FEDERICO GARCÍA LORCA, POETA Y ANTIFASCISTA

Antonio Tabucchi

Una noche de agosto de 1936, en su casa de Granada, Federico García Lorca, poeta y antifascista, tuvo un sueño. Soñó que se encontraba en el escenario de su teatro ambulante y que, acompañándose con el piano, estaba cantando canciones gitanas. Iba vestido de frac, pero en la cabeza llevaba un sombrero de ala ancha. El público estaba formado por viejas vestidas de negro, con mantones sobre los hombros, que lo escuchaban absortas.

Una voz, desde la sala, le pidió una canción y Federico García Lorca comenzó a interpretarla. Era una canción que hablaba de duelos y naranjales, de pasiones y de muerte. Cuando acabó de cantar, Federico García

Lorca se puso de pie y saludó a su público. Bajó el telón y sólo entonces se dio cuenta de que detrás del piano no había bastidores, sino que el teatro se abría hacia un campo desierto. Era de noche y había luna. Federico García Lorca miró entre los cortinajes del telón y vio que el teatro se había quedado vacío como por encanto, la sala estaba completamente desierta y las luces se estaban apagando. En aquel momento oyó un aullido y descubrió detrás de él un pequeño perro negro que parecía estar esperándolo. Federico García Lorca sintió que debía seguirlo y dio un paso. El perro, como ante una señal convenida, empezó a trotar lentamente abriendo camino. ¿Adónde me llevas, pequeño perro negro?, preguntó Federico García Lorca. El perro aulló lastimosamente y Federico García Lorca sintió un escalofrío. Se dio la vuelta y miró hacia atrás, y vio que las paredes de tela y madera de su teatro habían desaparecido. Sólo quedaba una platea desierta bajo la luna mientras el piano, como si lo rozaran dedos invisibles, continuaba tocando por sí solo una vieja melodía. El campo estaba cortado por un muro: un largo e inútil muro blanco tras el cual se veía más campo. El perro se detuvo y aulló nuevamente, y también Federico García Lorca se detuvo. Entonces de detrás del muro surgieron unos soldados que lo rodearon riéndose. Iban vestidos de oscuro y llevaban tricornios en la cabeza. Sostenían el fusil en una mano y en la otra una botella de vino. Su Jefe era un enano monstruoso, con la cabeza llena de protuberancias. Tú eres un traidor, dijo el enano, y nosotros somos tus verdugos. Federico García Lorca le escupió en la cara mientras los soldados lo sujetaban. El enano rió de un modo obscuro y gritó a los soldados que le quitaran los pantalones. Tú eres una mujer, dijo, y las mujeres no deben llevar pantalones, deben permanecer encerradas entre las paredes de casa y cubrirse la cabeza con un chal. Asquerosa mujer que te vistes de hombre, dijo el enano, ha llegado la hora de que reces a la Santa Virgen. Federico García Lorca le escupió a la cara y el enano se secó riendo. Después sacó del bolsillo la pistola y le introdujo el cañón en la boca. Por los campos se oía la melodía del piano. El perro aulló. Federico García Lorca oyó el estampido y despertó con sobresalto en su cama. Estaban golpeando la puerta de su casa de Granada con las culatas de los fusiles.

c Antonio Tabucchi es uno de los más importantes escritores italianos de la actualidad. Nació en Pisa en 1943 pero vive desde hace años en Portugal. Su obra es asombrosamente rica y variada. Desde la novela *Sostiene Pereira*, que le granjeó el reconocimiento internacional, hasta *Dama de Porto Pym*, pasando por *Los ángeles negros*, *El juego del revés*, etc., la obra de Tabucchi ha devenido clásico contemporáneo. Este texto fue tomado de *Sueño de sueños seguido en Los tres últimos días de Fernando Pessoa*, Anagrama, Barcelona, 1996.

ESPANTAPÁJAROS 21

Oliverio Girondo

Que los ruidos te perforen los dientes, como una lima de dentista, y la memoria se te llene de herrumbre, de olores descompuestos y de palabras rotas.

Que te crezca, en cada uno de los poros, una pata de araña; que sólo puedas alimentarte de barajas usadas y que el sueño te reduzca, como una aplanadora, al espesor de tu retrato.

Que al salir a la calle, hasta los faroles te corran a patadas; que un fanatismo irresistible te obligue a prosternarte ante los techos de basura y que todos los habitantes de la ciudad te confundan con un meadero.

Que cuando quieras decir “Mi amor” digas “Pescado frito”; que tus manos intenten estrangularte a cada rato, y que en vez de tirar el cigarrillo, seas tú el que se arroje en las salivaderas.

Que tu mujer te engañe hasta con los buzones; que al acostarse junto a ti, se metamorfosee en sanguijuela, y que después de parir un cuervo, alumbre una llave inglesa.

Que tu familia se divierta en deformarte el esqueleto, para que los espejos, al mirarte, se suiciden de repugnancia; que tu único entretenimiento

consista en instalarte en la sala de espera de los dentistas, disfrazado de cocodrilo, y que te enamores, tan locamente, de una caja de hierro, que no puedas dejar, ni un solo instante, de lamerle la cerradura.

☛ Pocos escritores han sido tan originales como **Oliverio Girondo**, nacido y muerto en Buenos Aires (1891-1967). Para él poesía y vida fueron una misma e indivisible cosa; vivir en poesía fue parte de su experiencia, y por eso hizo un arte de la provocación en contra de los convencionalismos. Como pertenecía a una familia adinerada, viajó mucho por Europa y siempre se comportó como un excéntrico, pero con un talento asombroso. Algunas de sus obras: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, *Calcomanías*, *Espantapájaros*. El texto que publicamos aquí fue tomado de *Espantapájaros y otras obras* (CEAL, Biblioteca Argentina Fundamental, Buenos Aires, 1981).

¡ÉSE SOY YO!

Ramón Gómez de la Serna

Cuando vi sacar aquel cadáver del agua, grité:
—Ése soy yo... Yo.

Todos me miraron asombrados, pero yo continué: “Soy yo... Ése es mi reloj de pulsera con un brazalete extensible... Soy yo”.

¡Soy yo!... ¡Soy yo! —les gritaba y no me hacían caso, porque no comprendían cómo yo podía ser el que había traído el río ahogado aquella mañana.

☛ **Ramón Gómez de la Serna** nació en Madrid (1888) y murió en Buenos Aires (1963). Fue un escritor fecundo: novelista, ensayista y dramaturgo, pionero en un

tipo de literatura muy original. Inventó un género: las *greguerías*, a las que definió como “metáfora más humor”. En 1936 se exilió en la Argentina tras el estallido de la Guerra Civil Española. Dos de sus obras son: *El libro mudo* y *El doctor inverosímil*. El texto que reproducimos fue tomado de *El libro de la Imaginación*, Edmundo Valadés, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 4ta. edición.

SEXA

Luiz Fernando Verissimo

- P^{apá...}
—¿Hmmm?
- ¿Cómo es el femenino de sexo?
- ¿Qué?
- El femenino de sexo.
- No tiene.
- ¿Sexo no tiene femenino?
- No.
- ¿Sólo hay sexo masculino?
- Sí. Es decir, no. Existen dos sexos, masculino y femenino.
- ¿Y cómo es el femenino de sexo?
- No tiene femenino. Sexo es siempre masculino.
- Pero vos mismo dijiste que hay sexo masculino y femenino.
- El sexo puede ser masculino o femenino. La palabra “sexo” es masculina. El sexo masculino, el sexo femenino.
- ¿No debería ser “la sexa”?
- No.
- ¿Por qué no?
- ¡Porque no! Disculpá. Porque no. “Sexo” es siempre masculino.

-¿El sexo de la mujer es masculino?
 -Sí. ¡No! El sexo de la mujer es femenino.
 -¿Y cómo es el femenino?
 -Sexo también. Igual al del hombre.
 -¿El sexo de la mujer es igual al del hombre?
 -Sí. Es decir... Mirá. Hay sexo masculino y sexo femenino, ¿no es cierto?
 -Sí.
 -Son dos cosas diferentes.
 -Entonces, ¿cómo es el femenino de sexo?
 -Es igual al masculino.
 -Pero ¿no son diferentes?
 -No. O ¡sí! Pero la palabra es la misma. Cambia el sexo pero no cambia la palabra.
 -Pero entonces no cambia el sexo. Es siempre masculino.
 -La palabra es masculina.
 -No. “La palabra” es femenino. Si fuera masculino sería “el pal...”
 -¡Basta! Andá a jugar.
 El muchacho sale y la madre entra. El padre comenta:
 -Tenemos que vigilar al gurí...
 -¿Por qué?
 -Sólo piensa en gramática.

🔑 **Luiz Fernando Verissimo** nació en Porto Alegre, Brasil, en 1938 y es uno de los más reconocidos cuentistas y humoristas de su país. También es periodista y escribe en los más importantes diarios brasileños, entre ellos el importante Zero Hora. Otras obras de su autoría son: *La mujer desnuda*, *El analista de Bagé*, *La mamá de Freud*, etc. Este cuento, cuya versión española fue realizada por Andrea Diessler, apareció en la revista *Puro Cuento* de septiembre-octubre del año 1991.

ELEGÍA

Miguel Hernández

*(En Oribuela, su pueblo y el mío,
se me ha muerto como el rayo
Ramón Sijé, a quien tanto quería)*

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa a mi costado,
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mis desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irá a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

🔑 El poeta español **Miguel Hernández** nació en Orihuela en 1910. Allí, mientras pastoreaba cabras, comenzó a escribir sus primeros poemas. Condenado a muerte por razones políticas, por la dictadura franquista, falleció de tuberculosis estando confinado en la cárcel de Alicante, en 1942. Es deliciosa la lectura de algunos de sus libros, como *El rayo que no cesa*, *Perito en lunas*, *Viento del pueblo* y los bellísimos poemas de amor dedicados a su mujer y su hijo. Esta *Elegía*, de *El rayo que no cesa*, fue tomada de *Miguel Hernández, Antología* (Poetas hispanoamericanos de ayer y hoy. Dirección y selección: Ernesto Sábato. Losada, Buenos Aires, 1998. Antología: María de Gracia Ifach).

UNA TARDE EN FAMILIA

Carlos Gardini

Sentado en la Vuelta al Mundo lo observo todo: los padres han sacado al idiota a pasear pero el idiota no entiende las reglas del juego. Lo traen al parque de diversiones para que no haga idioteces pero si no hiciera idioteces no sería idiota.

Lo llevan al tiro al blanco donde hay que acertar a los patitos de madera y los patitos pasan cua cua pero al idiota le dan lástima y no les tira. Lo llevan a otro tiro al blanco donde hay que reventar globos de colores pero el idiota no quiere romper los lindos globitos y le revienta el ojo al empleado con un balón y encima quiere llevarse el premio. El padre indemniza al empleado y le dice a la madre que ese chico tan idiota no salió a él. Cada vez que discuten por culpa del idiota él insinúa lo mismo. La madre piensa que si la encubierta acusación de infidelidad fuera cierta ella habría hecho algo bueno en la vida, pero como ha cometido la idiotez de serle fiel a ese energúmeno, el energúmeno debe tener algo de razón y la idiotez del chico debe ser más culpa de ella que de él. Piensa eso pero responde que el chico debe salir al abuelo paterno, que es idiota para todo menos cuando ellos le piden plata prestada. El idiota se pone a llorar y el padre dice vinimos a divertirnos no a discutir y la madre se calla y el padre se calla y el idiota mira los juegos embobado como un idiota.

Vinieron a divertirse no a discutir pero el idiota no entiende las reglas del juego. Lo llevan a los autitos chocadores y el idiota estaciona en un costado y se niega a chocar otros autitos porque él quiere respetar las normas de tránsito. Lo llevan a la Nave Espacial pero el idiota no sube porque dice que el capitán es un bicho verde traicionero y estúpido; cuando el bicho verde se saca la máscara verde tiene abajo otra máscara verde y los padres se ríen pero el idiota no le ve la gracia y tienen que llevárselo y el padre está enfurruñado porque no pudo conocer la Nave. Lo llevan a la calesita y el idiota sale despedido por la fuerza centrífuga. Lo llevan a Dumbo y el idiota grita Tantor, lo llevan a la montaña rusa y visita el Kremlin, lo llevan a las tacitas giratorias y sale sucio de café con leche. Le compran un helado y tiene principio de congelamiento, le compran cigarrillos de chocolate y se le tapan los bronquios, le compran un oso de paño y el oso gruñe y se babea y tiene que encadenarlo. Lo dejan entrar en Megashow para que vea el Gran Festival y el idiota sale con pie de trinchera, le echan VEINTE CENTAVOS en la ranura y el idiota ve cor-

piños rosados y se babea como un idiota. Lo llevan a los helicópteros y ametralla aldeas vietnamitas. Lo llevan a la Casa de los Espejos y se mira la cara y dice qué idiota. Cuando habla El Muerto Que Habla el idiota dice los muertos no hablan. Cuando disparan al Hombre Bala el idiota protesta contra el armamentismo. Cuando lo traen a la Vuelta al Mundo, el idiota tarda ochenta días en bajar.

No hay caso con el idiota, no entiende las reglas y les amarga la tarde. El padre quiere ir a cenar a un restaurante para pedir mariscos que son su plato favorito. El idiota podrá pedir tallarines con tuco como siempre, y ensuciarse la camisa con tuco y tallarines. Pero antes de irse la madre quiere subir al cablecarril que recorre el parque de punta a punta para ver qué bonito es todo desde arriba. En la Vuelta al Mundo yo veo todo desde arriba y no tiene nada de bonito.

Pero el idiota no entiende las reglas del juego. El cochecito de cablecarril donde entran ellos no se dirige a la otra punta del cable sino que sube por la ladera de una montaña alpina, para gran susto de la madre y para gran alegría del idiota y para gran indiferencia del padre. En la terminal del cablecarril los esperan muchos idiotas con esquís, ropa de color y gorritos con pompones. Los idiotas los reciben muy alborotados y la madre le dice al idiota que no baje porque no le trajo abrigo para ese clima, pero el idiota baja igual porque no entiende las reglas del juego. Los padres también bajan y los idiotas los llevan en andas y los tiran por un precipicio. Después se ponen a jugar con el idiota y se arrojan bolas de nieve y hacen carreras de trineo y se revuelcan alegremente en la nieve festejando la idiotez del mundo, y yo festejo con ellos cada vez que paso por la montaña alpina dando la Vuelta al Mundo en esta gran rueda desde donde veo todo el parque de diversiones.

☛ **Carlos Gardini** nació en Buenos Aires en 1948 y estudió letras en la UBA. Codirigió la colección *Cuentos* de Torres Agüero Editor y ha sido colaborador de varios diarios. También tradujo, entre otros autores, a Graves, Auden, Shakespeare, Laing,

Ballard, Steinbeck, Nabokov, Flaubert, Melville, Asimov y Calvino. Este texto que se publica aquí es del libro *Juegos malabares* (Minotauro, Buenos Aires, 1984). Otras obras son *Sinfonía cero* y *Primera línea*.

LA LANGA

Cesare Pavese

Yo soy un hombre muy ambicioso y dejé muy joven mi pueblo, con la idea fija de llegar a ser alguien. Mi pueblo son cuatro barracas y mucho barro, pero lo atraviesa la carretera provincial donde jugaba de niño. Puesto que –repito– soy ambicioso, quería dar la vuelta al mundo y, llegando a los sitios más lejanos, volverme y decir en presencia de todos: “¿No han oído hablar nunca de esos cuatro techos? ¡Pues bien, yo soy de allí!”. Ciertos días, estudiaba con más atención que la habitual el perfil de la colina, después cerraba los ojos y fingía para mí estar ya lejos por el mundo volviendo a pensar con todos los pormenores el paisaje conocido.

Así anduve por el mundo y tuve en él alguna suerte. No puedo decir que haya llegado, más que otro, a ser alguien, porque conocí tantos que –quien por un motivo, quien por otro– han llegado a ser alguien, que, si estuviera todavía a tiempo, dejaría con ganas de devanarme los sesos detrás de estas quimeras. Actualmente, mi ambición siempre insomne me sugería distinguirme, cuando más, con la renuncia, pero no siempre se puede hacer lo que se quiere. Baste decir que viví en una gran ciudad e hice finalmente muchos viajes por mar y, un día que me encontraba en el extranjero, estuve a punto de casarme con una muchacha bella y rica, que tenía las mismas ambiciones que yo y me quería mucho. No lo hice porque hubiera debido establecerme allá lejos y renunciar para siempre a mi tierra.

Un buen día volví en cambio a casa y retorné a visitar mis colinas. De los míos ya no quedaba nadie, pero las plantas y las casas estaban, y también algún rostro conocido. La carretera provincial y la placita eran mucho más angostas de cómo las recordaba, más al ras del suelo, y solamente el perfil lejano de la colina no se había amenguado. En las noches de aquel verano, desde el balcón del hotel, miré a menudo la colina y pensé que en todos aquellos años no me había acordado de envanecerme de ella como había proyectado. Me ocurría cuando más, ahora, enorgullecarme con viejos paisanos del mucho camino que había hecho y de los puertos y de las estaciones por donde había pasado. Todo esto me daba una melancolía que desde hacía un tiempo no experimentaba ya pero que no me disgustaba.

En estas ocasiones uno se casa, y las voces de todo el valle eran en efecto que yo había vuelto para elegirme una mujer. Diversas familias, aun campesinas, se hicieron visitar para que viese a sus hijas. Me gustó que en ningún caso trataron de aparecer ante mí distintos de cómo los recordaba: los campesinos me llevaron al establo y trajeron de beber desde la era, los burgueses me recibieron en el saloncito fuera de uso y estuvimos sentados en círculo entre los visillos pesados mientras afuera era verano. Ni siquiera éstos me desilusionaron: ocurría que en ciertas muchachas que bromeaban confundidas reconocí las inflexiones y las miradas que me habían deslumbrado desde las ventanas o desde los umbrales cuando era muchacho. Pero todos decían que era una cosa linda recordar al pueblo y volver a él como hacía yo, le elogiaban los terrenos, le elogiaban las cosechas y la bondad de la gente y del vino. También la índole de los paisanos, una índole singularmente biliosa y taciturna, era citada e ilustrada interminablemente, hasta llegar a hacerme sonreír.

Yo no me casé. Comprendí de inmediato que si me hubiera llevado a la ciudad una de aquellas muchachas, aun la más despierta, hubiera tenido a mi pueblo en casa y no hubiese podido ya recordarlo como ahora me había vuelto el gusto. Cada una de ellas, cada uno de aquellos campesinos y propietarios, era solamente una parte de mi pueblo, representaba una finca, un

poder, una cuesta sola. Y en cambio yo lo tenía todo entero en la memoria, yo mismo era mi pueblo: bastaba que cerrase los ojos y me recogiese, no ya para decir "¿Conocen esos cuatro techos?", sino para sentir que mi sangre, mis huesos, mi aliento, todo estaba hecho de aquella sustancia y que entre yo y aquella tierra no existía nada.

No sé quién ha dicho que es necesario ser cautos de niños, en el hacer proyectos, puesto que éstos se realizarán siempre en la madurez. Si esto es verdad, una vez más quiere decir que todo nuestro destino está ya estampado en nuestros huesos, antes aun de que tengamos la edad de la razón.

Yo, por mí, estoy convencido de ello, pero pienso a veces que siempre es posible cometer errores que nos constreñirán a traicionar ese destino. Es por esto que tanta gente se equivoca al casarse. En los proyectos del niño no hay evidentemente nunca nada con respecto a eso, y la decisión es tomada a total riesgo del propio destino. En mi pueblo, quien se enamora recibe canciones; quien se casa es alabado, cuando no cambia en nada su vida.

Volví pues a viajar, prometiendo en el pueblo que regresaría pronto. En los primeros tiempos lo creía, tan nítidos guardaba en mi cerebro las colinas y el dialecto. No tenía necesidad de oponerlos con nostalgia a mis ambientes habituales. Sabía que estaban allí, y sobre todo sabía que yo venía de allí, que todo lo que de aquella tierra contaba estaba encerrado en mi cuerpo y en mi conciencia. Pero ahora ya han pasado los años y he postergado tanto mi retorno que casi no oso tomar el tren. En mi presencia los paisanos comprenderían que he jugado con ellos, que los he dejado hablar de la virtud de mi tierra sólo para reencontrarla y llevarmela lejos. Comprenderían entonces toda la ambición del muchacho que habían olvidado.

☞☛ **Cesare Pavese** nació en San Stéfano Belbo, Italia, en 1908, y murió trágicamente en Turín en 1950. Es un autor fundamental de la literatura contemporánea. Licenciado en Letras y destacado traductor, fue detenido por motivos políticos du-

rante la dictadura fascista. Algunas de sus obras: *Trabajar cansa*, *La playa*, *La luna y las fogatas*. Después de su muerte se editaron el bellissimo libro de poemas *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos* y *El oficio de vivir* (su Diario). *La langa* fue tomado de *Cuentos* (CEAL, Biblioteca Básica Universal, Buenos Aires, 1971. Versión española: Rodolfo Alonso).

LOS HERALDOS NEGROS

César Vallejo

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como el odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;
o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... ¡pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

☞ **César Vallejo** nació en Santiago de Chuco, Perú en 1892 y murió en París en 1938. En esos 46 años hizo casi todo lo que hace un hombre comprometido con su sociedad y con la literatura: amó, escribió novelas, cuentos y poemas, y luchó militantemente por la causa de la libertad. El dolor humano, el erotismo, la solidaridad, los recuerdos de infancia, la tierra americana, la muerte, el sentimiento religioso son algunos de los elementos permanentes de su obra. Sus títulos fundamentales: *Poemas en prosa* y *Poemas Humanos* (Losada, Buenos Aires, 1988) de donde se tomó el poema que aquí reproducimos.

EL SILENCIO

Felisberto Hernández

El teatro donde yo daba los conciertos también tenía poca gente y yo había invadido el silencio: yo lo veía agrandarse en la gran tapa negra del piano. Al silencio le gustaba escuchar música; oía hasta la última resonancia y después se quedaba pensando en lo que había escuchado. Sus opiniones tardaban. Pero cuando el silencio ya era de confianza, intervenía en la música; pasaba entre los sonidos como un gato con su gran cola negra y los dejaba llenos de intenciones.

☞ **Felisberto Hernández** nació en Montevideo, Uruguay, en 1902, y falleció en 1964 en la misma ciudad. Allí vivió y escribió toda su obra narrativa, entre las que se cuentan títulos como *El caballo perdido*, *Los tiempos de Clemente Collins*, *Nadie encendía las lámparas*, *Las Hortensias*, etc. *El silencio* figura en la *Antología del cuento breve y oculto*, compilada por Raúl Brasca y Luis Chitarroni. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

EL CRIMEN

Edmundo Valadés

En el sueño, fascinado por la pesadilla, me vi alzando el puñal sobre el objeto de mi crimen.

Un instante, el único instante que podría cambiar mi designio y con él mi destino y el de otro ser, mi libertad y su muerte, su vida o mi esclavitud, la pesadilla se frustró y estuve despierto.

Al verme alzando el puñal sobre el objeto de mi crimen, comprendí que no era un sueño volver a decidir entre su vida o mi libertad, entre su muerte o mi esclavitud.

Cerré los ojos y asesté el golpe.

¿Soy preso por mi crimen o víctima de un sueño?

☛ **Edmundo Valadés** nació en Sonora, México, en 1914 y fue el más importante promotor del género cuentístico de toda la América Latina. En 1939 fundó la revista *El cuento*, junto con Juan Rulfo, y la sostuvo hasta su muerte en 1992. Eximio cuentista, autor de memorables antologías y libros, entre ellos el extraordinario *La muerte tiene permiso* y *El libro de la imaginación* (citado varias veces en los distintos volúmenes de esta colección *leerXleer*). El cuento *El crimen* está tomado de una de sus antologías: *Valadés de bolsillo*, Ediciones Universidad de Guadalajara, México, 1989.

EL ENFERMO PROFESIONAL

Roberto Arlt

Sí, hay señores empleados que podrían poner en la tarjeta, bajo su nombre, esta leyenda: “enfermo profesional”.

No hay repartición de nuestro gobierno donde no prospere el enfermo profesional, el hombre que trabaja dos meses en el año, y el resto se lo pasa en su casa. Y lo curioso es esto. Que el enfermo profesional es el motivo de que exista el empleado activo, fatalmente activo que realiza el trabajo propio y el del otro, como una compensación natural debida al mecanismo burocrático. Y decimos burocrático, porque estos enfermos profesionales sólo existen en las reparticiones nacionales. Las oficinas particulares ignoran en absoluto la vida de este ente metafísico que no termina de morir a pesar de todos los pronósticos de los entendidos de la repartición nacional.

Naturalmente, el enfermo profesional jamás tiene veinte años ni ha pasado de los treinta. Se mantiene en la línea equinoccional de la vagancia reglamentaria. Es un hombre joven, adecuado para el papel que representa sin exageración pero con sabiduría.

Generalmente es casado, porque los enfermos con esposa inspiran más confianza y las enfermedades con una media naranja ofrecen más garantías de autenticidad. Un hombre solo y enfermo no es tan respetable como un hombre enfermo y casado. Intervienen allí los factores psicológicos más distintos, las ideas crueles más divertidas, las compasiones más extrañas. Todos piensan en la futura viuda.

Ahora bien, el enfermo profesional suele ser en el noventa y cinco por ciento de los casos un simulador habilísimo, no sólo para engañar a sus jefes, sino también a los médicos, y a los médicos de los hospitales.

Naturalmente, para adoptar la profesión de enfermo siendo empleado de una repartición pública hay que contar con la ayuda del físico.

El enfermo profesional no se hace sino que nace. Nace enfermo (con salud a toda prueba), como otro aparece sobre el mundo aparentemente sano y robusto, con una salud deplorable.

Tiene una suerte, y es la de su físico, un físico de gato mojado y con siete días de ayuno involuntario. Cuerpo largo, endeble, cabeza pequeña, ojos hundidos, la tez amarilla y la parla fatigosa como de hombre que regresa de un largo viaje. Además siempre está cansado y lanza suspiros capaces de partir a un atleta.

El que cuente con un físico de esta naturaleza, dos metros de altura, cuello de escarbadientes y color de vela de sebo, puede comenzar la farsa de la enfermedad (siempre que sea empleado nacional) tosiendo una hora por la mañana en la oficina. Alternará este ejercicio de laringe con el tocarse suavemente la espalda haciendo al mismo tiempo el gestecillo lastimero. Luego toserá dos o tres veces más y, con todo disimulo, evitando que lo vean (para que lo miren) se llevará el pañuelo a la boca y lo ocultará prestamente.

A la semana de efectuar esta farsa, el candidato a enfermo profesional observará que todos sus compañeros se ponen a respetable distancia, al tiempo que le dicen:

—¡Pero vos tenés que descansar un poco! (ya cayó el chivo en el lazo), vos tenés que hacerte ver por el médico. ¿Qué tenés? ¿A ver si tenés fiebre?

Y si el candidato a profesional es hábil, el día que visita al médico de su oficina, muchas horas antes se coloca papel secante bajo las axilas, de modo que al colocarle el termómetro el médico, comprueba que tiene fiebre, y como además el profesional confiesa que tose mucho, y etc., etc. (Nosotros no le regalamos fórmulas para convertirse en enfermo profesional).

Un mes de farsa basta para prepararse un futuro. ¡Y qué futuro! La “enfermedad” alternada con las licencias, y las licencias con la enfermedad.

Con este procedimiento en poco tiempo el profesional se convierte en el enfermo protocolar de la oficina. El médico se aficiona a este cliente que lo visita asiduamente y le habla del temor de dejar a su esposa viuda, el médico acaba por familiarizarse con su enfermo crónico que le hace pequeños regalos y que sigue puntualísimamente sus prescripciones, y al cabo de un tiempo, ya el médico ni lo observa a su enfermo, sino que en cuanto lo ve aparecer por su consultorio le da unas amistosas palmadas en la espalda y extiende la licencia con una serenidad digna de mejor causa.

Pero el profesional no se calma, sino que alega nuevos dolores, y ya está que el estómago se le pone como un “plomo”, ya es la garganta que le duele, y si no son los riñones, el hígado y el páncreas a la vez, o el cerebro y los callos.

El médico, para no alegar ignorancia ante tal eclecticismo de enfermedades, lo deriva todo de la misma causa, y finge con el enfermo hacer análisis que no hace, pues está convencido que el ciudadano muere el día menos pensado.

Y el caso es el siguiente: que todos quedan contentos. Contentos los empleados de la repartición por haberse librado de un compañero “peligroso”, contento el jefe de ver que con la ausencia del enfermo el trabajo no se ha obstaculizado, contento el ministro de no tener que jubilarlo al enfermo porque alega que se enfermó en el desempeño de su trabajo, contento el médico de tener a un paciente tan sumiso y resignado, y contento el enfermo de no estar enfermo, sino de ser uno de los tantísimos de los enfermos crónicos que en las reparticiones nacionales hacen decir al portero:

—Pobre muchacho. Ése no pasa de este año.

Y el pobre muchacho se jubila... se jubila de empleado nacional... y de enfermo crónico aunque con un sueldo sólo por las enfermedades.

☛ **Roberto Arlt** (1900-1942) nació y murió en Buenos Aires, ciudad a la que narró de manera original, vivaz y única. Abandonó los estudios en tercer grado, pero la biblioteca de su barrio fue su refugio y su escuela. Incansable lector de los maestros rusos, a los ocho años escribió sus primeros relatos. Fue cuentista, dramaturgo y periodista notable. Su obra es fundamental para la literatura argentina del siglo XX. Entre sus títulos más importantes: *El juguete rabioso* y *Los siete locos* (novelas), *El jorobadito* y *Pequeños propietarios* (cuentos). Como redactor del diario *El mundo* escribió una sección denominada *Aguafuertes porteñas* que dio origen al libro homónimo (Losada, Buenos Aires, 1958), de donde se tomó el relato que aquí se reproduce.

OBDULIO VARELA O EL REPOSO DEL CENTROJÁS

Oswaldo Soriano

El 16 de julio de 1950, en el estadio Maracanã de Río de Janeiro, nació una de las últimas leyendas del fútbol rioplatense; ese día, el imponente centromedio uruguayo Obdulio Varela silenció a 150 mil fanáticos que festejaban el gol brasileño en la final de la Copa del Mundo, convertido en el puntero Friaca. A los seis minutos del segundo tiempo, Brasil abrió el marcador alentado por las repletas tribunas del Maracanã, inaugurado especialmente para ese torneo. Entonces todo Río de Janeiro fue una explosión de júbilo; los petardos y las luces de colores se encendieron de una sola vez. Obdulio, un morocho tallado sobre piedra, fue hacia su arco vencido, levantó la pelota en silencio y la guardó entre el brazo derecho y el cuerpo. Los brasileños ardían de júbilo y pedían más goles. Ese modesto equipo uruguayo, aunque temible, era una buena presa

para festejar un título mundial. Tal vez el único que supo comprender el dramatismo de ese instante, de computarlo fríamente, fue el gran Obdulio, capitán –y mucho más– de ese equipo joven que empezaba a desesperarse. Y clavó sus ojos pardos, negros, blancos, brillantes, contra tanta luz, e irguió su torso cuadrado, y caminó apenas moviendo los pies, desafiante, sin una palabra para nadie y el mundo tuvo que esperarlo tres minutos para que llegara al medio de la cancha y espetara al juez diez palabras en incomprensible castellano. No tuvo oído para los brasileños que lo insultaban porque comprendían su maniobra genial: Obdulio enfriaba los ánimos, ponía distancia entre el gol y la reanudación para que, desde entonces, el partido –y el rival–, fueran otros.

Hubo un intérprete, una estirada charla –algo tediosa– entre el juez y el morocho. El estadio estaba en silencio. Brasil ganaba uno a cero, pero por primera vez los jóvenes uruguayos comprendieron que el adversario era vulnerable. Cuando movieron la pelota, los orientales sabían que el gigante tenía miedo.

Fue un aluvión. Los uruguayos atropellaban sin respetar a un rival superior pero desconcertado. Obdulio empujaba desde el medio de la cancha a los gritos, ordenando a sus compañeros. Parecía que la pelota era de él, y cuando no la tenía, era porque se las había prestado a sus compañeros para que se entretuvieran. Llegó el empate. Los brasileños sintieron que estaban perdidos. El griterío de la tribuna no bastaba para dar agilidad a sus músculos, claridad a sus ideas. Las casacas celestes estaban en todas partes y les importaba un bledo del gigante. Faltaban nueve minutos para terminar cuando Uruguay marcó el tanto de la victoria. El mundo no podía creer que el coloso muriera en su propia casa, despojado de gloria.

🔑 **Oswaldo Soriano** (1943-1997) nació en Mar del Plata y falleció prematuramente en Buenos Aires. En 1973 se publicó su primera novela *–Triste, solitario y final–*

que rápidamente se convirtió en un clásico contemporáneo. Durante la dictadura estuvo exilado en Bélgica y en París, y regresó al país en 1984. Su novela *No habrá más penas ni olvido* obtuvo un éxito inusitado, fue llevada al cine por Héctor Olivera y ganó el Oso de Plata en el festival de cine de Berlín. Otras de sus obras son: *Artistas, locos y criminales*, *A sus plantas rendido un león*, *Cuarteles de invierno*, *Una sombra ya pronto serás* y *Cuentos de los años felices*. Este texto se tomó de *Artistas, locos y criminales* (Sudamericana, Buenos Aires, 1991).

SONETO CXVI

William Shakespeare

No me opongo a que se unan almas leales,
pero amor no es amor si mal templado
cambia si encuentra cambios eventuales
y es al olvido dócil, inclinado.

Amor es punto fijo, alucinante,
no tiembla nunca, vence las tormentas,
astro que guía toda barca errante;
su esencia ignoras si su altura cuentas.

El amor no es el títere del tiempo:
si éste destruye labios y mejillas,
amor no sufre nunca contratiempo,
llega a la eternidad, mar sin orillas.

Y si en error me prueban que he caído,
yo no habré escrito y nadie habrá querido.

☛ **William Shakespeare**, el gran dramaturgo y poeta inglés, nació en Stratford-on-Avon, Inglaterra, en 1563 y murió en 1616. Figura cumbre de la literatura mundial, autor de una obra copiosa y rica en contenidos. Entre sus obras de teatro hay que citar (y leer y en lo posible ver representadas): *Romeo y Julieta*, *Macbeth*, *Otelo*, *El mercader de Venecia* y comedias como *Sueño de una noche de verano*, *Mucho ruido y pocas nueces*, *Está bien lo que termina bien*, entre las más destacadas, casi todas ellas llevadas al cine y al teatro en muchas versiones y en todos los tiempos. Sus sonetos también proporcionan una clara visión del trabajo de este gran hombre de las letras. El *Soneto CXVI* en versión española de Patricio Gannon se publicó en *Joyas de la Poesía Inglesa* editado por la Asociación Argentina de Cultura Inglesa y Concejo Británico en Buenos Aires en 1942.

DOBLE

Luisa Peluffo

*¿Y era sólo la imaginación la que me inducía
a creer que a medida que mi firmeza
aumentaba, la de mi atormentador sufría una
disminución proporcional?*

Edgard Allan Poe, *William Wilson*

El doble se encargaba de interpretar las escenas engorrosas que el gran actor no se hubiera animado a hacer.

El doble admiraba el talento y la gloria del gran actor, asediado por multitudes histéricas, y éste envidiaba la libertad del sosia que sólo tenía la responsabilidad de algunas escenas catastróficas.

En un momento dado, el gran actor comenzó a sentirse inseguro si el doble no estaba presente durante todas las etapas de la filmación y exigió su presencia constante.

Caprichos del genio, pensaron los productores. Sin embargo lo que el gran actor sentía era una verdadera desazón, como si una parte de él hubiera cuando el doble, cumplido su horario, se retiraba. Un día le rogó que no lo abandonara ni un segundo más, estaba dispuesto a pagar todo el oro del mundo si era necesario.

El doble accedió, y en la convivencia forzada su imitación del gran actor fue cada día más perfecta. Tan maravillosa era, que el gran actor fue sucumbiendo a la progresiva seducción de sus propios rasgos y actitudes.


Se vio reflejado en el otro en cada circunstancia de su vida, hasta en las más insignificantes. Reproducido con total exactitud, como si cada uno de ellos fuera una mitad, que al fundirse en una suerte de espejo constante, proporcionaba la imagen verdadera.

Pero con el tiempo el doble empezó a fallar. Desaparecía sin dar explicaciones, y el gran actor se sentía como un hombre sin sombra. Y con la sombra escapaban la excitación del peligro, la delicia del riesgo, la embriaguez del vértigo.

Rogó, suplicó, amenazó. Todo fue en vano, el doble había adquirido una inquietante vida propia —a la que no pensaba renunciar— y de la cual el gran actor quedaba ominosamente excluido.

Dejó de aceptar trabajos; salir de su casa le exigía un esfuerzo sobrehumano. Se atemorizaba ante la gente y rehuyó a sus más íntimos. Una incipiente tendencia a la bebida fue acentuándose.

Poco a poco, quienes lo conocieron, lo vieron transformarse cada vez más en una sombra, imitando, persiguiendo, asediando, a un muchacho que estaba en camino de convertirse en gran actor.

 **Luisa Peluffo** nació en Buenos Aires, pero desde 1977 reside en San Carlos de Bariloche, provincia de Río Negro. Ha colaborado con artículos periodísticos y reseñas literarias en diarios y revistas de Buenos Aires y de su ciudad de residencia. Dicta talleres literarios y seminarios de escritura. En 1988 obtuvo la beca *Creación en Narrativa* otorgada por el Fondo Nacional de las Artes. Recibió varias

distinciones a su obra, entre ellas, a las novelas *Todo eso oyes* y *La doble vida*; y en poesía a su libro *Un color inexistente*. Este cuento fue tomado de *Conspiraciones*, editado por la Fundación del Banco Provincia de Buenos Aires en 1982.

LA MUERTE DE UN HÉROE

Pär Lagerkvist

En una ciudad donde nunca parecían suficientes las distracciones, un comité había contratado a un hombre que, luego de mantenerse en equilibrio cabeza abajo en lo alto del campanario de la iglesia, debía arrojar al vacío y matarse. Cobraría por ello 500.000 coronas. Todas las clases sociales, todos los círculos se interesaron vivamente en el asunto. No se hablaba de otra cosa y las entradas se agotaron en pocos días. La gente opinaba que era un acto valeroso, sin dejar de considerar su precio. Por menos agradable que fuera caer de semejante altura, había que reconocer que la suma ofrecida bien valía la pena. Se podía estar orgulloso de una ciudad capaz de constituir el comité que había organizado todo sin escatimar gastos. Por supuesto, la atención se dirigía también hacia el hombre encargado de realizar el proyecto. Solícitos y ardorosos, los periodistas se arrojaron sobre él cuando faltaban pocos días para el espectáculo. Los recibió amablemente en el mejor hotel de la ciudad, donde tenía reservadas varias habitaciones.

—¡Bah! Para mí esto no es más que algo necio. Me han propuesto la suma que ustedes conocen y he aceptado. Eso es todo.

—Entonces, ¿usted no encuentra desagradable arriesgar su vida? Se comprende que sea necesario, pues sin ello la cosa no tendría nada de estrictamente sensacional y por lo tanto el comité no pagaría como lo hace, pero para usted personalmente no puede ser agradable.

—Sí, usted tiene razón; he pensado en eso. ¿Pero porqué no se haría por dinero?

Inspirados por estas declaraciones, aparecieron en los periódicos largos artículos sobre ese hombre hasta entonces desconocido, sobre su pasado, sus proyectos, sus opiniones sobre la actualidad, su carácter y su vida privada. Si se abría un diario cualquiera, allí estaba su retrato: un joven vigoroso, sin nada que lo hiciera notable, pero lozano y airoso, de rostro abierto enérgico; tipo representativo, en suma, de la mejor juventud de la época, sana y voluntariosa. Su imagen podía verse en todos los cafés, como preparación de la emoción que habría de venir. Se concluía que el muchacho no estaba nada mal, que era simpático; las mujeres lo encontraban maravilloso. Algunos que se atribuían mayor sentido común alzaban los hombros diciendo: es un pícaro. Pero todos estaban de acuerdo en admitir que una idea tan original, tan fantástica, sólo podía nacer en una época tan extraordinaria como la nuestra, con su fiebre, su fogosidad, su propensión al sacrificio total. El comité, por su parte, recibía unánimes elogios por no haber reparado en los gastos cuando se trataba de montar semejante cosa, de ofrecer a la ciudad un espectáculo tan excepcional. Los gastos serían seguramente cubiertos por el precio elevado de las entradas; sin embargo, había un riesgo a correr.

Por fin llegó el gran día. Los alrededores de la iglesia hormigueaban de gente. Reinaba una emoción inaudita. Todos retenían el aliento, sobreexcitados por la espera de lo que debía ocurrir.

Y el hombre cayó; todo fue breve. La gente se estremeció, luego levantó la cabeza y se puso camino a casa. Hubo cierta decepción. El espectáculo había sido grandioso, y sin embargo... En suma, lo único que había hecho era matarse y se había pagado caro por una cosa tan simple. Se había desarticulado horriblemente, pero, ¿qué placer se había obtenido? ¡Una juventud llena de promesas sacrificada de esa manera!

El público volvió descontento a su casa; las damas abrían sus sombrillas para protegerse del sol. No; se debería prohibir organizar semejantes horrores. ¿Quién podría encontrar placer en ellos? Reflexionando, ellos encontraban todo eso irritante.

☛ **Pár Lagerkvist** (Suecia, 1891-1974) recibió en 1951 el Premio Nobel de Literatura. El problema central de sus libros es el alma humana en su lucha entre el bien y el mal. Su obra denuncia la brutalidad y la violencia del mundo contemporáneo. Se enfrentó al nazismo con dos obras muy valientes: *El verdugo* (1933) y *El enano* (1944). *Barrabás* fue la novela que lo llevó a la fama universal. Este texto fue tomado de *Antología de Humor y Terror*, CEAL, Buenos Aires.

DONALD

Daniel Salzano

Walt Disney (1901-1966), dibujante instruido en una granja, se plantó en el otoño de 1919 en California con un block repleto de ideas para la animación cinematográfica.

La pinta de Disney no gustó excesivamente (de dónde había sacado que un dibujante debía fumar en pipa, dejarse los bigotes y usar sacos a cuadros), pero su primer muñeco, el conejo Oswald, dio capote. Y tanto, que su posterior explotación desencadenó una batalla judicial en la que los ceros verdes circulaban como tiros sin que ninguno acabara en el bolsillo del dibujante.

Así murió Oswald y nació Mickey, ratón aporteñado de patas flacas y botones de nácar que acabaría convertido en la piedra angular sobre la que Disney elaboraría su discurso y levantaría su imperio, Disneylandia.

El cuarto de hora de Mickey duró desde 1928 a 1934, año en el que su empuje comercial comenzó a decrecer y la cola de acreedores se volvió más larga que la de deudores.

Había sonado la hora de encontrarle un reemplazante.

En esta parte del relato entra a tallar la interpretación psicoanalítica. Y es que Disney estaba tan profundamente ligado a su ratón (¡el hijo perfec-

tol), que interpretó su desplazamiento como un delito de alta traición. Y fue seguramente (¿seguramente?) por esto que el personaje que ideó en su reemplazo le salió como si fuera su enemigo. Un tipo que no podía triunfar en nada. La cara opuesta del Mickey obediente, disciplinado y ganador.

Estamos hablando de Donald, claro, palmípedo vago, vehemente, desordenado, camorrero y perdedor que en su primera aparición cinematográfica (el 9 de junio de 1934) se negaba rotundamente a trabajar utilizando un pretexto que ya pertenece a la Historia: “¿Quién? ¿Yo? ¡No! ¡A mí me duele la barriga!”.

Han transcurrido sesenta años desde entonces y aún perdura la polémica.

Jean Cocteau decía que a los norteamericanos se los podía dividir en dos: los hinchas de Mickey y los hinchas de Donald. A los primeros les firmaba un autógrafo. A los otros los trataba como amigos.

☛ **Daniel Salzano** (Córdoba, 1951) es un escritor y periodista que durante los años de la última dictadura vivió en Europa. Desde su regreso, publica en el diario *La Voz del Interior* una página semanal sobre los hechos y personas del barrio, la ciudad, el país y el mundo de un modo original y poético. Muchos de sus poemas se convirtieron en canciones, que interpreta el cantante Jairo. Entre sus mejores obras: *El libro de Amador*, *El alma que canta*, *El espadachín mayor de la ciudad* y *Los días contados*. (Op. Oloop Ediciones, Córdoba, 1996) de donde se tomó este texto.